

**Beryl
Bainbridge
El narcisista**



Lectulandia

La crítica inglesa ha aclamado el talento, el incisivo humorismo, el estilo mordaz, la penetración con que analiza los conflictos humanos la novelista Beryl Bainbridge. *El narcisista* es la historia del «sweet William». La expresión inglesa tiene doble sentido: el dulce William y la flor que se pone un individuo de anticuada elegancia en el ojal de la solapa. Doble ironía: poco tiene de anticuado William, y menos aún de dulce a pesar de sus maneras atractivas. El relato sigue la complicada, inescrupulosa conducta sentimental de William. Su estrategia consiste en despertar amores incondicionales, en traicionar sistemáticamente a las mujeres unidas a él, en no liberarlas jamás de su atractivo, en hacerles creer que, apresándolas, está casi cumpliendo con un deber hacia ellas. Beryl Bainbridge analiza a su «dulce Guillermo» y a sus víctimas con un rigor muy pocas veces superado en la novela contemporánea.

Lectulandia

Beryl Bainbridge

El narcisista

ePub r1.0

Titivillus 21.04.16

Título original: *Sweet William*
Beryl Bainbridge, 1975
Traducción: Lucrecia Moreno

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Jimmy Boots

1

En la entrada principal del aeropuerto el muchacho, de pie junto a la máquina expendedora de cigarrillos, buscaba su pasaporte en el bolsillo del pecho de su traje azul. La muchacha, algo encorvada dentro de su abrigo gris, como si se encontrara demasiado alta, lo miraba con aire pasivo.

—Aquí está —dijo él, palmeándose el bolsillo con alivio.

De pronto la cara de la muchacha, reflejada en la superficie cromada de la máquina, cambió de expresión. Como en la boca de un payaso, se le bajaron las comisuras de los labios.

—Debiste llevarme contigo —dijo—. Debiste llevarme.

Él sabía que tenía razón, pero ¿cómo podía llegar a los Estados Unidos con alguien que no era su mujer? No era como en Londres. La universidad no toleraría que viviera con una mujer, por lo menos, en una vivienda facilitada y costeada por las autoridades.

—Te haré venir —le dijo—. Te haré venir muy pronto.

Qué buen mozo era, con ese pelo oscuro y corto, para impresionar a sus colegas norteamericanos, con esas botas londinenses. No había tenido tiempo de ponerse corbata y tenía la camisa abierta en el cuello. Se le ocurrió que era, además, masculino, y que darse cuenta de ello sólo en aquel momento, al despedirse de él, era injusto.

—¡Jesús! —dijo él—. Mira la hora. Tengo que irme, Ann.

—Espera —le suplicó ella, a la vez que miraba, desesperada, la cola que comenzaba a formarse junto al portón de salida hacia los coches de transporte al avión—. Muy bien —añadió con amargura—. Vete.

Él se inclinó a levantar su valija y su impermeable blanco. Y ella se volvió a medias, con una sonrisa radiante y forzada. Dejando la valija en el suelo, él le tocó el brazo.

—Perderé el avión —dijo, inquieto.

Con un gesto de resignación, ella dejó que la abrazara. Cuando se besaron sintió algo en el estómago, con seguridad la emoción de perderlo. Siempre que habían estado juntos antes, ella se colocaba aparte de los dos y los observaba.

No se volvió para saludarla con la mano antes de atravesar la puerta de embarque, ni tampoco lo siguió ella para mirarlo mientras subía al ómnibus. En una representación del fantaseo de haber sido traicionada, se alejó hacia la salida con pasos inciertos y la cabeza inclinada. Se sentía ya asustada ante la idea de encararse con su madre. Quizá si le compraba unos panes frescos en Finchley Road y un ramito de flores para la bandeja del desayuno *Mrs. Walton* se mostraría menos condenatoria. Hasta podría llegar a mostrarle comprensión, ya que después de todo la idea de que Ann se comprometiera había sido de ella. Ann, en cambio, no creía conocer a Gerald lo suficiente, sólo unas pocas semanas, cuando le ofrecieron el puesto en la

universidad, pero *Mrs. Walton* decía que era una tonta si lo pensaba tanto, en particular porque *Gerald* se iba a los Estados Unidos y tenía perspectivas tan brillantes. Cuando dijo esto no conocía aún a *Gerald*, pero su amiga *Mrs. Munro*, con quien jugaba al *bridge*, tenía una hija casada con un norteamericano y *Mrs. Munro* había hecho tres viajes a los Estados Unidos en cuatro años.

Cuando llegó el ómnibus, *Ann* se sentó en la parte superior y se aferró con fuerza a la barandilla cromada en el frente mientras el vehículo corría velozmente entre automóviles estacionados y árboles desgarrados. Cerró los ojos y volvió a vivir el beso de adiós a *Gerald*. Persistía la emoción, la sensación en la boca del estómago, aunque no estaba segura de que no fuese pánico al pensar en la escena que le esperaba. *Mrs. Walton* insistió en viajar desde Brighton para conocer a *Gerald* antes de su partida. Era natural que quisiera conocerlo, pero bien podría haber elegido un momento más oportuno. Llegó con una gran valija, como si pensara hacerle una larga visita, no obstante saber que *Pamela* llegaría dos días más tarde y no había lugar para todos, ni tampoco suficientes sábanas y frazadas. Diez días antes *Ann* había pedido a su madre que viniera, pero *Mrs. Walton* le dijo que no tenía ni un minuto libre. Su calendario estaba repleto y tenía dispuesta una velada de *bridge*. La noche anterior dieron a *Gerald* una despedida entre amigos a la cual no invitaron a *Mrs. Walton*.

—No seas ridícula —dijo *Gerald* con brusquedad cuando *Ann* insinuó que tal vez deberían llevarla—. No puedes ir con tu madre.

La boca de *Mrs. Walton* tembló, como ocurría siempre que algo la contrariaba.

—Creí que nos quedaríamos en casa y jugaríamos, tal vez, una buena partidita de cartas —dijo.

Y *Gerald* susurró:

—¡Pena! —Pero ella lo oyó.

Toda la noche *Ann* estuvo preocupada por haber contrariado a su madre, y *Gerald* bebió demasiado. Cuando la trajo a casa entró por la fuerza en el departamento e intentó obligarla a desnudarse. *Ann* no quiso quitarse toda la ropa, por si su madre llegase a entrar en el cuarto desde el dormitorio. *Gerald* la inclinó sobre el sofá y le hizo el amor de pie. Las cosas no marcharon muy bien porque estaba demasiado ebrio. Cada vez que se agitaba contra ella la apretaba contra el brazo tapizado y la nariz se le llenaba de polvo. No podía acostarse porque el piso crujía. *Gerald* se irritó muchísimo por la falta de colaboración de ella, pero ella no podía hacer nada. *Mrs. Walton* empezó a moverse en el otro cuarto y a toser y a pedir agua. Por fin *Gerald* soltó unas palabrotas e hizo un estrépito al bajar las escaleras, una especie de aullido de perro que tira de su cadena. Era increíble que *Mrs. Walton* no apareciera con su camisón de *nylon* blanco y los sorprendiese a los dos. No era cobarde.

El ómnibus pasó alrededor de la rotonda y *Ann* miró hacia abajo, la cancha de *cricket* de Lords. Había un hombre con gorra de escolar que corría hacia el cerco y que agitó un brazo por los aires como si se preparara para dar un salto mortal y quedar cabeza abajo en el césped. Por el borde de la cancha avanzaba un camión de

riego. El lanzador volvió, transpirado y patizambo, hacia su punto de partida. Ann no atinaba a pensar qué podría decir a su madre. Tendría que improvisar, mantener el bate bien derecho y esperar que no la sorprendieran en una mala posición frente a los palos. Tonto de jugador, pensó y desmenuzó su boleto.

Compró los pancitos y seis claveles, además de unos huevos frescos del comercio de productos dietéticos. Estaba segura de que no había diferencia entre estos huevos y los del supermercado, pero veía la compra como una amabilidad hacia su madre, como llenarla de bondades, de todo lo mejor. Hizo bastante ruido al subir las escaleras, golpeando con fuerza cada escalón para dar tiempo a *Mrs. Walton* de guardar cualquier carta que hubiese descubierto en el departamento. No le importaba mucho la forma en que su madre la espiaba siempre, ese trabajo de detective que hacía en forma compulsiva. No había nada sensacional que encontrar, y el padre de Ann era un hombre tan reservado que descubrir secretos era una necesidad para su mujer.

Su madre, en cambio, estaba preparando las valijas.

—¿Qué haces? —le preguntó Ann, a pesar de que era obvio.

—Me voy —repuso *Mrs. Walton*. Había estado llorando y tenía puesta su bata de dormir, la que tenía cintas azules. Parecía un bebé sobrealimentado con sus mejillas arrebatadas, su boca diminuta y los brazos cortos y regordetes que asomaban por las mangas llenas de cintas de la vaporosa bata de cama.

—¡Ah! Pensé que querías ver a Pamela.

—Sé muy bien cuando no me quieren —dijo *Mrs. Walton* aunque, en verdad, no lo había sabido nunca.

Ann comprendió que era demasiado tarde para fingir inocencia. Tenía que atacar.

—No te comprendo —exclamó con furia—. Dijiste que querías conocer a Gerald y después apenas le hablaste. A él le pareció bien raro.

—No me hables —le dijo *Mrs. Walton*, colocando un vestido de tafetas azul dentro de la valija.

Por un momento Ann la miró en silencio.

—Te compré flores —dijo por fin, dejando los claveles sobre la colcha de la cama.

—No vine aquí —declaró su madre— para soportar tus idas y venidas por todo Londres con esa persona, ni las cosas que hicieron toda la noche.

—Esa persona —dijo Ann al sentirse sobre terreno más seguro— es la persona con la cual me dijiste que me comprometiera. Es tu futuro yerno.

Mrs. Watson dejó escapar un sonido de desprecio y en sus ojos se reflejó la incredulidad.

—Qué va... —dijo—. Después de lo sucedido anoche, no. Tú y él... los ruidos... los jadeos.

La verdad era que tal como ella lo describía resultaba repugnante. Ann recordó unas vacaciones pasadas cuando era niña en una chacra de Wiltshire. Cuatro días,

cama y desayuno y la lluvia que caía oblicua sobre los campos. Su madre se puso botas de goma y un pañuelo en la cabeza y la llevó a ver las vacas en el establo. Los animales tosían en sus espacios individuales oscuros y agitaban sus cadenas.

—Mira, querida —exclamó *Mrs. Walton*, arrugando la nariz sensible al oler el estiércol—. Qué lindas son, ¿no? —Al final del espacio exterior adoquinado había un chiquero. Cuando salieron del establo oyeron ruidos, como si estuvieran matando a un cerdo—. ¡Espera! —le gritó *Mrs. Walton* cuando Ann se alejó corriendo a mirar. Había allí dentro un gran animal rosado montando a otro. Ann creyó que estaban luchando. Le caía la lluvia por el borde de su sombrero de castor.

—¡Ven, salgamos de aquí! —le gritó *Mrs. Walton* con el rostro pálido de excitación. El animal más grande estaba apoyado sobre las dos patas posteriores, finas como si calzaran zapatos con tacos altos, y se agitaba como en una danza entre las cáscaras de papas y el barro. *Mrs. Walton* aferró a Ann por el cinturón de su impermeable y la separó con violencia de la pared. Le dijo entonces que los cerdos tenían un comportamiento de animales y que eran asquerosos.

—Ni siquiera intentaste disimular lo que estabas haciendo con Gerald —la acusó *Mrs. Walton*.

—No deja de ser común —replicó Ann— disfrutar cuando uno hace el amor con su novio. No vivimos en la Edad Media. Todos lo hacen.

—Cuentos. No todos. Hay algo que se llama control de sí misma.

Al pensar en el control que se vio obligada a desplegar la noche anterior Ann se enfureció más aún.

—Tengo control —gritó—. Y mucho. ¿Qué crees que sentimos al oírte llamar a gritos todo el tiempo?

—No eres más que una prostituta.

De pronto Ann perdió toda su agresividad. Tenía delante de los ojos la cabeza de su madre inclinada sobre la valija y las raíces canosas de su pelo limpio se le veían ya, debajo de los rizos teñidos de tono rojizo que bailaban contra sus mejillas.

—No me pagan —dijo con desaliento e intentó tocar el brazo de su madre para expresarle que la quería, pero *Mrs. Walton* retrocedió y se apartó de ella con ojos muy abiertos.

—No me toques —dijo y corriendo hacia la sala tomó al pasar las medias, la cartera y el paquete de caramelos de menta que había comprado para el tren.

Qué diablos, pensó Ann. Tendría que rogar. Se quedó mirando a su madre, de pie en el centro del cuarto, con los pies desnudos y con uñas pintadas de color frambuesa plantados sobre la alfombra.

—No te vayas, mamá, no te vayas, por favor. —No podía soportar el sentido de culpa inevitable si *Mrs. Walton* llegaba a partir de pronto. Los sollozos en el dormitorio al cerrar las valijas, los suspiros patéticos al vestirse para el viaje, el rostro compungido en la puerta de calle al alejarse hacia Brighton con su aire puro. De pronto Ann se sintió triste y cansada. Se dejó caer de rodillas y los ojos se le llenaron

de lágrimas.

Ninguna de las dos oyó entrar a *Mrs. Kershaw* en el departamento. Verano e invierno llevaba sandalias y circulaba por la casa como un gato. Con sus aros de gitana y su blusa campesina entró con viveza en el cuarto y se detuvo atónita.

—La puerta estaba abierta —empezó a decir—. Perdóneme.

De inmediato salió de prisa hacia el rellano de la escalera, dejando a Ann arrodillada aún y a su madre con las manos aferradas a su bata de cama.

—Qué tonta eres —la reprendió *Mrs. Walton* al recobrase—. Qué pensará *Mrs. Kershaw*. Levántate ya y compórtate como es debido. Me tienes harta con tus dramas —dijo y se fue enojada al dormitorio.

—A *Mrs. Kershaw* no le importa —dijo Ann y la siguió. Una vez en el cuarto se quedó allí con aire deprimido y el rostro hosco.

En definitiva *Mrs. Walton* dijo que tenía que volver a Brighton. No podía quedarse de ningún modo porque había un baile en la Sociedad de Catadores de Vino y tenía que ir a la peluquería. Al decir esto se tocó las raíces del pelo y comenzó a luchar por meterse dentro de su faja. Los claveles cayeron al suelo. Se le ocurrió a Ann que seguramente decía la verdad. Nunca había tenido la intención de quedarse. No hacía más que vengarse porque no la habían llevado a la fiesta.

Ann hizo el desayuno y conversaron sobre el empleo de Gerald en los Estados Unidos y sobre la hija de *Mrs. Munro*. Todo el tiempo *Mrs. Walton* se movió en la silla como si le doliera todo de fatiga.

—Estoy tan cansada —se quejó. Ambas sabían el porqué, pero se abstuvieron de mencionar los ruidos de animales que la habían mantenido despierta.

Ann la acompañó en un taxi a la estación y *Mrs. Walton* se dignó permitir que la besaran en la mejilla.

—Cariños a papá —le dijo Ann.

Llegó el momento esperado, en la plataforma, al comenzar el tren a arrastrarse con lentitud, llevándose el rostro menudo e insatisfecho, solitario en la ventanilla del vagón.

Cuando volvió a casa Ann golpeó la puerta de *Mrs. Kershaw*, quien estaba preparando la comida en la cocina. A pesar de ser vegetariana, llevaba un delantal de carnicero sobre su falda negra.

—Eres tú, Ann —dijo—. Me alegro de que hayas vuelto. Quiero pedirte un favor. —Quería que Ann fuese a la escuela al día siguiente para asistir a un servicio religioso. Ella misma trabajaba en un diario con un horario irregular y no podría ir—. Tú tienes dos semanas de vacaciones —observó— y los chicos te quieren muchísimo.

Ann no pudo negarse. *Mrs. Kershaw* nunca decía una palabra sobre la gente que se alojaba con ella, en contraste con otras patronas, y de seguro sabía que a veces Gerald se había quedado toda la noche. Con todo era un fastidio tener que postergar todas las tareas que tenía planeadas: había que recoger las sábanas del lavadero, limpiar los pegotes de jabón y de pasta dentífrica seca de la repisa de vidrio del

cuarto de baño, limpiar la cocina... Ann había pensado desarmarla toda y frotar bien alrededor de los picos de gas. No era que Pamela fuese tan exigente, aparte de que pasaba la mayor parte del tiempo en Clapham, pero podría mencionar en su casa que el departamento estaba desordenado y aquello llegaría sin duda a oídos de *Mrs. Walton*, quien llamaría por teléfono para decirle que Ann la había hecho sentirse avergonzada. *Mrs. Walton*, por su parte, era bastante miope. La noche anterior había dejado hervir el café y la leche se le había desbordado.

—Es un servido religioso para recordar las buenas cosechas —le dijo *Mrs. Kershaw*—. Te gustará el coro.

Le sorprendía a Ann que *Mrs. Kershaw*, con sus ideas tan vehementes, mandara a sus hijos a una escuela parroquial con vicario que llegaba dos veces por semana a dirigir las plegarias de la mañana. Cabría haber supuesto que prefería una de esas escuelas nuevas donde se llamaba a las maestras por el nombre de pila y se las hacía callar. Tal vez se trataba de un problema de dinero. Ann no creía que *Mrs. Kershaw* estuviese en lo cierto al decir que los chicos la querían. «Toleraban» podría haber sido un término mejor. Tampoco Ann los quería mucho, pues los hallaba cansadores e impertinentes. *Mrs. Walton* solía decir que no comprendía cómo una mujer bien educada como *Mrs. Kershaw* pudo haber tenido hijos tan odiosos.

—Qué lenguaje —decía—. Se diría que son marineros.

Sin mencionar la ropa de segunda mano que usaban.

—Fíjate bien —le dijo *Mrs. Kershaw*— que se vea claramente el frasco de «*chutney*» que mandé. —Meses atrás había preparado siete kilos de «*chutney*», pero ni Roddy ni los chicos habían querido probarlo—. Si no lo ves, ve a ver si Jasper dejó ese frasco en el guardarropa.

Ann prometió fijarse. Se quedó junto a la mesa y se preguntó si debería mencionar la escena con su madre. Entretanto contemplaba un pequeño cuadro sobre la pared, dentro de un marco complicado, que mostraba a una pareja haciendo el amor en una vía ferroviaria. No había ningún tren.

—Mamá se fue —dijo—. A Brighton. Tuvimos una disputa. Por Gerald.

Mrs. Kershaw la escuchó con atención. Debajo de las rosas bordadas el corazón le palpitaba de comprensión. Picó unas chauchas antes de echarles sal y dijo:

—No seas muy intolerante con ella, Ann. Es una mujer del montón. ¿Cómo puede comprender la forma en que vivimos nosotras? Vivimos en un mundo diferente. —Dicho esto sonrió con una sonrisa suave y satisfecha.

Era extraño para Ann que alguien llamase a *Mrs. Walton* «del montón». No era una expresión adecuada. Recordó el piano que sabía tocar su madre, sus cálculos, su habilidad para leer en francés, la firmeza de sus convicciones, la inflexibilidad de su carácter temible. La forma en que aconsejaba a Ann maquillarse:

—Tienes que explotarte más —solía decir—. Pintarte la cara.

Como si Ann fuese un piel roja. Su manera de aludir a los hombres como «personas». Su uso del pronombre posesivo. La subjetividad de cada uno de sus

pensamientos. Dijo, no obstante, a *Mrs. Kershaw*:

—Tiene razón, *Mrs. Kershaw*.

Subió las escaleras bostezando y halló los claveles debajo de la cama. Quizá se había mostrado algo intolerante con su madre. Podría haberse disculpado por no haberla dejado dormir y haber negado, sencillamente, que Gerald hubiese estado en el departamento. Podría haberle dicho que había entrado un perro sin dueño en la casa y trotado ladrando por las escaleras. Su madre no lo habría creído, pero en cambio habría apreciado la mentira.

Su primera impresión fue que la habían confundido con otra persona. Miró detrás, pero no había nadie en la puerta abierta. El desconocido estaba llamándola e indicando con un gesto la silla vacía junto a él. Tenía en los ojos una expresión tal de seguridad y de familiaridad con ella que Ann comenzó a sonreír con aire de disculparse. Era como si hiciera mucho tiempo que estaba observando la puerta y Ann lo hubiera hecho esperar. Ann notó, al pasar pidiendo más disculpas entre las dos filas de madres ya sentadas, que tenía rizos rubios y la nariz algo achatada de un boxeador. Vestía algo horrendo, una especie de tricota con algo escrito sobre el pecho. Calzaba zapatillas de tenis muy sucias y sin cordones.

Dijo algo cuando ella se sentó, aunque no pudo captarlo. Recordaba haberlo visto antes, un día el verano anterior, cuando fue a buscar a los chicos. Reparó en él entonces porque se le ocurrió que parecía un tonto, un chico grande con nalgas redondeadas que pateaba una pelota por el patio.

Sintió que se le agolpaba la sangre en las mejillas. Todos los miraban, imaginando que la mamita había llegado directamente de la oficina mientras él, el papito cariñoso, había interrumpido el trabajo en la obra para dedicarles unos momentos. El Jasper de *Mrs. Kershaw* le sonreía con aire socarrón. Tenía una gorra de militar encasquetada hasta los ojos y estaba destrenzando el galón del borde de su *blazer* escolar raído. Durante toda la ejecución por el coro de «Aramos los campos y nos vamos» el desconocido le toqueteó la tela de su traje de sastre verde, el hombro, la tapa del bolsillo, el borde de la solapa.

—Qué buena tela —susurró. Y a esto siguió una pregunta—: ¿Es *tweed* irlandés?

Ann no sabía. Sin embargo no parecía posible, a juzgar por su aspecto, que fuese un técnico de la industria textil y en vista de ello Ann hizo un gesto afirmativo y fijó la mirada en la hilera de niños sentados con las piernas cruzadas en el escenario.

A pesar de ser otoño el sol brillaba a través de los altos ventanales del salón. Los chicos inclinaban la cabeza para evitar el resplandor. Borrosos y dorados, jugueteaban distraídos con mechones de pelo reluciente, localizaban a sus padres, se codeaban mutuamente y reían para adentro. Después de la segunda estrofa los niños menores dejaron de cantar y se dedicaron a contemplar las motas de polvo que volaban en espirales hacia el techo. Con aire soñador miraban hacia arriba y se chupaban el

pulgar.

—Son carne de mi carne —le dijo el desconocido, tirándole de un codo.

A pesar de sus esfuerzos Ann no vio a ningún niño que se le pareciera. O más bien, a ninguno que no se le pareciera. Todos comenzaban a tener el mismo aspecto, el pelo de lino, la nariz chata, y todos se mecían a la vez con los ojos vueltos hacia el cielo. No se sentía muy bien. ¿Cómo explicar de otro modo el grado especial de agitación y palpitaciones que estaba sintiendo? Tal vez estaba con algo de fiebre. Aun cuando debieron inclinarse sobre las rodillas para las plegarias, él siguió quitándole partículas de lana de una manga.

—Por favor —murmuró ella—. Estoy rezando.

—Me gusta que reces —dijo él, deslizándose de la silla de metal para arrodillarse. Los rizos dorados se agitaron y dejaron ver un cuello blanco y un lunar oscuro apenas visible sobre el borde gastado de su tricota.

Una de esas madres de aspecto teatral típicas de Hampstead, envuelta en un abrigo negro, miraba con fijeza a Ann. Estaba arrollando una mecha de pelo varias veces alrededor de uno de sus dedos. Ann no supo si sonreír o no. Podría ser alguien a quien había conocido en el departamento de *Mrs. Kershaw*, ya que todas sus amistades tenían aspecto de inteligentes y hacían cosas en el teatro o bien cerámica, pero no podía estar segura. Empezó a tiritar. Allí, en el escenario, estaban sentados en fila los niños idénticos, carne de su carne, bañados en un rayo de sol. Había sentido algo semejante cinco años atrás después de una inoculación contra la polio, antes de viajar a España con una amiga de la oficina. A la sazón había creído morir. En definitiva no viajó porque *Mrs. Walton* se la llevó a Hastings, pero tuvo un dolor de cabeza abrumador y una temperatura de cuarenta grados, de modo que probablemente fue una suerte haberse quedado en Inglaterra.

El vicario estaba diciendo qué placer le causaba que estuviesen allí. El rostro del hombre estaba fuera de foco. Ann tuvo que apretar los puños sobre la falda para evitar que sus dedos se le moviesen sin control. El vicario les agradeció las donaciones, señalando con orgullo la mesa improvisada sobre caballetes, la pirámide de latas de sopa, la torta casera, la bolsa de plástico que parecía cubierta de rocío por la condensación interior y que contenía papas. Un padre vestido de tripulante de bote salvavidas, con una chaqueta marinera, pataleó con sus botas de goma en el suelo y gritó: «¡Bravo!». Ana no logró identificar el «*chutney*» de *Mrs. Kershaw* entre tantos otros frascos.

Tuvieron que quedarse donde estaban hasta que los niños volvieron a sus aulas. Emily no la miraba, pero Jasper le dio un leve puñetazo en el hombro al pasar. Cuando se levantaron el desconocido la seguía muy de cerca. Sintió la mano de él sobre un hombro y luego la misma mano en la cintura. Al volver ella la cabeza, los labios del hombre le rozaron el pelo. Tenía un aliento que olía a canela.

Una vez en el patio de juegos corrió delante de ella. Con las manos en los bolsillos y los hombros levantados casi hasta las orejas, se detuvo en el portón y le

cerró el paso.

—Tomaremos una taza de café —dijo—. En esta misma calle.

No le permitía pasar. Había una confusión de mujeres con cochecitos y un perro que corría de un lado a otro arrastrando su correa.

—Tengo cosas que hacer —le dijo Ann.

El hombre saltaba en puntas de pie y la gente se veía obligada a abrirse paso. Tenía mejillas sonrosadas y ojos de color azul muy pálido que la miraban a la cara.

—Nada de eso —dijo y tomándola de un brazo se la llevó.

No pudo comer el *éclair* de chocolate que le compró él. Se preguntaba cómo podía permitirse estar enferma cuando Pamela estaba por llegar a quedarse con ella.

—No me siento muy bien —dijo—. Parecería que es gripe.

—No piense en eso —le aconsejó él. Estaba metiendo grandes trozos de torta entre sus labios algo hinchados, con la cabeza muy inclinada sobre el plato. Aun así había migas por todo el mantel.

—Mi novio —le dijo Ann— es muy partidario de la miel con limón.

No era verdad, pues nunca había conocido a Gerald enfermo, pero quería hacer saber a este hombre que estaba comprometida y que no era el tipo de mujer que permite que la recoja cualquier extraño. El hombre no parecía haber oído, ya que seguía contemplando su plato con aire pensativo. No era apuesto como Gerald, sino blando y redondeado, aparte de que la irritaba porque tenía ganas de volver a casa y limpiar la cocina. Ann tenía conciencia de estar mirándolo con expresión calculadora y sentía la dureza que había adquirido su rostro. También tenía rígidas las rodillas. Estaba mirándolo con insolencia, con una ceja levantada, como acostumbraba hacerlo *Mrs. Walton* para expresar desdén. Se llevó una mano a la sien por si acaso él levantaba la vista. No la levantó. Al cabo de un momento el hombre dijo:

—¿Recuerdas las legumbres?

—¿Legumbres?

—Las coliflores sobre los escalones del altar... y esos repollos morados.

—¿Morados?

—¿No recuerdas los panes trenzados para darles el aspecto de espigas de trigo?

—El pan no es una legumbre —señaló ella, aunque comenzaba a recordar ya las Fiestas de la Cosecha de su infancia, el coro con túnicas con volados en el cuello, las velas encendidas, las dalias en el púlpito, el olor a tierra y a cera, toda la iglesia ornamentada con frutas y flores.

—Los nabos. Nabos, cebollas, calabacines...

—Zanahorias...

—Ah, esas zanahorias tiernas con hojas como helechos jóvenes.

En una oportunidad Ann había asistido a una velada poética dedicada a Wordsworth organizada por la Sociedad de Poesía. Su amiga Olive le dijo que le gustaría. Cuando llegó el momento de vagar con el poeta «solitarios como una nube», sintió ganas de gritar de vergüenza. Claro era que *él* sabía decir las cosas.

—Los crisantemos —añadió—. Las margaritas de otoño.

—¿Margaritas de otoño? —repitió él intrigado.

—¿No recuerdas?

—Margaritas de otoño —repitió el hombre—. La verdad es que dices cosas preciosas.

Ann había dejado de temblar. No era como hablar con alguien en el trabajo, o con *Mrs. Kershaw*. No tenía que asentir todo el tiempo y vigilar las bocas de los demás para saber cuándo le tocaba hablar. Le dijo que hacía dos años que vivía en Londres, que trabajaba para la BBC. Estaba sin aliento y hablaba como si estuviera corriendo. Entraba la gente, se movían sillas, se recogían platos en bandejas, pero ella seguía concentrada en la cara sonrosada de él, coronada de rulos en un estilo amanerado. No era que él le hiciera preguntas. Hacía varios minutos que no decía una palabra. Sucedió más bien que ella se sentía impulsada a hablar y lo que era extraño era que no estuviese diciendo nada de gran trascendencia. Nada parecido al comentario sobre las margaritas de otoño. Comentó, por ejemplo, que no tenía en realidad la sensación de estar viviendo en Londres y que del mismo modo podría haber estado en otra parte. Iba de un lado a otro en transportes públicos a lugares que eran sólo nombres en los mapas, viajaba en subterráneo, subía por los ascensores de Bush House, comía en bares que vendían sándwiches. Los fines de semana, en fin, salía a caminar con Olive por Hampstead Heath.

Él parecía un médico que escucha atentamente los síntomas de una enfermedad obvia, sentado allí con los ojos entrecerrados, asintiendo, murmurando una palabra afirmativa, frotándose un costado de la nariz chata con el borde de un dedo. Ann le contó que *Mrs. Kershaw* salía a trabajar, con lo cual quiso dar a entender que por su parte nunca habría abandonado a sus hijos en nombre de una carrera. Al día siguiente pensaba llevar a Jasper y a Emily a las piscinas de natación de Swiss Cottage. Ella misma no nadaba porque se ponía histérica cada vez que el agua le llegaba al corazón. ¿No era esto raro, dado que se había criado junto al mar?

Él comió el *éclair* de ella y pidió más café. De vez en cuando se enjugaba los labios en una manga desgarrada. Una vez repitió el nombre de ella, «Ann», como si estuviera mordiendo algo y cuando abrió bien la boca se vieron los espacios que tenía entre los dientes. Ann le contó acerca de la prima que venía a pasar días con ella y añadió que tenía que retirar las sábanas del lavadero. Comenzó a describir el carácter de Pamela, ciertos amaneramientos que eran irritantes.

—Cuando come algo... un pedazo de queso... ese tipo de cosa... lo sostiene con las dos manos y lo roe... Claro es que no hay razón para que no coma así... todos somos diferentes... pero de todos modos...

Entonces él levantó la vista, sin sonreír, y Ann vio reflejada en sus ojos la imagen microscópica de la gran tetera en el mostrador. En mitad de una frase advirtió la nota de malicia en su voz y en verdad llegó a tartamudear. No pudo seguir hablando. Nunca había experimentado tal sensación de poca estima de sí misma. Todo lo que le

había contado, las trivialidades aburridas de su cerebro brotadas como burbujas, la tonta afirmación de que había una manera correcta y otra incorrecta de comer queso. ¿Qué le sucedía? Él no estaba mirándola con reprobación, sino que tenía otra vez los ojos fijos en la mesa, mientras barría con los dedos las migajas sobre el mantel y formaba una pared en miniatura con ellas. Tuvo que llevarse la mano a la boca para contener las demás palabras que brotaban, los resentimientos sin importancia... que Gerald la hubiese dejado, las flores que su madre había rechazado, Pamela y sus visitas a Clapham, todos los pormenores confidenciales de una vida que de pronto la hastiaba. Quería ser buena.

Se quedaron callados un momento. Entonces él le dijo su nombre, William McClusky. Era autor teatral. Por alguna razón las dos afirmaciones de él le provocaron ansiedad. Tenía una voz de timbre alto, aguda y con sonidos brutales a veces, pero Ann no había advertido antes que era escocés. Él le dijo que era de la costa del oeste, lo cual no le reveló mucho. En definitiva, según supuso Ann, con ese acento ello significaría que su madre y su padre lo hallarían vulgar. Nada de clase de oficiales. Le intrigó el hecho de haber imaginado que sus padres pudiesen conocerlo. No podía comprender por qué le molestaba la idea de que escribiese obras teatrales. ¿Qué importaba lo que hacía? No tenía nada que ver con ella. Sin embargo, sufría. Lo miró perpleja, con los ojos muy abiertos.

—¿Sí? —dijo.

Tal vez estuviese mintiéndole. No parecía tener suficiente educación como para ser escritor. La poca gente que había conocido en la cafetería de Bush House, que trabajaba para los Programas de Conferencias, era siempre egresada de Oxford con diplomas en Economía.

—Están ensayando una obra mía en este momento. Si marcha bien cuando la llevemos al interior, se estrenará en el teatro Haymarket.

—Qué bien.

Ann habló con tono opaco para disimular sus sentimientos. Acababa de conocerlo y no quería que se fuera al interior, que se fuera en tren, lejos de ella. Empezaba a sentirse confusa. Debía de tener algo que ver con la partida de Gerald a los Estados Unidos y con el regreso de su madre a Brighton... todo el mundo yéndose de viaje. O quizá estaba enferma.

—Esta noche estaré en televisión. Una especie de entrevista. Preguntan qué significa ser escritor.

—Mi novio —empezó a decir Ann— es profesor de...

—¿Me verás, entonces?

—No tengo televisor.

—Te conseguiré uno. Dime dónde vives y diré a un amigo mío que te lleve uno.

Escribió la dirección de ella en el dorso de la mano. Ann estaba horrorizada de habérsela dado. No quería que nadie le llevara un aparato televisor, en todo caso cuando estaba por llegar Pamela y con todo lo que tenía que hacer antes del día

siguiente. Por otra parte tampoco creía que él hablaba en serio.

William la acompañó hasta la esquina de la calle. Estaba tan temblorosa que cada pocos pasos le entrechocaban los tobillos y trastabillaba. Él no parecía advertir nada y caminaba casi sobre el cordón, empujando las hojas con sus zapatillas de tenis.

—Me voy al cementerio —le dijo—. A mirar las tumbas.

Ann se preguntó si acaso habría muerto alguien muy allegado a él. No sabía qué decir.

—Ese hombre que tienes —preguntó él de pronto—. ¿Está sin trabajo?

—¿Sin trabajo?

—¿No pudo gastar dinero en comprarte un anillo?

Estaban ya en la cima de la colina y William comenzó a caminar de prisa alrededor de Ann, haciendo rebotar una pelota imaginaria.

—Tuvo que irse a Estados Unidos —dijo ella con viveza—. No hubo tiempo. —Le dolía que no sólo su madre considerase que Gerald no estaba a la altura de la situación.

—Si fueras mi mujer —dijo él— tendrías un anillo en el índice. —Y en pleno día le tomó la mano izquierda entre las dos de él, una con una dirección tatuada en la muñeca y la besó en la comisura de los labios.

Le mandó el televisor. Dos muchachos lo llevaron por las escaleras y lo depositaron sobre el alféizar de la ventana. No dejaron ningún género de mensaje, lo cual significó que Ann tuvo que pasar toda la velada tratando de encontrar el programa y apenas le quedó tiempo para poner en orden el departamento antes de la llegada de Pamela. La imagen subía todo el tiempo y volvía a aparecer debajo y vio tantos fragmentos de tantas películas que se quedó agotada y con los ojos doloridos. En el momento en que suponía ya haber perdido el programa de William y al girar el dial de unos vaqueros que se mataban en la pantalla, obtuvo una imagen bien nítida de dos hombres sentados a una mesa. Uno de ellos era William, con cuello, corbata y el pelo bien cepillado hacia atrás. El otro estaba preguntándole algo sobre el drama contemporáneo británico y William repuso:

—¿Se refiere a obras como *Recuerda con Ira*?

Por lo menos Ann creyó haber oído esas palabras y estaba en situación de comprenderlo mejor que nadie por tener aquella voz metida en la cabeza desde la tarde. No podía creer que nadie más comprendiese, pues el acento se le había vuelto más cerrado aún. De cualquier manera el anfitrión no respondió nada, sino que se inclinó hacia adelante en su asiento, se produjo una pausa y en seguida agradeció a William que hubiese venido. William le dirigió un brusco saludo con la cabeza y apareció un primer plano que lo mostraba sentado allí, con el labio inferior saliente en un gesto agresivo, más bien de boxeador que de escritor. De inmediato la imagen se fue esfumando al son de música de fondo muy fuerte.

Ann apagó el televisor y la imagen se dobló hacia adentro. Durante un segundo hubo un agujerito blanco en el centro y luego, nada, salvo un rectángulo gris y la silueta de la puerta de la cocina reflejada sobre la pantalla. En aquel momento, al haberse ido William, no podía recordar qué aspecto tenía. Visualizaba a Gerald, su manera de entrecerrar un ojo cuando arrojaba humo, la nariz algo ganchuda, los dos dedos que apoyaba bien contra la boca fruncida cuando estaba pensativo. Visualizaba a su madre, de cuerpo entero, en una de sus reuniones de *bridge*, con las cartas apretadas contra el pecho como un abanico y el brazalete de su reloj demasiado apretado en su brazo regordete. Hasta recordaba el aspecto arrugado de la mujer del lavadero cuando recogía las sábanas. En cambio no lograba visualizar a William.

Debió permanecer arrodillada allí, frente al televisor, muchísimo tiempo, porque cuando oyó llamar a *Mrs. Kershaw* y se levantó del suelo, le dolían las rodillas. Estaba tan entumecida que por poco no se cayó.

Mrs. Kershaw estaba en mitad de la escalera, con una bata floreada atada con una cuerda alrededor de la cintura.

—Teléfono —dijo.

Ann sintió terror de que fuese su madre. No estaba con ganas de oír reproches. Su madre le diría «Hola, desconocida», a pesar de haberla visto dos días antes. Y luego, «Papá me encontró bastante desmejorada cuando volví de tu casa». Y Ann le diría «Hola, mamá». Y entonces *Mrs. Walton* le preguntaría con su terrible perspicacia «¿Qué te sucede? ¿Qué pasa?».

Levantó el auricular y dijo con cautela:

—Hola.

—¿Miraste?

—Sí, sí... miré...

—Me alegro. Quería que me vieras.

—Sí, sí... te vi...

La pared estaba pintada de color verde oscuro, como un retrete público. Había una tarjeta con el número del servicio de taxis y una advertencia escrita a máquina recomendando no usar monedas extranjeras. Ann oía el eco de la propia respiración al agitarse en la parte del teléfono donde tenía apoyada la boca.

—Bien, entonces —dijo él—. Así me gusta —y cortó la comunicación.

Su prima Pamela llegó al día siguiente a tiempo para almorzar con ella. Se quedó parada en el vestíbulo con la boca levemente entreabierto, como si algo la preocupara y estuviese pensando en la pregunta indicada. Tenía cejas finas y muy rectas que casi se unían en el centro y mejillas de tinte delicado.

—¡Mi Dios! —dijo Pamela cuando Ann abrió la puerta—. Te ves agotada. ¿En qué has andado?

Tenía una valija y dos portaprendas plegables y dijo que la matarían las escaleras.

Hizo muchísimo ruido en el vestíbulo y a Ann le preocupó que pudiese aparecer Roddy, el amigo de *Mrs. Kershaw*, y se quejase. Una vez se quejó cuando Olive tropezó con el felpudo, e hizo aparición poco menos que desnudo y agitando los brazos. Olive por poco no se murió de risa. Cuando más tarde Ann se quejó a *Mrs. Kershaw*, ésta le dijo que Roddy era un desvergonzado y que no hicieran caso de él. Con todo no quería atraer la atención hacia ella misma y, pensando en ello, tampoco hacia Pamela.

Pamela la visitaba sólo cuando quería disponer de alojamiento gratuito. Por lo general salía todas las noches y muchas veces no había vuelto hasta la tarde. Contaba las anécdotas más espeluznantes sobre los amigos que tenía en Clapham. Nunca comprendía Ann por qué no se quedaba con ellos, puesto que eran tan amigos. Tenían una sala pintada enteramente de negro y dormían sobre almohadones en el suelo, de manera que no se trataba de que no tuviesen suficiente número de camas. Ann nunca le había tenido verdadera simpatía, lo cual era extraño, por ser Pamela en cierto modo parecida a *Mrs. Walton*, vivaz y llena de alegría cuando estaba de buen humor. Hacía que Ann se sintiera torpe. Todas las fotografías del álbum de familia las mostraba juntas en la playa, con balde y pala, Pamela, menuda y morena, sonriendo a la cámara y Ann, alta y rubia, los ojos fijos en la arena y los dedos huesudos de los pies vueltos hacia adentro. Pamela nunca dejaba de insinuar que las cosas no eran tal como aparecían. Cuando tenía quince años dijo que el padre de Ann la había abrazado en el invernáculo. Ann encontró el comentario repugnante y se lo dijo. Pamela, en cambio, se echó a reír y repuso:

—¿Qué tiene de repugnante? Es normal.

Si no había querido insinuar que había algo raro en el gesto afectuoso del capitán Walton entre los geranios, ¿por qué haberlo mencionado? Ann no estaba muy próxima a su padre. Su padre era militar de carrera retirado y su madre se había casado con él de rebote después de haber roto sus relaciones con el aviador que había conocido en la Isla de Wight. Tenía veinte años más que ella. Disfrutó mucho de la guerra y, según *Mrs. Walton*, nunca volvió a ser el mismo cuando la guerra estuvo ganada. Vivieron en barracas militares de todo el país, una serie de casas de ladrillo con garajes manchados por la lluvia y con arbustos recién plantados que se marchitaban a lo largo de los senderos de cemento. Pusieron a Ann pupila y cuando terminó de educarse y el capitán se retiró, Ann apenas lo conocía. Era a la sazón erguido y frágil. A menudo no respondía cuando le hablaban y a *Mrs. Walton* le encantaba decir que la mente se le había ido de maniobras. Aun solía preguntarse cómo sería ella de haber sido su padre aquel artillero de cola, valeroso hasta la inconsciencia, según su madre, en lugar del hombre de cierta edad que se paseaba por la costanera de Brighton. Los viejos soldados, según sabía ella, nunca morían. En el caso de su padre hallaba no tanto que estaba marchitándose poco a poco, sino que nunca había estado con ellas. Lo observó con mayor atención en Navidad, después de que le contó Pamela el incidente en el invernáculo, pero él aparentemente no reparaba

en su sobrina. Sentado muy erguido en su sillón, leía su libro sobre Rommel junto a la estufa eléctrica.

—¡Ah! —dijo Pamela tan pronto como entró en la sala—. Veo que tienen televisor.

—Me lo prestaron —repuso Ann. Comenzó a preparar el almuerzo, pelando las remolachas y mezclando vinagre y agua caliente en un bol. No tenía azúcar. Cuando hizo las compras había llevado la lista, pero no pudo concentrarse en nada y olvidó comprar una cantidad de cosas.

Pamela le dijo que estaba considerando la posibilidad de conseguir empleo en Londres. Era hora de explorar nuevas regiones. Su amigo en Clapham decía que era una tonta al enterrarse en Brighton. Quería encontrar algo más conforme con sus aptitudes... no era mala como psicóloga aficionada... tal vez podría obtener un empleo en alguna oficina de archivos criminales.

Ann se miró las manos teñidas de carmesí por las remolachas y volvió a sentirse mal. Cuando despertó por la mañana se sentía muy bien, calmadas por fin las emociones de la noche anterior. Tomó el desayuno y se paseó varias veces delante del televisor, que le pareció sólo un objeto. Hasta llegó a olvidar el llamado telefónico. En aquel momento, en cambio, con Pamela hablando de encontrarse a sí misma, tenía conciencia del televisor sobre el alféizar de la ventana con su antena señalando el cielo raso. Parecía llenar el cuarto, borrando sus libros, el vaso de claveles moribundos, la fotografía de su madre y de su padre en un marco de plata. Detrás de la órbita convexa de la pantalla estaba William. No tenía más que hacer girar el botón y allí estaría sentado, con corbata y cuello, hablando de drama. Quería que volviera. Quería saber qué aspecto tenía. Tenía que mencionarlo.

—Me lo dio un hombre —dijo.

—¿Te dio qué? —dijo Pamela. Estaba volviendo una y otra vez una hoja de lechuga, como para asegurarse de que Ann la había lavado bien.

—Es un escritor de comedias... apareció en un programa anoche.

—¿Por televisión?

—Sí.

Pamela miraba con atención el rostro de Ann. Era muy astuta.

—¿Qué clase de hombre?

—Te dije ya. Escritor. Estaba esperándome cuando entré en el *hall* de la iglesia. Me llevó a tomar café y hablamos de su trabajo y entonces...

—¿*Hall* de la iglesia! ¿Te levantaron en un *hall* de iglesia?

Ann se ruborizó.

—No me levantó. Me conocía.

—Ah.

Pamela atravesó una rebanada de jamón con su tenedor. Lo miró con repugnancia y lo enrolló debajo de la hoja de lechuga. Era así. Cualquier cosa que hiciera Ann, nunca apreciaba nada.

—Creí que estabas comprometida con un norteamericano.

Ann había olvidado a Gerald. En toda aquella noche inquieta no había tenido una sola imagen de Gerald.

—Gerald no es norteamericano —señaló.

Pamela sabía perfectamente que era inglés porque en la primera ocasión que se presentó, *Mrs. Walton* le había contado a Auntie Bea todo acerca de él. De este relato Gerald había surgido con un ascenso de instructor a profesor pero su nacionalidad no había sido cambiada.

—¿Dónde vive este hombre? —preguntó Pamela—. Este dramaturgo. —Como si no creyera que existía.

Ann repuso que no sabía.

—¿Y te regaló un televisor? ¿Sabes cuánto cuestan?

Tenía una manera de mirar a Ann, de calcular el precio de la ropa que llevaba... siempre había sido así, aun cuando niña... los zapatos que se compraba. Su escrutinio era para Ann como el de *Mrs. Walton*, teñido de hostilidad. Pamela encontraba a Ann demasiado alta, demasiado desgarbada, que tenía que hacerse cortar mejor el pelo. Ella misma medía un metro cincuenta y tres. Iba a hacerse peinar en Lewes y su ropa era copiada de las revistas más elegantes. Llevaba un vestido que recordaba una túnica de gimnasia y medias negras tres cuartos sobre las de *nylon*. Era desconcertante para las dos tener un parentesco de sangre. No importaba cuando Ann estaba con gente del trabajo, con *Mrs. Kershaw*, con Olive. Entonces podía ser ella misma, ser su personalidad de fuera de casa. Podía hablar de acostarse con hombres y de ser algo izquierdista. Con Pamela, en cambio, se sentía limitada. Ambas habían crecido dentro del mismo marco de experiencias. Ambas habían huido del ambiente. Cada una oía con una atención exacerbada la nota de afectación en la voz de la otra. Ann podía volver a Brighton los fines de semana y mirar a las mujeres con su ropa anticuada y sus peinados abultados y sentirse superior. Podía oír las máquinas cortadoras de césped los domingos por la mañana desde su silla de lona en el jardín, el zumbido de las avispas, el estrépito del capó de algún automóvil, una radio en alguna parte detrás del cerco de madera entrecruzada. Estaba allí, sí, pero sólo de visita. Estaba esperando volver a Londres, donde no tenía enemigos, esperando a que sonara el toque de retreta. Y lo mismo le sucedía a Pamela, a pesar de que aún no había dejado su casa. No tenía nada que ver con la geografía. Era inútil, pues, fingir nada. Nunca podrían ser amigas.

—No dije que me lo regaló —dijo Ann—. Me lo prestó.

—Es bastante raro —dijo Pamela. Seguía torturando el revoltijo en su plato—. Tiene que haberse hecho una idea rara de ti. ¿Qué hacía en un *hall* de iglesia?

—Era un servicio religioso de la escuela. *Mrs. Kershaw* tenía que trabajar y yo la reemplacé. Alguien tenía que ir. Su Roddy siempre se queda en la cama.

—Pero, dime de él. El hombre. ¿Qué hacía allí?

—Fue a buscar a sus chicos, por supuesto.

En el instante en que Ann lo dijo, cayó en la cuenta de que tenía que ser casado. No se le había ocurrido antes. Había olvidado lo de la carne de su carne y sus implicaciones. Bajó los ojos hacia el plato y el floreado se le apareció borroso. Estaba llorando.

—¡Oye, vamos! —le dijo Pamela y levantándose de un salto apoyó la cabeza de Ann contra su túnica de gimnasia y le acarició el pelo. Se mostró cariñosa, suave. Y se quedó allí, repitiendo melodiosamente—: No llores... vamos... vamos...

—Perdona, Pamela —dijo Ann—. Desde ayer me he sentido muy mal. Debe de estar por llegarme el período o bien una gripe —y para probarlo, aspiró fuerte varias veces.

Pamela le enjugó la cara con la servilleta de té y le hizo una taza de café. No había azúcar, de modo que no lo bebieron.

Ann le habló de William esperando junto a la puerta cuando entró en la escuela. Describió los rizos, las mejillas sonrosadas, los ojos clarísimos...

—Tiene que ser un encanto —dijo Pamela y al decir esto esbozó una sonrisa tierna, como si estuviera hablando de un bebé.

—Tiene espacios entre los dientes... ya sabés cómo... huecos...

—¿Espacios? ¡No digas que le faltan dientes!

Entonces las dos rieron y Ann lloró al mismo tiempo que reía.

—En realidad no me gustan los hombres con el pelo rizado —confesó—. ¿Y a ti?

—Sólo si tienen todos los dientes —repuso Pamela. Meciéndose en las sillas junto a la mesa de la cocina cacarearon de risa.

Ann se sentía débil y aliviada a la vez. La voz se le volvió más profunda y llena de sugerencias. Le contó a Pamela cómo William había bailado a su alrededor en la colina, de los autos que bajaban, de los plátanos en una perspectiva cada vez menor cuando llegaron a Finchley Road.

—Casi desnudos de hojas —dijo— y cuando pasaban los automóviles junto a nosotros, la gente nos miraba y él empezó a dar vueltas a mi alrededor... sabes... saltando... como un boxeador. Como alguien en el cine.

—¿Qué quieres decir?

—Y en el momento de descender, colina abajo, me besó. En una comisura.

—¿Dónde?

—Y más tarde me llamó por teléfono y me dijo que se alegraba de que lo hubiese visto.

—Qué quieres decir —volvió a decir Pamela, pero Ann hablaba ahora de Gerald, volviendo a vivir la fiesta de despedida y el haber tenido que obligarlo a irse del departamento.

—Quiso que me quitara *toda* la ropa, pero ¿cómo podía hacerlo yo? Y el aliento que tenía... fue horrible.

—Hay algo que tengo que decirte —le dijo Pamela—. Vine aquí por una razón.

—No me gustó que fuese tan violento conmigo. Quiero decir que nos hemos

acostado varias veces, pero no sé lo que siento por él. Debí llevarme a los Estados Unidos.

—Tengo un atraso —le dijo Pamela—. Dos meses.

Pero Ann no la oyó. Estaba pensando en *Mrs. Walton* cuando gritó desde el dormitorio.

—¿Qué sentirías —preguntó— si tu madre empezara a llamar?

Pamela estaba golpeando la mesa con la punta de los dedos y mirando con fijeza por la ventana. Se hubiera dicho que había perdido interés en la conversación.

—Vino a conocer a Gerald —prosiguió Ann—. Todo el tiempo pedía agua. Cuando fuimos al aeropuerto al día siguiente, no hubo tiempo de despedirse como es debido. Lo único que hice fue tratar de hacerlo sentirse culpable. En adelante no tendré más que sus cartas. Son tan impersonales. Tengo que volar para reunirme con él en febrero, ¿pero cómo? En realidad no lo conozco.

No le gustaba que Pamela supiese que su compromiso no era todo romance y ensueño, pero tenía que decírselo a alguien. Pamela la miraba en aquel momento con desprecio.

—Vieja canalla —dijo.

—No es viejo —dijo Ann, quien oyó mal—. No tiene más que veintiséis años.

—Tu madre —señaló Pamela—. Imagina, haber llegado la semana misma que él se iba.

Le chocó que Pamela fuera tan brutal. Al instante lamentó haberle contado tanto. Era evidente que Pamela no había captado el punto principal y bien podría repetir toda la conversación a su madre, quien llamaría por teléfono en seguida a *Mrs. Walton*.

—No dirás nada a tía Bea, ¿no? —rogó. No había pensado suplicar así, pero tenía terror de que su madre se enterase acerca del televisor.

Pamela no repuso. Estaba sentada allí raspando el mantel con la uña del pulgar.

—Por favor —le rogó Ann. Y de pronto le temblaron los labios, se los mordió y entonces le temblaron las mejillas... estaba llorando otra vez.

Esta vez Pamela no le mostró compasión. En lugar de ello le dijo con frialdad:

—Sabes bien qué te pasa, ¿no? No tiene nada que ver con la gripe ni con que estés por tener el período. —Al hablar golpeó la mesa con el puño como si la cosa fuera obvia y el café frío se agitó en las tazas.

Ann se quedó mirándola con los ojos húmedos.

—¿Qué me pasa? —preguntó.

—Te has enamorado de esa maravilla sin dientes que conociste en el *hall* de la iglesia. Eso es lo que te pasa —dijo y miró enojada a Ann con las cejas unidas en una línea recta.

No la ayudó a lavar la vajilla, sino que se alejó y, sentada en la sala, se puso a mirar televisión. Primero hubo un cuento para menores de cinco años y después un programa en galés.

Cuando llegaron de la escuela los chicos de *Mrs. Kershaw*, Pamela dijo que los acompañaría a la piscina pública. Por lo general pasaba horas en el cuarto de baño antes de salir corriendo a Clapham. Hallaba muy originales a esos chicos. Admiraba la ropa de segunda mano que usaban. Les regaló dos chelines a cada uno. La niña se le subía por todas partes. Ann había notado ya que Emily tenía una tendencia a representar. El Roddy de *Mrs. Kershaw* era, según se decía, actor y a menudo llevaba a los niños al teatro. Emily acarició el abrigo de Pamela y jugueteó con su collar. Le dijo que era bonita. Encontró una malla de baño de su madre y ambas fueron a cambiarse juntas. Ann se quedó en la galería con la gente que no se bañaba en la piscina.

El instructor de natación tenía una erupción en todo el cuerpo. Estaba tan ocupado rascándose que en ningún momento podría haber advertido que alguien se había hundido ya dos veces e iba por la tercera. Iba de un lado a otro con pasos sordos de zapatillas, los pies para fuera y el pecho en llamas. Era probable que tuviese que ver con el cloro, pensó Ann. Todo el mundo orinaba en la piscina y ellos abusaban del producto químico para matar los gérmenes. Había una mujer encinta enseñando a su hija de dos años a no tener miedo de nada. La niña daba alaridos y trepaba por los brazos de su madre para que la sacaran del agua. Ann se preguntó si añadían tinte azul a la piscina hasta que decidió que era el reflejo de los azulejos. Eran azules como el cielo de una tarjeta postal. El techo estaba cerrado por paneles de vidrio. Todo resplandecía de luz, las paredes recubiertas con azulejos, la superficie de la piscina, las arcadas blancas que conducían a los vestuarios.

Pamela quedaba muy bien con la malla de *Mrs. Kershaw*. Tenía la piel muy pálida y hombros oblicuos y carnosos y se había dejado puesto el collar, el de Turquía, del cual colgaban las moneditas de plata. Se sentó en el borde de la piscina con Emily y Jasper colgados de sus codos y buscó a Ann en la galería. Le dirigió un saludo con la mano. Señaló la dirección a los niños, pero ellos no miraban hacia donde debían. Mientras miraban con atención hacia arriba, un muchachito salió corriendo de los vestuarios y saltó por encima de ellos, rodillas recogidas, hasta caer dentro de la piscina. El agua rebotó en el aire e hizo una curva. Pamela se movió algo sobre las caderas y se enjugó el rostro con las manos. Con un pie extendido se lanzó torpemente dentro de la piscina. Los chicos nadaban como perritos a su alrededor. Después de unos instantes Pamela comenzó a nadar hacia la parte honda, volviendo la cabeza sucesivamente, como si buscara sentirse cómoda, los hombros en un movimiento rítmico, los brazos pálidos levantados. Cuando llegó a la barandilla se levantó con las manos sobre las baldosas y se tendió boca abajo, mientras el agua le caía por las piernas blancas. Después se sentó y se sonó la nariz con los dedos.

Fue entonces cuando Ann vio a William. Estaba de pie, con las manos en la cara, mirándola desde abajo. Tenía un par de pantalones de baño negros y el pelo aplastado contra el cráneo. Por un instante Ann contuvo la respiración y en seguida sintió ganas de esconderse. Se le ocurría que todo el mundo estaba libre y sin ropa y que sólo ella

se veía torpe y visible para todos con su abrigo gris y sus zapatos escotados. Hasta tenía cartera, una cartera que colgaba por encima de la barandilla, hinchada de documentos y de la banda de pelo de Emily. Casi la dejó caer. Nunca le había gustado, en realidad, la desnudez, toda esa extensión de carne, tocada ya por la muerte, a menos que uno estuviese de regreso de vacaciones y tuviese un aspecto menos obsceno. Él en cambio estaba hermoso, perfilado contra la luz que parecía vacilar y fundirse, aunque ella sabía que era sólo el reflejo del techado de vidrio sobre el agua. Había mucho ruido y movimiento, los gritos, los chapuzones, las bocas abiertas en un solo chillido, los cuerpos de color arcilla que se arrojaban desde el trampolín. La ola de sonido y de luz ascendió para rodearla. Sintió que se ahogaba.

William los llevó a tomar té en Finchley Road. Ann no recordó luego cómo llegaron allí. Era una larga marcha y había mucho tránsito. Los chicos charlaban y Pamela llevaba las toallas mojadas. Cuando se sentaron a una mesa él no hacía más que mirar absorto a Ann. No le importaba a ella que la mirara así, como le habría importado de haberlo hecho Gerald o algún extraño. Estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír. Los ojos de William estaban inyectados de sangre y al secarse, el pelo empezó a ponerse rizado otra vez. Pamela encontró un pedazo de lana en el bolsillo y empezó a jugar con él, haciendo con los niños distintas combinaciones entre todos.

—Pamela vino a quedarse conmigo —le dijo Ann.

—Sí, lo sé —repuso William. Sabía que Ann quería que incluyese un instante a Pamela—. Espero que te diviertas.

—Gracias —dijo Pamela en voz baja. Ann se preguntó dónde estaba su aplomo habitual. Tenía manchas en el rostro y las ropas elegantes le daban aspecto de tonta. Los guantes que había dejado sobre la mesa tenían una hilera de orificios sobre los nudillos.

Cuando Ann terminó su té William se inclinó y dejó caer algo en su taza.

—Para ti —dijo—. De mi dedito.

No comprendió qué quería decirle. Había un anillo de plata, liso, en el fondo de la taza.

—Pero ¿qué es? —dijo ella y lo levantó, pegajoso en los bordes por el azúcar.

William lo tomó y después de levantar la mano izquierda de ella le colocó el anillo en el dedo.

Pamela estaba inclinada sobre la red de lana entre sus dedos y el pelo le caía sobre el cuello. Miraba a Ann boquiabierta y también ella tenía los ojos enrojecidos, con manchas rosadas y además, lagrimeaban. Por primera vez desde que se conocían miraba a Ann con timidez.

—Qué bonito es —dijo Ann, torciendo la mano para mostrar el anillo. Debajo de la mesa él le acariciaba una rodilla y sonreía, sonreía como ella.

No recordó después haber salido del café. Sabía que llamó un taxi y que se sentaron en los dos trasportines. Pamela iba con ellos, sentada con las manos

enredadas en la lana, y los niños, uno de cada lado de ella, lánguidos sobre el asiento de cuero, con toallas bajo el brazo y rodillas pálidas juntas. El cielo estaba oscuro y había huecos de luz en las calles concurridas. Las sombras se deslizaban por la cara de William. El taxi se detuvo y reanudó la marcha y se arrastró hacia adelante entre la hilera de automóviles que salían de la ciudad en dirección a Golders Green. Apretada afuera, en la noche de octubre, la gente se amontonaba en las bocacalles y corría como loca tras los ómnibus, subiendo de un salto a las plataformas en movimiento y meciéndose como muñecos de trapo desde los pasamanos relucientes. Daba la sensación de ser Navidad, los escaparates iluminados, el viaje alocado, el anillo de plata en su dedo. William no entró en la casa y ella no lo invitó porque sabía que de haber querido entrar lo habría dicho.

—Te veré muy pronto —le dijo.

Los niños corrieron por la granza. Detrás del cerco de ligustrina oyó el taxi con él dentro cambiar de velocidad al alejarse colina arriba.

—Cuelga tu abrigo —dijo a Pamela cuando llegaron al departamento. Pamela lo había arrojado sobre el sofá junto con las toallas mojadas y los guantes.

No había ni un átomo de ternura en Ann en este primer momento de su amor. Con la partida de él no se sentía feliz, ni agradecida, ni perpleja. Si acaso sentía algo, era enojo. Hasta aquel momento tenía la sensación de haber estado envuelta en vendas, como una momia egipcia. Cada año el tiempo le había quitado una vuelta de vendaje. Al final de su vida se habría encontrado expuesta al aire y desintegrada en un montón de polvo. En cambio con un gesto William había cortado todas las vendas y había surgido de debajo de ellas perfectamente conservada y lista para vivir. Y William tendría que haber estado con ella. No le importaba que fuera casado ni que usara ropa raída. Pamela tenía razón. Lo quería.

Pamela la miraba también. Estaba desenredándose del pulgar un trozo de lana azul.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ann—. ¿Te comió la lengua el gato?

No pudo evitar mostrarse desagradable. Se acercó luego a la ventana y miró hacia abajo, entre las sombras del jardín. El mes anterior *Mrs. Kershaw* había cortado las rosas marchitas, arrollado la red de bádminton y nadie iba ya a caminar sobre el césped. En el departamento detrás del de *Mrs. Kershaw*, en la planta baja, vivía una modelo. En verano solía aparecer entre los rosales para que la fotografiase la prensa, conteniendo la respiración, adoptando poses raras, con la cabeza hacia atrás, el mentón levantado hacia las ramas del sicomoro. Ann le había tenido envidia, por el abundante pelo negro y por la gran atención de que era objeto. Ya no le tenía envidia. Tenía a William.

Las luces estaban ya encendidas en las casas a lo largo de Frognaal, bloque tras bloque. Seis departamentos por casa, cada uno con cocina y mesa puesta para dos.

¿Cuándo era «muy pronto»?

—¿Quién es? —preguntó Pamela. Sonaba muy cansada.

—Te lo dije ya. Es escritor.

—¿Cuántas veces lo has visto?

Ann no repuso. Se preguntaba a qué dedito se refería.

—¿A cuál se refería —empezó a decir— cuando dijo «dedito»?

—Es vulgar —dijo Pamela—. Por el meñique. Los maricas usan anillos en el meñique.

No es verdad, pensó Ann. ¿Cómo podría saber ella algo así?

—Me preocupas —le dijo Pamela—. No es típico de ti. A tu madre le daría un ataque.

A Ann no le importaba. Todo lo ocurrido antes, en el pasado, cuando vivió como ella misma, era un error. El subgerente del banco, el hombre casado de la BBC, el pintor que conoció en Hampstead Heath, hasta Gerald. Su madre había tenido ataques con todos, con la excepción de Douglas, el hombre casado, de cuya existencia nunca se enteró. Era inútil elegir a alguien para que fuera del gusto de su madre, era imposible. Esta vez intervendría para arruinarlo todo o hacerla actuar de ningún modo que no fuese auténtico.

Pamela no fue a Clapham. Hizo un llamado telefónico y volvió a subir con la sombra de las pestañas corrida, como si hubiese estado llorando. Abrió las canillas de la bañera y se quedó en el cuarto de baño más de una hora. Todo el tiempo retiraba el tapón y volvía a llenar la bañera y en un momento se oyó un tintineo, como si hubiese dejado caer algo de la repisa de vidrio.

—¿Rompiste algo? —le preguntó a gritos Ann, pero Pamela no repuso. Con todo egoísmo tenía la canilla bien abierta y estaba dejando vacío el tanque de agua caliente.

Sentada en la cocina, Ann contemplaba su anillo de plata. Estaba pensando en todo lo que la gente se decía, en las palabras que tenían por hábito repetir y en las palabras que siempre omitían. William no había hablado mucho con ella... sólo la había mirado fijo y le había dicho: «Si fueras mi mujer». Ahora que tenía el anillo de él, ¿quería decir que era su mujer? ¿Por qué no había dicho él algo para recordar, algo importante, cuando lo dejó caer en su taza? Se sentía agitada, sentada allí junto a la mesa, insegura ahora que William estaba lejos de su vista. Pensó en bebés en sus cochecitos, en el cortado del césped, en la conservación de las casas. Qué oportunidades tenía todo el mundo de ser feliz: el tiempo pasado juntos, los palos de golf en el armario del vestíbulo, la máquina de afeitarse en el botiquín. No visualizaba a William con una gorra de visera cruzando el parque en Brighton, pero todo era posible en aquel momento. ¿Querría casarse con ella? ¿Habría un casamiento, después que él se divorciara, y llevaría su padre el uniforme de gala con sus medallas? Sus padres no conocían a nadie que se hubiese separado nunca, siquiera, para no hablar ya de divorcio, de modo que no sería fácil. Su madre se pondría furiosa de que *Mrs. Munro* hubiese ganado. No era posible comparar la costa de Escocia con la de California.

Mrs. Kershaw subió a agradecerle que hubiese cuidado a sus hijos.

—Los cuidó Pamela —dijo Ann.

—Mencionaron a Pamela —dijo *Mrs. Kershaw*. Se dejó caer con pesadez en una silla y Pamela salió del cuarto de baño envuelta en su bata, con las puntas del pelo mojadas y la cara cubierta de transpiración. Estaba tan fatigada que apenas podía caminar en línea recta. A su vez se dejó caer en el sofá. Tenía los ojos relucientes.

—No habría pensado que necesitas un baño después de haber nadado tanto —observó Ann.

Pamela se encogió de hombros. Por un instante se pareció a *Mrs. Walton*, contrariada, ofendida por algo. Vino a la memoria de Ann un recuerdo, el de un andén de estación en Lewes. Su madre y su padre habían asistido a un almuerzo, algo relacionado con el regimiento del capitán Walton y ella se había quedado en casa de Pamela. Su padre estaba inusitadamente locuaz y tenía la cara congestionada. Se quejó del calor y se quitó la chaquetilla. *Mrs. Walton* le dijo que hiciera un esfuerzo por calmarse, subió al tren y se sentó en el compartimiento. Cuando sonó el silbato papá seguía ocupándose de su chaquetilla, girando sobre sí mismo con aire confuso y tratando de atrapar el extremo de su ancho cinturón de cuero. El tren arrancó y lo dejó en la plataforma. Aun empezó a decir algo, pues tenía la idea absurda de que no volvería a verlo, pero la madre estaba allí sentada, con los labios apretados, mirando fijamente los árboles y los campos que pasaban volando fuera de la ventanilla. Era como si fuera a ella a quien habían dejado.

—Ann, por favor —dijo *Mrs. Kershaw* y calló. Roddy la llamaba desde el piso bajo. Estaba gritando que llamaban a Ann por teléfono.

—Te llaman por teléfono —repitió Pamela cuando Ann no se movió.

Roddy gritó más fuerte. Al mismo tiempo que Ann se dirigía a la puerta, *Mrs. Kershaw* se levantó de la silla para sentarse junto a Pamela en el sofá. No se habían conocido hasta entonces.

—Hola —dijo Ann cuando levantó el auricular.

—Tengo cosas que atender —le dijo William.

—Sí, lo sé.

—Tengo que viajar.

—Sí, comprendo.

—¿Te pasa algo? ¿Hay algo que te preocupa?

—No hay nada que me preocupa.

—Sí que lo hay.

—Tu mujer —dijo ella—. Carne de tu carne.

—¿No te lo dije? Estamos divorciados.

El Roddy de *Mrs. Kershaw* salió al vestíbulo e hizo gestos señalando el cielo raso. Ann lo miró. Roddy señaló la escalera con un pulgar y le dijo algo, moviendo la boca en silencio. Un momento después se metía en su departamento y cerraba la puerta de un golpe.

—¿Estás allí? —le preguntó William.

—Sí.

—Cuando te vea, será para siempre. ¿Sabes qué quiero decir?

—Sí.

Al subir se acordó de Gerald. Qué distinto era de William. Hasta por teléfono. Gerald nunca podría ser como William, ni en mil años. No habría comprendido la pregunta, y mucho menos habría podido dar una respuesta. Era tan cauteloso en todo. No tenía el dinero para pagarle el pasaje a los Estados Unidos y tampoco permitía que ella se lo costeara. No se casaba con ella porque no tenía dinero, porque no quería que ella trabajara. La haría venir cuando le viniera bien. Cuando viera a William la próxima vez, sería para siempre.

Mrs. Kershaw y Pamela habían estado hablando de ella. Ann lo adivinó al verlas. La miraron con curiosidad cuando traspuso la puerta.

—¿Era él? —preguntó Pamela.

Ann hizo un gesto afirmativo.

—Tengo una sensación horrible —dijo Pamela, abrazándose las rodillas en el sofá. No dijo qué sensación era.

—Sé lo que piensas —le dijo Ann. Su sonrisa era tan ancha que las palabras le salieron deformadas—. Reconozco que es raro.

—¿Es... es...? —A Pamela le daba trabajo articular algo.

—Exacto —repuso Ann—. Es hermoso.

—Claro que es hermoso —convino Pamela. Su tono era de sorpresa. En seguida, dirigiéndose a *Mrs. Kershaw*, dijo—: La verdad es que sí.

—¿Va siempre al «Nag's Head»? —preguntó *Mrs. Kershaw*.

—¿Va al «Nag's Head»? —repitió Pamela.

Ann miró a ambas.

—Eso es un hombre —comentó *Mrs. Kershaw*—. Un poeta. Lo conocen bien en Hampstead. Va a las tabernas y conversa con las mujeres.

—Es posible —dijo Ann con cautela—, que escriba poemas.

—¿Estás segura —preguntó *Mrs. Kershaw*— de saber qué clase de hombre es?

—Sí —dijo Ann—. Es mi hombre. —Sonaba un poco melodramático, pero tenía la esperanza que Pamela no recordara la comedia musical que habían visto las dos en Brighton. Había allí una heroína que al oír cantar a su amante, muy lejos, algo de la bruma de la mañana en los brezos, había dado el grito «Mi hombre» y salido corriendo como un gamo por las bambalinas.

Con una sensación de vergüenza fue al cuarto de baño a lavarse, dejando a *Mrs. Kershaw* y a Pamela sentadas en el sofá y allí, junto al inodoro, descubrió una taza y una botella de *gin* de medio litro casi vacía.

2

William volvió dos días más tarde, cuando Ann estaba durmiendo. Pamela entró en su dormitorio y la sacudió de un hombro.

—Es él —le dijo—. Está en el *living-room* —y huyó corriendo a encerrarse en el cuarto de baño.

Ann no podía encontrar su bata y mientras estaba envolviéndose en una colcha, oyó la música. William había puesto un disco y estaba de pie junto a la ventana con sus zapatillas de tenis y un impermeable desteñido.

—Ah, eres tú —dijo ella y él se llevó un dedo a los labios y le hizo una seña de que callara. De pie frente a él Ann se alisó el pelo, nerviosa y lamentó para sus adentros no tener un peine.

Era un disco interminable que comenzaba con un «*pizzicatto*». Le recordaba el dibujo animado que había visto, el del conejo dientado que saltaba por un campo. Oía el violín, triste y plañidero y el piano en el fondo, pero no había melodía. De vez en cuando llegaba a una especie de paroxismo. Ann se aclaraba la garganta para hablar y la música volvía a empezar, *tum-ti-tum-tum-tum-tum*, muy fuerte en el cuarto, como si los músicos estuvieran allí mismo, los hombres con sus corbatas negras y sus instrumentos. No convenía interrumpir. El propio corazón le latía a la par del ritmo melancólico del violín.

William tenía un aspecto diferente. Tenía el pelo más lacio y más pálido. Con una zapatilla de tenis marcaba el ritmo sobre la alfombra y cuando bajaba la cabeza el pelo tenía un tono gris ceniza y estaba rapado. Ann había pensado, después del último encuentro, que la tomaría entre sus brazos, que se arrodillaría a sus pies. En cambio él se mantenía apartado, contemplando el disco negro que giraba sin cesar. Cuando por fin terminó la música, Ann estaba temblando de pies a cabeza. Quería decirle qué hermoso había sido y dio un paso hacia él, que estaba poniendo el otro lado del mismo disco.

—Te gustará esto —le dijo.

Bajó la púa. Con gran suavidad William soltó el brazo del tocadiscos y volvió a comenzar el *pizzicatto*, el conejo dando brincos, los violines y el piano copión. Ann luchaba por no reír. No podía dejar de pensar en Pamela encerrada en el cuarto de baño. Estudió la pata de una silla, consciente de que William estaba mirándola. Esta vez el instrumento, de tono más bajo que el anterior, repitió una serie de notas tocadas por el violín antes. Ann comenzó a captar la melodía y sacudir la cabeza al compás de la música.

—No, no —le dijo él con aspereza—. Escucha bien.

No era justo. William marcaba el ritmo con el pie en la alfombra y en aquel momento estaba agitando una mano en el aire, como un conductor de orquesta. Ann lamentó que la hubiese hecho callar pues de inmediato dejaba de concentrarse y todo lo que oía en aquel instante era una voz melancólica que cantaba sin detenerse «Ay,

querida, querida». La sacudió la risa contenida y tuvo que taparse la cara con las manos. Cuando terminó la música, años más tarde, William la tomó de las muñecas en la sala silenciosa y le apartó los dedos de los ojos. Los dientes de Ann castañeteaban.

—Bien —le dijo él—. ¿Dónde te acuestas?

Ann señaló el dormitorio y él la precedió y ella lo siguió con una mano detrás en una curiosa posición, como los faldones de una camisa, como si quisiera hacer una señal pidiendo socorro.

—Pamela está en el cuarto de baño —le informó.

—Es un lugar como cualquier otro —repuso William y Ann se sentó en un lado de la cama matrimonial, envuelta aún en la colcha. William estaba quitándose el impermeable y levantándose la tricota por arriba de la cabeza. Tenía espaldas anchas y un cuello corto y fuerte y orejas pequeñas y blancas.

—¿No te quedarás? —le preguntó con una sonrisa.

Ann se metió debajo de las sábanas y apartó la colcha lejos mientras miraba el torso de William con sus tetillas como un par de pasas incrustadas en su piel pálida. No hubo preliminares. Tampoco tomó él precauciones. No tenía un pañuelo limpio preparado debajo de la almohada. No había el equipo químico que ella había solido usar con Gerald. La besó en la boca y se colocó sobre ella. Y todo fue irreal, antes que se cambiaran palabras. El olor de él, la piel de su espalda, la aspereza de sus brazos arriba del codo, no saber dónde poner sus propias rodillas. Era una situación íntima y a la vez tan infantil... tener la boca contra el cuerpo poco familiar, las bocas que se unían y el agitarse. Varias veces lo rasguñó en un tobillo con las uñas de los pies. Debía cortárselas, pensó.

—Perdón... perdón...

William apretó los dedos contra las orejas de ella y hubo un ruido de trueno. Ella lo apartó con violencia.

—No —exclamó, como si él hubiese cometido un ultraje.

—Te quiero —le dijo él.

—Te quiero —repitió ella y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Después él la acunó en los brazos y le palmeó la espalda como a un niño que pide que lo consuelen.

—Te hace bien, ¿no? —dijo—. Es lo que te hacía tu mamita cuando eras chiquita.

—Seguro —dijo ella, como si casi le doliera.

—¿Qué pensaste la primera vez que nos vimos?

—Pensé que tenía gripe.

Estaba tratando de imaginar a su madre cuidándola cuando era chiquita. Había visto una foto en la que llevaba un sombrero con volados y polainas blancas y tenía una mejilla apretada contra la de su madre, la sonrisa, desdentada y conciliadora, el puño regordete cerrado contra el cuello.

—¿Por qué hacen eso las madres —sintió ganas de preguntar—, palmear la

espalda?

—Es la continuidad. Crecimos debajo del corazón de nuestra madre.

El dormitorio estaba pintado de color rosado, los alféizares de las ventanas, las paredes. Mrs. Walton había donado la alfombrita rosada que hacía juego. La había hecho ella misma durante la guerra, con un barco y velas lanudas y rosadas y nubes que flotaban. Había un sillón de mimbre con un almohadón de raso junto al armario. Era como un cuarto de niños, pensó Ann, en brazos de él en la cama tibia, con ese cielo raso celeste con yeso descascarado alrededor de la lamparilla eléctrica. Quería decirle que no le daba por meterse en la cama con todo el mundo, pero no sabía cómo. Sonaría como que estaba disculpándose, como si temiera que él la despreciase ya. Pero ¿en qué pensaban los hombres para sus adentros, esa primera vez, cuando todo había terminado? Contempló con el ceño algo fruncido la pared rosada y oyó a Pamela abrir el cerrojo del cuarto de baño. El brazo de William estaba junto al suyo sobre la frazada. El de él era redondeado y musculoso, el de ella, huesudo en el codo y en la muñeca. ¿La encontraba él demasiado flaca y desgarrada? ¿O bien necesitaba algo como ella, por ser tan compacto y robusto? ¿No sería mejor si ella fuese alguien con hoyuelos y curvas como las mujeres de los cuadros? El sentido de no estar a la altura de él le causaba resentimiento. Permaneció inmóvil, pero en lo más hondo, se apartó. Seguía con el ceño fruncido, arriba del nivel de su hombro carnoso y miraba la pared sin cesar. Desde aquel momento mismo en el *hall* de la escuela, cuando él la invitó a sentarse en el lugar vacío junto al suyo, le había tenido antipatía. Creía tenérsela todavía, muy en el fondo. Estaba tan seguro de sí mismo. Se había sentido mucho más feliz cuando él le expresó amor, no cuando se lo hizo. William estaba acariciándole el pelo revuelto. Y pensando sus pensamientos privados que no la incluían. La mente se le había ido de maniobras. ¿Por qué no podía ser como el día de la piscina y del café?

—¿Sabías que haríamos esto? —le preguntó—. ¿Quiero decir, tan pronto?

—No sé nada —repuso William.

Las palabras la llenaron de pánico. Se negaba a comprometerse. Le quitaba lo que le había dado... él mismo, la certeza en el taxi, el anillo en su taza.

—Lo tengo puesto —dijo, extendiendo la mano para recordárselo—. Pamela dice que los maricas suelen llevarlo en el meñique.

—Está loca —repuso él con desdén—. Me lo regaló Gus.

—Lo encuentro precioso.

—Hace cinco años que lo tenía.

—¿Quién es Gus? —Oyó la inflexión crítica en su propia voz, igual a la de su madre cuando imaginaba que le habían hecho un desaire.

—Un compinche. Vine de Escocia con él. Nos compramos anillos. Y yo quería que tú uses el mío.

—Gracias. —La verdad es que no quería ya el anillo. No quería nada que perteneciera a ese Gus. ¿Qué hacían dos hombres adultos cambiando anillos de plata?

—No son sólo los colegios públicos —dijo él— los que se especializan en amistad entre hombres. ¿Te gustan las películas de vaqueros?

—Sí que me gustan —repuso Ann, aunque en verdad no le gustaban. Siempre era el mismo caballo galopando por la misma curva, delante del mismo desierto.

—Allí es donde empezó la amistad. Compinches —dijo William—. En el Oeste no había mujeres.

No creía que quisiese significar lo que ella entendía. Era una expresión poética, pensó, como cuando decía «margaritas de otoño».

—Ya conocerás a Gus. Es un hombre simpático. Vive con su amiga en Kentish Town.

—Me encantará conocerlo —dijo Ann con cortesía, si bien lo último que deseaba era conocer a Gus y tampoco tenía intención de llegar a sentir afecto por él.

—Solíamos sentarnos en el armario en casa, cuando yo estaba casado. A Sheila no le gustaba nada. Nos sentábamos en cuclillas entre sus vestidos y cantábamos baladas. Gus tiene una voz sensacional.

Estaba llenándole la cabeza con tantas imágenes que no alcanzaba a clasificarlas: el nombre de su exmujer, su casa, la ropa en las perchas, él y Gus dentro del armario cantando juntos. Sin duda era un lugar extraño para sentarse.

Se sentía inquieta, incómoda. Había el olor del sudor y de algo penetrante y persistente, como de cola de pescado. Con todo se sintió molesta cuando William se levantó de un salto y dijo que quería té. Había creído que se quedarían allí horas, dormitando y conversando... y volviendo a hacerlo. No le importaba a él nada de Pamela, sino que se fue con aire despreocupado al *living-room*, vestido sólo con pantalones, y desde la cama Ann los oyó conversar.

Se vistió con especial cuidado, aunque con ropa de diario, para que él no adivinara que se vestía para él. Se puso el vestido suelto azul y se sombreó los párpados de azul. En seguida se quitó el cosmético, por si Pamela le decía:

—¿Para qué te has pintado así?

Le sorprendió tener la cara de siempre, que no se le hubiese redondeado de amor y placer consigo misma. Te quiero, William, dijo al espejo del cuarto de baño. De verdad te quiero.

Cuando entró en la sala, William estaba en el sofá rodeando a Pamela con un brazo y Pamela tenía la cabeza apoyada en el hombro de él.

—Está enferma —dijo William—. Habría que prepararle una bolsa de agua caliente para el estómago.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ann. De mala gana se sentó junto a Pamela y le tocó la frente.

—Está embarazada —le dijo William—. Te lo dijo.

Ann estaba por negarlo, pero recordó a medias que Pamela había mencionado tener un atraso.

—Qué pena —dijo—. Qué terrible. Pobre.

Hallaba que Pamela se había confiado a William demasiado pronto. No podía imaginarse a ella misma contando a Gerald algo tan personal. Al ver el brazo de William sobre el hombro de Pamela le dio ganas de apartárselo con violencia. Qué diablos, pensó, déjala, deja de abrazarla así. Tuvo que bajar la vista hacia la tela de brocado del sofá, hacia un pliegue en la bata de Pamela, hacia la pantorrilla pálida y arrasada sobre la zapatilla. Tuvo que apartar los ojos, con su envidia, su odio contra William. No era culpa de ella tenerle tanto miedo. Era culpa de su madre, de la forma en que la había criado. Había aprendido que los hombres eran distintos y digerido el hecho de la inferioridad de ellos con los sándwiches de banana y la leche. Los hombres eran de otro planeta. Su madre y la tía Bea preferían la compañía de las mujeres. Todas las mujeres juntas y esos hombres desagradables solos con sus hábitos de brutos y sus apéndices tumefactos. Los hombres estaban para pagar la hipoteca y arreglar los fusibles cuando se quemaban. Que se fueran al sendero a lavar el automóvil y limpiar los caños, a regar los lupinos y apartarlos del césped. Y creía que su madre tenía razón, en definitiva. Aquello era lo más difícil de aceptar. Fuera de los brazos de William y de su atención exclusiva, le inspiraba terror, terror del poder que ejercía. No quería amarlo si iba a dolerle tanto. Estaría mejor si lo despreciaba.

Pasaron un cuarto de hora discutiendo el problema de Pamela, quien tenía una amiga en Brighton que le había prometido unas píldoras si no daba resultado el *gin*.

—Podría ir a Clapham —dijo—. Pero llamo una y otra vez y no contestan.

No dijo quién del grupo era culpable de su estado.

—¿Fue George? —preguntó Ann. Intuía que podría ser él. No lo conocía, pero era el que había arrojado ladrillos a un agente de policía y pasado dos noches en la cárcel.

—No quiero decírtelo —dijo Pamela con tono obstinado.

Se apoyó más aún sobre William, como si Ann estuviera persiguiéndola. Estaban modelados en bronce, sentados allí juntos, en el sofá, con la cabeza castaña de ella sobre el hombro de él, los dedos de él pegados a la manga castaña de la bata de ella. Eran una pieza fija, una estatua de dos amantes.

—Habría que decírselo —insistió Ann, con las mejillas arrebatadas de hostilidad. Era una irresponsabilidad por parte de Pamela haber corrido ese riesgo. Bien podría haber ido a una clínica, fingir que estaba por casarse y obtener un diafragma a su medida. Mucha gente hacía eso. Se preguntó cómo se habrían arreglado en esos almohadones comunitarios del *living-room* pintado de negro. No había puertas, por haber insistido George en que se derribaran todas las murallas. Nadie debía sentirse encerrado ni excluido, todos debían sentirse libres. Y Pamela tomó esto en un sentido bien literal.

De pronto se le ocurrió que también ella podía haber cometido un grave error. Tanto le chocó la idea que palideció. Miró a William de frente, con ojos llenos de miedo.

—Es mejor que vuelvas a tu casa y tomes las píldoras, Pamela —le dijo William.

—Sí —convino Ann—. Sería lo mejor.

Sintió intensos deseos de que Pamela se levantara de un salto y se fuera de inmediato a Brighton, para poder quedarse ella a solas con William y que éste le dijese quién era y de quién era. Había perdido su identidad, pensó, mientras se mordisqueaba con furia la uña de un pulgar. De haber estado sola habría rodado por el piso. Recordaba haber oído decir que ciertos animales heridos o paralizados por una enfermedad o un disparo, al dejar de reconocer sus miembros insensibles, se tienden en la sombra y se roen una garra o una pata en un acto de angurriente autofagia.

—Puede que las píldoras no den resultado —dijo William—, que sólo te den dolor de vientre, pero si dan resultado y empieza la cosa, será mejor que vuelvas y te quedes con nosotros.

El uso del plural resonó como un eco en el cuarto... nosotros. Las cortinas se agitaban en la ventana. Abajo, en el vestíbulo, alguien entró desde el porche y cerró la puerta de un golpe. La tonta de Pamela estaba ya excluida.

El cambio de Ann fue instantáneo, pues dejó de comerse la uña y se calmó.

—Exacto —dijo, agradecida, magnánima—. Nosotros te cuidaremos.

William se inclinó y la besó en la boca. La barba casi sin color le raspó el mentón. ¿Cómo pudo haberle tenido miedo? Era perfecto, lógico que fuera bueno con Pamela y quisiera reconfortarla. ¿Quién era ella para poner límites a su capacidad de compasión y de amor? Porque era tan bueno y tan generoso, amaba a la gente y a ella más que a nadie. Con una mano rozó la mejilla de William, lo miró hondo a los ojos pálidos y en ellos vio reflejado su propio amor. Entre los dos, con los ojos secos, estaba sentada Pamela, las manos crispadas sobre el abdomen.

Durante una semana pasó todos los días con Ann, tendido en la cama sin estirar, hablando, poniendo su disco. Ann agitaba los brazos y repetía a gritos *tum-ti-tum-tum* al compás de la música, mientras William la miraba apoyado en las almohadas y con las manos detrás de la nuca. Le preparaba sándwiches de huevos fritos y a Ann dejó de importarle las migas o la grasa en las sábanas. Derramaban el té sobre la colcha arrugada y amontonada en el suelo entre platos sucios y el impermeable gastado de William. Le encantaba ser tan sucia, ver esas zapatillas volcadas de cualquier manera en la alfombra de Mrs. Walton. Según William, estaban viviendo un idilio, un episodio pastoral, horas pasadas bajo el cielo azul del cielo raso de un cuarto de niña.

—Pero yo quiero que dure siempre —decía ella—. No quiero que sea un episodio.

Y él señalaba que era parte de la naturaleza de un idilio ser episódico. No era su objeto durar.

Todas las noches a las ocho se iba a visitar a sus hijos.

—Sheila trabaja de noche —le dijo—. Tengo que leerles un cuento a mis chiquitos.

No alcanzaba Ann a imaginar qué hacía Sheila de noche y tampoco quiso

preguntar. Quizás hacía limpieza en un edificio de oficinas o peor aún, en el ferrocarril, circulando con su cepillo y su balde por los túneles oscuros debajo de la ciudad.

Cuando William se iba se bañaba, se lavaba los dientes y volvía a acurrucarse debajo de las frazadas. Y mientras dormía los faros de los automóviles barrían con sus haces de luz las paredes rosadas, hasta que William se deslizaba junto a ella a las cuatro, a las cinco de la madrugada, con su olor a jabón y la envolvía en sus brazos con piel de gallina y la rozaba con dedos de los pies como guijarros helados. Su aliento estaba fragante de canela.

Siempre sapo que quería escribir. Le gustaba el diálogo, el lenguaje de la Biblia, las cadencias de la retórica. Era porque su padre estaba en el Ejército de Salvación y por himnos que cantaba cuando él era niño.

—Mi padre está en el ejército —le dijo Ann—. Es capitán.

William superó esto al decirle que su papá era poco menos que general. Llevaba un uniforme azul con el cuello ribeteado en galón rojo.

—¿Nunca leíste —le preguntó— la vida de los santos?

—Nunca —tuvo que admitir Ann.

—El castigo... el martirio. Eso sí que es la gloria.

Era extraño que le atrajese el sacrificio y la penitencia. Ann nunca habría pensado que era tan puritano.

Al salir de la escuela William trabajó como electricista y se casó con Sheila a los dieciocho años. La conoció en un salón de baile y era menuda, morena y fina. Llevaba en la cabeza un pañuelo con rayas ondeadas, amarillas y doradas. De noche él jugaba al fútbol en la calle. Su mujer lo miraba desde el zaguán y cuando pateaba la pelota cerca de ella, corría sin dejar de mirarla y ella desviaba el rostro para ocultar el orgullo que sentía.

—Fue todo un idilio —dijo William sin pensar y Ann se sacudió de dolor. William la calmó con palabras suaves, botándole la espalda con ese movimiento tan familiar que la serenaba y le dijo:

—No era como esto, mi amor, no era como esto, pollita.

De niño había dormido en una cama con ruedas que se guardaba debajo de otra. Ann nunca se cansaba de oírlo contar acerca de su personalidad de niño, de cuando dormía en sábanas sucias y grises, el rostro vuelto hacia el fuego, su madre y su padre sentados junto a las brasas de carbón, de las sombras en el empapelado con hojas pardas, manchado de humedad, del resquicio de la ventana por el cual brillaba la luz amarilla, la raya de oro del farol sobre la balaustrada de piedra junto a las escaleras de la entrada.

—Quisiera haberte conocido —le decía Ann, consciente de haber perdido para siempre aquella parte de él.

En comparación, su propia infancia, con su ropa blanca planchada y su dieta esmerada era insípida y sin valor. De manera indirecta compartía aquella existencia

perdida que él sabía describir con toques tan vívidos y lo contemplaba, mientras su cara pecosa dormía en la cama o permanecía junto a su mujer en el zaguán de la calle.

—Ah, qué hermoso eres —exclamó, sorprendida de sí misma. William embellecía la vida. Ella le contó que de niña la habían querido mucho, que rodearon de calidez y comprensión—. Mis padres son gente muy auténtica —dijo, como si quisiera soplar algo de vida en ellos. William la miraba sin decir nada.

Su madre llamó por teléfono varias veces. Oyeron llamar a *Mrs. Kershaw* desde abajo. Ann se tapaba la cabeza con las frazadas y se negaba a bajar.

Hacia el fin de la semana William le dijo que debía levantarse y vestirse.

—¿Para qué? —No quería dejar la cama.

—Tienes que levantarte, eso es todo —repuso él—. Te lo diré cuando estés vestida.

Ann obedeció, pero se sentía rara, como una convaleciente, cuando se vio en medias y falda.

—Ahora, dímelo —dijo cuando estaban los dos en la cocina, donde él estaba lavando los platos y tazas que habían usado.

—Voy a vivir aquí —le dijo William—. Ya lo sabes.

—Ya vives aquí.

—Sí... es verdad. Pero quiero decir... vivir bien... con mis cosas, mi máquina de escribir.

—Comprendo —dijo ella y a la vez pensó en *Mrs. Kershaw*. No podían seguir escondiéndose, sin duda. La semana siguiente tenía que volver al trabajo. ¿Qué diría *Mrs. Kershaw* cuando viera a William bajar las escaleras todas las mañanas?

—¿Qué haremos con mi patrona? —preguntó—. No sé cómo lo tomará —dijo y abrazó a William donde estaba, junto a la piletta, apoyando una mejilla contra sus anchas espaldas.

—No te preocupes. A mí no me preocupa tu patrona.

Se enjugó entonces las manos en un repasador y se apartó de las de ella, que le rodeaban la cintura, antes de decirle:

—Vendrá mi mujer a verte. No podía impedírselo. Tiene derecho a conocerte.

—Tu mujer —repitió Ann—. ¿Sheila?

Era algo que no había esperado. Después de todo, estaban divorciados. Podría haber sido interesante que se la señalara en la calle, pero aquí, en el departamento, con William presente... no.

—Sheila, no, Edna, mi mujer.

El choque, aunque monstruoso, no fue fatal. Se quedó apoyada contra la pared de la cocina, sin soltarle el brazo. La expresión de William había cambiado y era en aquel momento pomposa, lejana, con las aletas de la nariz contraídas y el labio inferior retraído. Habló muy despacio, como para evitar tener que repetir nada.

—Nos casamos hace dos años. Tiene un hijo adulto.

—¿Dónde está? —preguntó Ann desconcertada.

—En casa, desde luego —repuso él algo sorprendido y volviéndose hacia la pileta llenó un vaso con agua fría.

—¿Pero, por qué no lo mencionaste antes... aquí... antes?

Descalzo y macizo, seguro de sí mismo, William seguía junto a la pileta. Bebió el agua a grandes sorbos y con mucho ruido.

Ann se sentó junto a la mesa. Tenía los hombros encorvados de terror.

—Ponte derecha —le ordenó él—. No te he hecho ningún mal.

—Pero, le hiciste mal a ella —exclamó Ann—. ¿Qué será de Edna?

Con voz austera William repuso:

—Yo me ocuparé de Edna. No es asunto tuyo.

Ann sintió un terror intenso de que su mujer supiera que venía a verla, que pasaba noches y días con ella.

—En tal caso, ¿por qué tiene que verme? —preguntó con despecho—. Yo no sabía que estabas casado.

Habría querido que William se apartara de la pileta y la consolara, pero él se quedó allí, con los brazos cruzados, apoyado contra el escurridor.

—Soy su marido —le dijo—. Tiene derecho a saber qué clase de mujer eres. Yo la quiero.

Sólo entonces se acercó para palmearle la cabeza como a una alumna predilecta.

—No soy buena, como tú —se lamentó Ann—. Si pudiera saldría corriendo. Me da miedo lo que dirá.

William le acarició el cuello, le dijo que Edna era una mujer, que no tenía por qué temer.

—Sospecho que has llevado una vida de fantaseo —le dijo—. No has aprendido a encarar las cosas como son.

Con seguridad William tenía razón. La mayor parte de su vida prefirió postergar las cosas y siempre halló pretextos. Con todo, nunca se presentó la situación de que Douglas, el hombre de la BBC, no mencionara que tenía mujer e hijos. A todos les mostraba fotografías de ella y de los chicos. Tenía en el automóvil una especie de santuario en miniatura con todos ellos agrupados y llenos de afecto mutuo, en el fondo del jardín, enmarcados en plástico sobre el tablero. En el fondo seguía convencida de que William debió mencionar a Edna antes. Ella había mencionado a Gerald.

—Estamos tú y yo y está mi mujer. No hay nada que hacer. Es una realidad. La afrontaremos juntos.

De todos modos no podía quedarse en el departamento y estar presente cuando llegara Edna. Dijo que tenía que salir a ver a su agente. Ann corrió a la ventana del dormitorio y oyó sus pasos sobre los guijarros, y vio la cabeza que se movía como una boya sobre el borde desparejo del cerco de ligustrina.

La mujer de William llegó una hora más tarde. Delineada detrás del vidrio esmerilado de la puerta, esperó hasta que Ann la invitó a entrar. Incluyó entonces la

cabeza y entró con energía en el pequeño vestíbulo embaldosado. El pelo gris le cubría parte de la cara. A Ann le costaba respirar. Al fijar los ojos en el piso vio unas zapatillas de *ballet* de color verde vivo en los pies de Mrs. McClusky.

—Bien —dijo Edna—. Esto es bastante fastidioso, ¿no?

Tenía una voz profunda y expresiva y luego de deslizarse dentro del cuarto como si no tuviera peso circuló flotando por él. Sobre su cabeza bailaba en el cielo raso un racimo de puntos blancos. Tenía un largo cuello de cisne y ojos brillantes y escudriñadores.

—No sabía —le dijo Ann—. No sabía de usted.

Estaba de pie como una tonta, abriendo y cerrando las manos, intrigada por el dibujo cambiante en el cielo raso. Sólo al cabo de unos instantes, al acercarse a la ventana, pudo ver que era el reflejo del sol sobre un charco, afuera, sobre un techo aplanado.

Llena de alivio, contempló la boca mortal de Edna, paspada y oscura. Debajo de la nariz aristocrática los labios se curvaban hacia arriba y pronunciaban palabras:

—Me enteré de ti hace cinco días. —Vestía una tricota negra y una falda bajo el abrigo verde y tenía en la mano un pañuelito rojo con borde blanco.

—De verdad —le dijo Ann—. No quise herir a nadie. No volveré a verlo.

Edna, que había estado dando pasos de baile por el cuarto, contemplando las paredes de color crema y los pocos cuadros en ellas, se detuvo de pronto, con los pies en la alfombra y en una posición de *ballet*. Con aire soñador levantó el mentón y lo apoyó sobre el hombro izquierdo. La actitud era elegante y tonta a la vez. Ann no osaba mirarla por temor de sonreír, de modo que se limitó a encorvar los hombros y permanecer de pie, con aire desmañado, junto al estante de libros.

—William —dijo Edna— quiere hacer lo que sea mejor para todos. Yo sé bien qué quiero. Ahora, veamos qué quieres tú...

Qué civilizada, pensó Ann. O bien qué ingenua. No podía soportar el tipo de diálogo introvertido en que estaban por embarcarse. En algunas pocas ocasiones se había visto envuelta en debates con amistades de Mrs. Kershaw y le habían hecho preguntas de gran agudeza. Todo había sido sincero, interesante, pero... nunca pudo descubrir qué querían saber.

—No quiero nada —dijo con obstinación—. No estoy en situación de decir qué quiero —añadió al pensar que tal vez había sonado descortés—. Quiero decir que no tiene nada que ver conmigo, ¿no? Él es su marido.

—No sé cuánta experiencia tienes de los hombres —dijo Edna. Otra vez circulaba con viveza por el cuarto, en dirección al ramo de claveles, marchito desde hacía ya mucho dentro del vaso.

—Estoy comprometida —señaló Ann al recordar este hecho oportuno—. Tengo un novio en los Estados Unidos.

—Así me dicen. Entiendo que no cuenta.

Ann se indignó.

—La verdad es que cuenta —dijo—. Y mucho. —Recordó a Gerald rodeado por sus amigos en la fiesta de despedida, tomando cerveza de una taza y poniéndose congestionado.

—¿Le hablaste de William?

—Acababa de irse. No hubo tiempo. —Ann calló al advertir lo mal que sonaba. Apenas dejó el país, apenas llegó al aeropuerto de Nueva York cuando... allí estaba ella, enredada con un amante nuevo.

—William —dijo Edna— es un hombre hermoso. Un hombre bueno.

—Ya lo sé —exclamó Ann—. Ya sé que es bueno. —En esto podía confiar y con cada minuto que trascurría ella misma se sentía más y más malvada. Se sentía un tanto perpleja frente a aquella bailarina de ojos grandes y dramáticos y fijos en ella, con sus zapatillas verdes, dando pasitos por la alfombra.

—Hace mucho que nos conocemos —dijo Edna—. Lo conocí cuando él vivía con Gus. Nuestra unión es feliz. Nos queremos.

En su interior Ann dijo: «No me lo digas, no quiero saberlo, es tuyo, yo me voy con Gerald». Se quedó mirando el pañuelito rojo que tenía Edna prolijamente doblado entre las manos.

—No soy demasiada vieja para tener un hijo. William querría un hijo. Tú eres muy joven y tienes años delante de ti.

—Sí.

—Yo querría... quedarme con mi marido. —El pañuelo rojo se estrujó entre sus manos, perdió forma y suavidad y se retorció como un trapo entre los largos dedos pálidos. De pronto los ojos se agrandaron y se volvieron luminosos por las lágrimas contenidas.

—Por favor —le dijo Ann—. Perdóneme. No llore —y dio un paso como para consolar a la mujer mayor que ella. Los hilos de luz se desvanecieron del cielo raso. La mano de Ann se detuvo en el gesto de palmear a Edna en la espalda y se deslizó en cambio por el pelo gris, abundante y áspero—. Me iré —dijo— a los Estados Unidos. Lo más pronto posible. Ya verá.

—No puedes irte —afirmó Edna—. No conoces bien a William. Si lo dejas hará una escena y te seguirá a donde vayas.

«Escena» era una palabra llena de sugerencias. Sobre las candilejas William, con la cabeza echada hacia atrás, extendiendo los brazos, implorando. Ann nunca había conocido a nadie como Edna. Se le ocurrió que tal vez su propia madre habría querido ser así, empecinada, dogmática, pero el tiempo y el medio social la derrotaron. No pudo evitar la leve sonrisa de triunfo que le asomó a los labios. Estaba enteramente dispuesta a alejarse de William, pero si él no la dejaba y Edna no la dejaba, la culpa no era de ella.

—Bien, ¿qué quiere que haga? —preguntó con tono agresivo.

—Déjalo vivir contigo un tiempo... hasta que estrenen su obra. Créeme, es lo mejor.

Ann la halló absurda. Entregar a otra al propio marido... Era por vivir en Londres y mezclarse con tanta gente rara. Por eso William se volvía hacia ella. Era lo que quiso decir cuando habló de la realidad. Edna se refirió a la comedia que se ensayaba, a la importancia que tenía para William. Añadió que le habían encargado ya una serie de obras breves de media hora de duración para televisar.

—Está ganando muchísimo. Es despilfarrador, generoso. —Daba la impresión de estar fascinada por el televisor sobre el alféizar.

—¿Cómo se llama la obra? —preguntó Ann—. ¿La que ensayan?

Por qué tendría que salir Sheila a hacer limpieza de noche si William era tan rico, se preguntó.

—«La verdad es mentira» —respondió Edna—. Es muy de la tierra, muy conmovedora. —Era sobre un niño en un cuarto de inquilinato que es distinto de sus padres.

Cuanto más orgullo mostraba Edna al hablar de William, más hostil y culpable se sentía Ann. No alcanzaba a comprender por qué esta esposa engañada no se enfurecía y gritaba, llamando a William «bestia despreciable». Con razón él nunca la mencionó. Era más bien como una buena amiga antes que una amante, más o menos como Gus, que también recibió su anillo.

El niño del inquilinato salía y jugaba a las carambolas en un salón de billar del centro de la ciudad. Dos viejos cuidaban de las mesas.

Ann no sabía qué significaba «carambolas».

—Quieren al chico —prosiguió Edna—. Pero más a las mesas que cuidan.

Mientras hablaba se oyeron pasos en la escalera, el crujido de papel y el de un fósforo al ser frotado. Cuando sonó el timbre Ann se quedó atónita al ver a un mensajero en el rellano, con una gran torta atada con cintas rosadas y coronada con velas encendidas rojas y amarillas.

—Mrs. McClusky —dijo el hombre—. Reparto especial.

Era el cumpleaños de Edna. Según ella, cumplía cuarenta y dos años. La torta tenía rosas azules y su nombre en letras doradas.

—Dijo que recibiría una sorpresa —manifestó, con el rostro radiante y arrancando con aquellos dedos largos las rositas de la corona. Insistió en que la cortaran y después de soplar las velas le hizo un diestro corte, sacando una fina tajada de torta esponjosa con relleno de crema.

Ann no supo qué decir. Era algo tan extraordinario mandar una torta a la propia mujer, pero a la casa de la otra. Aunque lo intentó, no consiguió desear a Edna un feliz cumpleaños.

Allí se quedaron sentadas las dos, con la boca llena de sorpresa de cumpleaños y en medio de un leve aroma de cera que flotaba por el cuarto.

Había que ocuparse todavía de dos detalles prácticos, según William; el primero, el

empleo de Ann. Decía él que debía renunciar.

—No, no puedo —objetó ella—. No puedo renunciar.

—¿Te gusta, entonces, tu trabajo? ¿Te resulta apasionante?

—No —admitió ella—. No diría tanto.

—Bien. Entonces lo dejarás. No hay mérito en trabajar sin necesidad. Tengo dinero para todos.

Se planteó entonces el problema de quién diría a *Mrs. Kershaw* que William se había instalado en el departamento.

—Yo se lo diré —dijo William—. Estoy seguro de que es una mujer razonable.

Se quedó abajo dos horas. Ann sufría ante la posibilidad de que lo disuadieran de quedarse. Sabía que William insistiría en que se mudaran juntos y... ¿qué diría su madre? Todavía no tenía el valor de mencionar a William, pero debía juntarlo. Tal vez *Mrs. Kershaw* conocía a Edna, por frecuentar ambas ambientes tan parecidos. Tal vez estaba diciendo a William que volviera junto a su mujer, que ella, *Mrs. Kershaw*, no aprobaba semejante inmoralidad. No era probable, y Ann lo sabía, pero parte de su ser deseaba que alguien, en algún punto, decidiera por ella, para no tener que sentirse culpable. No le había contado a William lo que dijo Edna de tener hijos, de querer retenerlo. William, por su parte, tampoco le preguntó nada. Sólo quiso saber qué cara puso ella cuando llegó la torta. *Mrs. Kershaw* no puso inconvenientes. Hasta entregó a William una llave extra.

—Es una gran mujer —dijo William, tendiéndose en el sofá y arrojando lejos los mocasines—. ¿Quién es ese tipo con quien vive?

—Roddy. ¿Estaba allí? ¿Lo conociste?

—No. Había salido.

—¿No dijo nada? ¿No le preocupa que mi madre se entere?

—Sí. Mencionó a tu madre. Y dijo que eres una mujer grande.

Como si aquello viniera al caso.

—La gente es rara —dijo, pensativa—. Se diría que en Londres nada cae mal.

—Una mujer como esa —dijo él—. Raro sería que algo le cayera mal.

Ann tuvo la sensación de que a William no le gustaba *Mrs. Kershaw*, a pesar de haberle ofrecido ella su bicicleta cada vez que él quisiera usarla.

No debían, le dijo William, quedarse tanto tiempo en cama, por mucho que él lo deseara. Había ensayos a los que debía asistir, entrevistas con su agente.

—Sí —asintió Ann agitando la cabeza con un gesto convencido—. Tienes razón.

Era difícil, no obstante, planear levantarse a horas razonables cuando William llegaba a las cuatro, cinco de la madrugada. Había que hacer el amor, los sándwiches de huevos fritos... y después él le cantaba todas las baladas sentimentales aprendidas con Gus dentro del armario. Le enseñó el himno predilecto de su padre, «Llega la marea del amor». Dos estrofas, en particular, encantaban a Ann por rimar tan bien y porque pudo captar la melodía tan pronto, lo que no ocurría con el concierto para *violoncello* que todavía ponía William de tanto en tanto en el tocadiscos:

*Si yo percibo
lo que concibo*

Y Ann unía su propia voz al coro:

*Llega la ola
llega la ola...*

con él entre sus brazos y meciéndote ambos en la cama:

*De la marea del amor
llega la ola...*

El ocupante del departamento contiguo se abalanzó contra la pared con un fuerte gemido. De día Ann bajaba con sigilo por la escalera, como un ratón, para buscar la carta de su madre, llena de temor, de escalofríos, al pensar que ella pudiera encontrarse con William. No se abrió como la flor de que hablan las novelas de la biblioteca del barrio. Las ojeras de cansancio sólo servían para acentuar su demacración.

Por fin William la obligó a escribir a Gerald. Ann recordó la promesa que le hizo a Edna, que tendría a William sólo en préstamo, que se lo devolvería. Se le secaba la boca al recordar la torta de cumpleaños. Tragaba saliva y hallaba injusto tener que renunciar a un marido y un hogar en los Estados Unidos. Si habría de ser desgraciada, de estar condenada el resto de su vida a vivir sin William, lo menos que podía pedir era quedarse con algo. William la llamó su pollita loca. Jamás volvería a Edna. Sólo la amaba a ella. Envejecerían los dos junto a la chimenea.

—No tenemos chimenea —señaló Ann, dirigiendo una mirada al hogar clausurado y a los caños de calefacción alrededor del cuarto.

Se había rebajado ya a aquel hábito doloroso, cada vez que William hablaba de conocer a otra mujer cualquiera, de preguntarle si se había acostado con ella. Y él siempre le decía que sí. Era de una gran sinceridad, pero en alguien tan impresionado por la gloriosa vida de los santos, resultaba contradictorio. Llena de resentimiento, escribió la carta dictada por él.

Querido Gerald:

No quiero herirte. Evitaría herirte si pudiera. Tengo que decirte la verdad. Me he enamorado de otro...

—Le parecerá algo repentino —objetó Ann—. Siempre le decía que no lo había conocido suficiente tiempo como para estar segura de mis sentimientos.

—Bien, en tal caso, no le chocará tanto —dijo William y mientras le acariciaba los pechos le pidió que se apresurara a terminar la carta. Tenía dos páginas y casi

nada que ver con el estilo epistolar habitual de Ann.

—¿No es demasiado emotiva? —dijo.

—Tiene que ser emotiva. Después de todo, lo mandas a paseo.

Le señaló entonces que había que despacharla de inmediato.

Una vez en la calle, los dos tenían un aspecto pálido y desganado. Ann sospechaba que William había adelgazado, pues el impermeable le colgaba en pliegues y las zapatillas de tenis se le salían de los pies sin medias. Tomados de la mano subieron colina arriba a comprar sobres. Era sólo la segunda vez que Ann caminaba al aire libre con él, aparte de los contados momentos en que se asomaban por la ventana para ver amanecer. Cuando compraron los sobres de avión Ann advirtió que no podía mandar la carta. Todavía no tenía la dirección.

—Me siento débil —dijo—. Creo que tendríamos que comprar comida. En seis días no he comido nada, excepto el pedazo de torta de Edna y los sándwiches de huevos fritos.

—Queriéndote a ti —le dijo William— no siento la necesidad de comer.

Qué romántico era que no se alimentara por culpa de ella. A decir verdad, tenía un aspecto óptimo, hecho que hablaba en favor del cariño que Ann le daba. Sabía qué deberían comprar: manteca, pan, queso, pero aparte del frasco de salsa de tomates que quería William, no se sentía capaz de concentrarse y William se paseaba junto a ella por los pasillos del supermercado mordisqueándole el labio, metiéndole la mano dentro del abrigo.

Recorrió el supermercado sin decidirse. Por fin, sin haber comprado nada más, salieron a la calle y tomaron el camino de Hampstead Heath. La luz del sol era pálida. El vidrio reflejaba los rayos que se refractaban contra el viento. Se tendieron muy juntos bajo la copa de los árboles y se tocaron con manos frías. Era más agradable estar adentro, pensó Ann, ya que afuera tenía que preguntarle todo el tiempo qué quería decir. La voz de William era aguda y el viento se la llevaba. En un bolsillo él había descubierto una echarpe con bandas en distintos tonos de azul y se la arrolló alrededor del cuello. Ann se preguntó quién se la había tejido... su madre, o bien una de las tantas mujeres conocidas en el pasado. Él le dijo la raza de los patos en el estanque, el nombre de las nubes que se hinchaban en el cielo, el del metal especial de la cúpula de la iglesia detrás del puente. William sabía de todo, de árboles, plantas, estaciones, condiciones. Hablaba de caballos de carrera, de pintores, de las cualidades de los ajedrecistas. La minuciosidad de sus conocimientos era infinita.

—Arkle —le dijo Ann—. ¿Por qué es tan diferente? Este Arkle.

Y William le explicó que una vez en cada generación nace un potrillo superior a todos. Un milagro. Como Arkle.

—Y Samuel Palmer —preguntó Ann—. ¿Por qué es tan bueno?

William le habló de un autorretrato, del punto blanco dentro de la pupila del ojo izquierdo.

—Lo que hizo —le explicó— fue pintarle la cara primero desde un costado y

luego desde el otro. Esto explica ese carácter místico, asimétrico, esa boca, ese pelo aplastado.

—¿Qué pelo? —quiso saber ella.

—El suyo. Como si hubiese salido al patio y puesto la cabeza debajo de la bomba.

—¿Eso fue todo lo que hizo, autorretratos?

—Pintó también ovejas a la luz de la luna.

—¿Y Dennis Law? ¿Qué tiene de especial? —Empezaba a irritarle toda esa gente a la cual él parecía conocer tan bien.

—Aaah —repuso William—, es un gran hombre. El más grande de todos. —En seguida entró en una descripción que Ann no pudo seguir, en la que figuraban músculos de las piernas, velocidad para lanzar la pelota, la forma en que se la arrojaba contra la red.

—Bah, es un futbolista —dijo Ann con desdén. William la miró como si fuera una retardada mental.

Después le habló de su padre en Glasgow, de su uniforme azul, de cómo lustraba su trompeta con un trapo y escupía en el fuego.

Le gustaba que William le hablara de su padre. Quizá fuese algo parecido a William. Salvador de almas. ¡Qué amigo tenía en Jesús! Ann tiritó de frío bajo el cielo de otoño y William le prometió comprarle un abrigo de carnero afeitado.

—Y te compraré un vestido gris con cuello blanco —le prometió—. ¿Te gustaría, preciosa?

—Sí —dijo ella, sumisa.

Estaban demasiado débiles para seguir caminando. William llamó un taxi en Heath Street y una vez dentro de él se apoyaron el uno contra el otro con la botella de salsa en equilibrio sobre una rodilla de William. En Haverstock Hill el automóvil debió aminorar la velocidad e incorporarse a la columna frente a un cruce para escolares. Ann vio a una mujer con hirsuto pelo negro de pie en la acera. Tenía una expresión extraña de expectativa y curiosidad mientras trotaba junto al taxi que avanzaba a paso de tortuga.

—Concéntrate sólo en mí —le dijo William y empezó a besarla en el cuello. No estaba cansado ya, sino insistente y apasionado. Al doblar el taxi la esquina y bajar la pendiente consiguió empujarla al suelo y colocarse sobre ella. Ann sentía que las uñas de él le rasguñaban los muslos, además de que tenía la cabeza apretada contra la puerta. De pronto se produjo una sacudida y uno de los pies de Ann voló hacia arriba con el impacto y se le salió un zapato.

—Ahora —le dijo William—. Ahora.

Ann estaba cubierta de polvo. Alcanzaba a oír voces que discutían y el ruido de bocinas. Fuera de la ventanilla se mecían las ramas de un árbol. La puerta junto a William se abrió y William se incorporó sobre las rodillas. El capó del taxi estaba rodeado por un círculo de hombres. Entre ellos el chofer estaba golpeando en el hombro a un hombre menudo que vestía ropas costosas.

—A joder a otra parte —decía—. A joder en tu carroza de plástico. ¡Vete en ella a la tierra prometida! —Los dos avanzaban y retrocedían, adelante, atrás, girando el uno en torno del otro como bailarines.

Los dos vehículos habían chocado. El chofer afirmaba que el estado de sus dos pasajeros era prueba de lo «jodidos» que estaban. La gente se acercó a mirar a Ann por la ventanilla. Ann se limpiaba el abrigo, buscaba su zapato. Los pantalones de William estaban desabotonados. El hombre, ofendido, se metió en su carroza de plástico y se alejó en medio de una nube de humo de escape. Desde las alcantarillas se levantaron hojas secas y se persiguieron por las cimas de la colina. El chofer se disculpó por las sacudidas del viaje y les dijo que se llamaba Lionel. Con la botella de salsa en la mano, Ann estaba con la cabeza apoyada en las rodillas de William. Y todo el tiempo, manteniendo ambos una animada conversación con Lionel sobre los malditos judíos.

—¿Tienes prejuicios? —le preguntó Ann, ante lo cual William la sacudió por los hombros y le dijo que él estaba dispuesto a tener lo que cualquiera le propusiera.

A las ocho de la noche se fue, como de costumbre, a «leerles un cuento a los chicos». En aquel momento contaba con la bicicleta de *Mrs. Kershaw* y se alejó con la espalda encorvada debajo de los faroles de la calle y los pantalones batiendo contra sus piernas mientras pedaleaba.

Temblorosa, Ann se dirigió al teléfono del vestíbulo. Quería hablar con su madre.

—Mamá —le dijo en un susurro, por temor de que la oyera Roddy—. Estoy en una dificultad.

—¡Aah! ¿Y de qué se trata, si puedo saberlo?

El tono era hostil, pero Ann no se arredró. El agotamiento y las emociones le habían borrado todo sentido común para juzgar nada.

—He conocido a alguien. Estoy enamorada.

—¿Qué me dices! Y ¿qué hace?

—Es escritor.

—Escritor. ¿Dónde se educó?

—No sé, mamá. Es muy rico. Ay, mamá, es casado.

—Pero ¿y su mujer?

Ann imaginó a Edna en estado de ánimo de bailar, bailando por la casa y sin marido.

—Está mal, ¿no? —preguntó, buscando corroboración.

—¿Qué hace su padre?

—Es general, mamá, en el...

Mrs. Walton estaba ya en un mundo propio del deleite. General. Qué contento se pondría el capitán Walton.

Era demasiado tarde para mencionar la banda con trompetas, junto a la alcantarilla. La marea del amor con sus olas provenía esta vez de su madre.

—Iré a conocerlo —amenazó *Mrs. Walton*—. No tienes más que decirme cuándo.

—Espera. Todavía no. Espera.

Se maldijo por haber hablado a su madre de William. Desde aquel momento vivió en un terror constante de esos pasos en la escalera, ese sombrero con velo y florecitas que temblaban, saliendo de un taxi, tendiendo una mano enguantada al hijo del general.

3

Pamela mandó un telegrama para anunciar que llegaría de Brighton en el tren del mediodía. William tenía una cita con un hombre que lo ayudaría con sus réditos. Ann había tenido la intención de acompañarlo, pero en estas circunstancias dijo que se quedaría en casa a esperar a Pamela.

—No te preocupes —le dijo él—. La recogeré de la estación en un taxi.

No dijo por qué Ann no podía ir también. Tal vez temiese desencontrarse con Pamela en la estación. Salió del dormitorio vestido con un elegante traje marrón como los llevados por los universitarios y una camisa verde pálido con cuello abotonado.

—Qué elegante estás —dijo Ann. Pensó que lo había traído de casa de Edna aquella semana. No le gustaba preguntarle si veía a Edna alguna vez. A veces oía misteriosas conversaciones telefónicas que hacían que ella se encerrara en el cuarto de baño y abriera bien las canillas, por temor de que William creyese que había estado escuchando en el rellano. En ciertos aspectos, tenía la intuición de que era como su padre, misterioso y reservado.

El escritorio y la máquina de escribir estaban ya instalados en el *living-room*. No estaban ya, en cambio, sus propios libros en los dos estantes sobre la chimenea clausurada, sino que habían sido reemplazados por una hilera de diccionarios y varios volúmenes de obras de Shakespeare. William le había dicho que bien podía hacer pilas con sus propios libros en el suelo, pero ella consideró esto un desorden. Se llevó pues los pocos volúmenes de poesía, su colección de novelas policiales, sus diversas novelas de otro género y guardó todo meticulosamente debajo de su cama. No le molestaba esto nada.

Cuando William se fue llamó por teléfono una mujer y pidió hablar con él.

—Salió —dijo Ann—. Tiene una cita con alguien.

—Ah, se fue, ¿eh? —dijo la mujer.

—¿Quiere dejarme un mensaje? —dijo Ann cortésmente, pero la mujer cortó la comunicación.

Cuando William volvió con Pamela, subieron la escalera con lentitud. Él la sostenía por la cintura. Arrastró el sofá contra la pared y la cubrió con mantas. Seguía tiritando. Había tomado las píldoras como le habían indicado y decía sentir mucho dolor. Como el período, pero mucho peor. Horrible. William le preparó varias tazas de té cargado y bajó a pedirle un poco de azúcar a *Mrs. Kershaw*.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ann, sin saber qué decir.

—Muy mal —repuso Pamela. Como Ann, hallaba que en estas circunstancias sería prudente evitar llamar a un médico. Era ilegal, según creía, tomar píldoras con este objeto, ¿no?

A las cinco se incorporó e intentó ponerse de pie sobre la alfombra. Un fino hilo de sangre descendió por el interior de una de sus piernas y le cayó sobre un talón.

Vomitó encima de los pies antes de que hubiera tiempo de traerle una palangana. William le lavó los pies con agua tibia y se los secó con gran ternura. Le cantó «El gran roble verde». Pamela estaba tendida de espaldas con un brazo sobre los ojos, quejándose en voz baja. Las lágrimas parecían brotar de uno de sus codos antes de caer en gotas sobre el mentón puntiagudo. A las ocho de la noche, seguía sangrando y William fue a llamar a una ambulancia por teléfono.

—No puedes bajar en una camilla —le dijo Ann—. ¿No puedes ponerte de pie?

—Lo intentaré —dijo Pamela con voz débil—, pero me siento pésima.

Dio la impresión de haber perdido el conocimiento. Estaba completamente quieta, inerte. Ann corrió al rellano de la escalera a llamar a William y lo oyó hablando por teléfono.

—Puede que vaya un rato más tarde —lo oyó decir—. Estoy un poco ocupado.

—William —le dijo Ann llena de terror—. Ven pronto.

No, le dijo él, estaba así sólo por la pérdida de sangre. Había visto antes cosas parecidas. Sin duda le harían una transfusión.

—¿Dónde viste cosas parecidas? —le preguntó Ann.

—Aquí y allí —replicó él—. ¿Sabes a qué grupo sanguíneo pertenece?

—No. No lo sé.

Desesperada, se retorció las manos y rezaba para que Pamela no se muriera.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó a William, la mirada fija sobre las mejillas color de cera y el pelo oscuro caído y empapado de sudor de su prima.

—Con el hospital —repuso él—. Dentro de un momento estarán aquí.

Llevó a Pamela abajo en brazos, seguido por Ann con el cepillo de dientes y algunas revistas. Los camilleros la colocaron en la camilla en el vestíbulo de entrada y la envolvieron prolijamente en una manta roja que era como una llama contra el verde opaco de la alfombra. Parecía un exótico paquete. La llevaron a través del camino de granza. Gemía, patética como un gato, al mecerse con suavidad entre los dos camilleros. William y Ann viajaron sin cambiar una palabra en el interior de la ambulancia. Con los codos apoyados sobre las rodillas, William contemplaba el rostro pálido, luminoso arriba de la vistosa frazada.

Ann pensó cuánto camino habían recorrido, aunque no era la distancia al hospital lo que tenía en la mente, sino más específicamente su actitud frente a la vida, su abandono de las normas de conducta. En diez días había auspiciado el adulterio, incurrido en la quiebra de una promesa, renunciado a su empleo, colaborado en un aborto. A través de todos aquellos hechos nunca tuvo ninguna conciencia de aprensión o malestar. Se había transformado en uno de aquellos insectos bajo placas de vidrio, despojada de sus órganos internos de antes y luego inflada hasta quedar llena y firme otra vez con un líquido preservador desconocido. Estaba trasfigurada por William. Pensó que no le importaba, mientras la ambulancia avanzaba por la rampa dentro del hospital. Pamela estaba consciente. Se quejó un poco cuando la deslizaron de la camilla a la cama alta en un pequeño cuarto de primeros auxilios

junto a la Recepción General de enfermos.

—Lo mataría a George —dijo Ann, pero esto no ayudaba a nadie.

Después de unos minutos llegó una enfermera y registró el nombre de la paciente y el de su médico en Brighton.

—Phelps —dijo Ann. Mintió por si acaso informaban a su madre—. Arnold Phelps, The Parade, Brighton. —La respuesta era a su juicio rápida y astuta—. No —añadió—, no conozco su grupo sanguíneo.

Cuando la enfermera se retiró dijo a William que había mentado.

—¿No lo hice bien? —preguntó.

La puerta que daba al cuarto estaba abierta. Alcanzaban a ver a Pamela debajo de la frazada roja, la punta de la nariz, una curva del labio.

—Así me gusta mi chica —dijo William sonriendo, pero Ann no estaba segura de que se refiriera a ella. Estaba mirando a Pamela. No debía ser tonta, se reprendió, agitando la cabeza, irritada, y tomándolo de una mano. William se la apretó en seguida y el rostro sobre la camisa verde era recio y solemne. Los osos azules estaban llenos de amor. Con las cejas rubias arqueadas, la miró con fijeza. La mano blanca y llena cubría la de ella. Si cabía decir que un hombre era hermoso, sin que ello implicara una cualidad afeminada... pues bien, William era eso, hermoso.

—No, nunca nos sucederá esto —dijo—. ¿No? No me harás tomar píldoras, ¿no?

—Jamás —repuso él y lo decía en serio. Y al mismo tiempo la empujó hasta que quedó tendida sobre el banco de la sala de espera, desparramando las revistas hasta hacerlas caer sobre el piso lustrado. La cabeza redonda de William le apretó un mechón de pelo contra el banco y sus manos debajo del abrigo le levantaron la falda hasta las caderas. No había nadie, salvo ellos, en Recepción, y el reloj que dejaba oír su tictac, sobre la pared, los corredores relucientes detrás de las puertas de vaivén, los almohadones de plástico que se le pegaban a las nalgas, el borde de frazada roja como sangre contra la pared blanca. Creía saber por qué William se comportaba de esa manera. No sabía transigir ni esperar el momento apropiado o el lugar apropiado. La quería tanto. Quería mostrarle, en aquel edificio, silencioso como una iglesia, santificado por el desinfectante, la discrepancia entre un acto de amor y otro. No era total el silencio. Se oyó el rumor de pasos sobre suelas de caucho, un grito de indignación... La enfermera estaba, con su alfiler de gancho del cual colgaba el reloj, el sombrerito como un par de calzones blancos en miniatura sobre la cabeza... sacudiendo con ira a William por un hombro, diciéndoles que se fueran, insultándolos, amenazando con llamar a la policía.

—No me avergüenzo —la desafió Ann una vez que estuvo en la calle y lejos de la censura—. No me importa.

—No —dijo William—. Estás aprendiendo muy bien.

Tomándola del brazo, corrió con ella hacia Belsize Park, abrazándola con un brazo fraternal una vez en el vagón del subterráneo, orgulloso de ella.

Más tarde, no obstante, Ann se sintió avergonzada de su conducta. Pobre Pamela,

haber perdido su trocito de bebé en una clínica. Qué momento para haber afirmado que ella, en cambio, era amada y no corría semejante peligro.

—Qué cosa horrible —dijo, con los ojos muy abiertos en la oscuridad. Se veía a sí misma tendida en el banco, mostrando su portaligas.

—Pamela seguirá muy bien —le dijo William. Y esta vez no se tomó el trabajo de ir a contarles un cuento a sus chiquitos, sino que se durmió con la cara arrugada sobre el estómago de Ann y las sábanas apartadas hacia los pies de la cama, como parte de un sobre abierto.

La noche siguiente, a la hora de visitas, Ann no quiso ir al hospital.

—Perdona —dijo—. Sencillamente, no puedo.

No quería que William fuera sin ella, pero al mismo tiempo no se atrevía a mirar a la cara a la enfermera de Recepción. Llena de preocupación, vio a William salir del departamento con un ramo de anémonas y cuatro naranjas.

Volvió a leer la carta de Gerald, llegada aquella misma mañana. William había roto la dirección de la universidad que figuraba en la parte superior de la página y hecho que ella la copiara en el sobre de avión que contenía su carta de despedida a Gerald. Se la llevó cuando fue a comprar las flores y la fruta para Pamela. Gerald estaba ya instalado y había trabado amistad con un pareja que alquilaba una cabina en las montañas los fines de semana. No decía dónde. La preocupaba el tono de toda la carta. Aun el trozo en que hablaba de su ansia por abrazarla no la convenció mucho, por figurar debajo de un largo párrafo en el que mencionaba haber visto dos osos de pie en la nieve revuelta. Daba la impresión de estar feliz. Ann sintió mortificación cuando William la leyó. Sonaba como si constantemente estuviera divirtiéndose y en medio de una especie de Viaje hacia el Espacio, en lugar de estar trabajando con todo empeño y economizando para el futuro juntos. Claro era que no había ya tal futuro, pero Gerald no sabía esto cuando le escribió. Su propia carta, en la que le decía que quería a otro no cambiaría el ritmo ágil de su paso ni disminuiría en forma perceptible el contorno del ojo que miraba con atención por el caño del rifle de caza. Y ella no dejaría su huella en la nieve revuelta.

Bajó a hablar con *Mrs. Kershaw* y encontró a Roddy en el vestíbulo. Estaba apoyado en manos y rodillas, buscando algo en el suelo. No había muebles para mirar debajo de ellos, por lo cual su postura era tanto más curiosa.

—¿No viste un paquete? —le preguntó—. ¿Un gran paquete envuelto en papel madera con franqueo de Irlanda?

—No —repuso Ann—. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—No lo vi nunca.

Vestía un equipo de judo de lona blanca, con pantalones que le llegaban a la mitad de las pantorrillas y estaba descalzo.

Mrs. Kershaw estaba pintando de marrón oscuro un pequeño pote grisáceo. Su

actitud, aunque todavía amistosa, no era la misma de antes. Estaba a la vez más serena y menos cortés. Sentado en un rincón del cuarto había un muchacho de pelo dorado que se cubría la cara con las dos manos. *Mrs. Kershaw* no invitó a Ann a sentarse, ni la llamó «querida». Tampoco recordó presentarle al muchacho.

—Recibí carta de Gerald —dijo Ann—. Según parece, está muy bien. —De pie junto a la mesa cubierta de diarios, sintió de pronto ganas de haberse quedado arriba.

—Me alegro —dijo *Mrs. Kershaw*. No le preguntó qué pensaba hacer con su novio en los Estados Unidos. Concentrada en su trabajo, se mordía el labio y pintaba el pote de cerámica. El cuarto estaba lleno de objetos artísticos, cerámica, pinturas, trozos de ramas secas y fragmentos de roca. Contra la ventana estaba un árbol muerto entero, cuyas ramas ennegrecidas se levantaban hacia el cielo raso. Ann no pudo evitar pensar que era una suerte que *Mrs. Kershaw* no tuviera perro. Cuánto habría detestado *Mrs. Walton* este desorden, esta sensación de libertad. Se preguntó si acaso ella misma no debería comenzar a crear cosas, ya que no tenía su empleo. El problema era que nunca había tenido aptitud para el dibujo y seguramente era algo tarde para empezar. Sin duda el arte debía de ser como aprender a tocar el violín. Los dedos se ponen rígidos cuando no se comienza desde niña.

—¿Volvió a salir William? —preguntó *Mrs. Kershaw*.

Había en su tono el más ligero dejo de acusación. Tal vez estaba fastidiada de que William se llevase tan seguido la bicicleta.

—Sí —repuso Ann, aunque no pudo explicar nada sobre Pamela.

Roddy volvió y arrojó libros y almohadones fuera del sofá.

—No está aquí —le dijo *Mrs. Kershaw*—. Miré ya.

El muchacho levantó la cabeza y Ann sintió preocupación al ver que había llorado y que seguía llorando. No quería mirarlo mucho, pero era como ver un lisiado en la calle y no lograr desviar la mirada hacia otra parte. Roddy y *Mrs. Kershaw* no habían notado nada. Sonó el teléfono en el vestíbulo.

—Iré yo —dijo Ann con alivio y cuando levantó el auricular oyó decir a Edna:

—¿Puedo hablar con William McClusky?

—No está —dijo Ann. Le agradó oír la voz de Edna. Tenían mucho en común y sentía que eran casi amigas.

—Son más de las ocho —dijo Edna—. Me pregunto qué le habrá sucedido.

—Tenía que visitar a alguien... a una prima mía.

—Pero, es la segunda noche que no viene. Se arruinará la comida. —La voz era cuidadosamente modulada, pero al mismo tiempo ofendida. Ann lo sabía, pues tenía la experiencia de su madre.

—Qué desconsideración —dijo—. Lo siento mucho.

—Tú no tienes la culpa —dijo Edna con cautela. Esperaba que Ann estuviese bien. Le pidió, en fin, que dijera a William que había llamado.

—Sí, se lo diré —dijo Ann.

Sólo cuando hubo colgado el receptor empezó a temblar. Estaba tan agitada que

olvidó dar las buenas noches a *Mrs. Kershaw*. Con el corazón palpitante corrió escaleras arriba y se paseó por el *living-room*. Lo que había registrado con mayor claridad era que William cenaba todas las noches. Cordero, legumbres, salsa, sopas espesas. Se le hizo agua la boca y la nariz se le distendió al imaginar que olía la carne asada. Visualizó en colores un panecillo crujiente untado con manteca, las hojas de un repollo que despedía vapor, con pimienta negra encima. Sólo cuando se esfumaron estas visiones, esta serie de fotografías del libro de cocina con cada plato presentado en bonitas fuentes de porcelana comenzó a tener conciencia de otras implicaciones. En definitiva no había estado leyendo cuentos a sus chiquitos. Había estado con Edna. ¿Habría salido acaso después de comer, pedaleando su bicicleta prestada, a visitar a Sheila? ¿Comenzaba a trabajar la gente a esa hora de la noche? No tenía la menor idea de dónde vivía Sheila. ¿A una hora de allí, al pie de la colina, a la vuelta de la esquina? La atormentaban los detalles geográficos, las referencias del plano, los sistemas de trazado de calles. Miró por la ventana hacia las tinieblas del jardín del fondo e intentó visualizar la posición de las casas que él visitaba, las dimensiones de los cuartos donde él se sentaba. Como una estrellita roja, la luz posterior sobre el guardabarro de su bicicleta recorría la ciudad. ¿Comía con sus mujeres, con cualquiera de sus mujeres y se acostaba luego en una cama? ¿Podían hacer eso los hombres? No parecía estar cansado cuando volvía. En varias oportunidades Gerald lo había hecho dos veces y se había quejado de que Ann estaba matándolo. Ello a pesar de que no iba en bicicleta a ninguna parte. El hecho era que no conocía lo suficiente de los hombres. Su madre afirmaba que eran animales, egoístas y absortos en sus secretos. Pero William no era así. Era abierto y la quería y la había obligado a conocer a su mujer. Era incomprensible para ella. Ann se apretó las sienes junto a los ojos con las yemas de los dedos y gimió, llamando a su madre. Después, como una fiera enjaulada, aguardó el regreso de William caminando por el cuarto.

Cuando él llegó, poco después de las cuatro, corrió a la puerta para recibirlo.

—¿Qué diablos estuviste haciendo? —le preguntó.

Al decir esto tuvo que apretarse el cuerpo con los brazos delgados para evitar que se levantaran a pegarle. De pie en el pequeño embaldosado, oyó su propia voz, forzada y sin cariño. William le entregó dos hojas parduscas de sicomoro, que ella arrojó al suelo y pisoteó con un taco. Las hojas se desintegraron como fragmentos de papel quemado. Ann recordó a su madre con su bata de cama ligera y empujando fuera de la cama los claveles de conciliación.

—Habló por teléfono Edna —dijo él—. ¿Es eso lo que te irritó?

William tenía aspecto de cansado. Quizás era sólo la lamparilla que le arrojaba sombras sobre la cara, pero había huecos que Ann no había visto antes y la fina piel alrededor de los ojos tenía un aspecto azulado hasta junto a los pómulos.

—¿Para qué dices mentiras? —le dijo con amargura y a pesar de saber la razón, ya que ella misma siempre había dicho mentiras. Se había visto obligada a mentir desde niña. Era la demás gente que esperaba demasiado.

—No fue una mentira. Escúchame.

Evitó entrar al dormitorio y en lugar de ello la obligó a sentarse en el sofá, temblorosa, con su camisón blanco manchado de huevo en el ruedo. Ann hundió los pies en los almohadones para calentarlos y lo miró con indignación.

—Nunca dije —comenzó diciendo él— que no veía a mi mujer. Nunca te menté sobre esto.

Aparentemente no advertía que era el número de mujeres que tenía lo que provocaba la confusión.

—Puede que te haya ocultado cuánto la veía. Reconozco esto.

William se paseaba por el cuarto, girando sobre los talones como un soldado al llegar a la ventana y marchando hacia la puerta.

—He estado leyéndoles cuentos a los chicos de noche. No todas las noches, diré, ni durante toda la noche. Pero fui a verlos.

—¿Cuántas veces? —dijo Ann llena de lágrimas, como si la respuesta hubiese de mejorar las cosas.

—Varias veces. No las conté. Ocurre que Edna tiene necesidad de cuidarme. Yo le doy dinero para mantener la casa... no quiere privarse del placer de cocinar para mí. ¿Quién soy yo para negárselo?

Al decir esto William bajó la cabeza con humildad. Había una falla en el argumento. Ann estaba segura de ello, pero no alcanzaba a expresarla en palabras. Había negado a Edna todo lo demás. No le parecía a ella que fuese de una especial crueldad decirle que no quería comer.

—Pero no puedes estar comiendo hasta las cuatro de la madrugada —exclamó.

—No —dijo él esbozando una sonrisa—. No es posible.

Hubo entonces un silencio. William la obligaba sin cesar a hacer nuevas adaptaciones. Bastaba que se acostumbrase a una serie de circunstancias para que él la obligara a encarar otras. No quería decirle qué hacía después de comer. Estaba esperando hasta ver si ella tenía valor suficiente como para preguntárselo. No lo tenía.

—¿No vas a preguntarme cómo está Pamela? —le dijo él.

—¿Cómo está? —Ann obligó a su rostro a adoptar una expresión de interés, levantando las cejas con ansiedad, como si aquello fuera lo único en que estaba pensando.

—Está curándose. Hubo un médico allí que quiso arrancarle qué había tomado para provocarlo. Ella no se lo dijo. Volverá a casa dentro de uno o dos días. Se me ocurrió que podríamos irnos a alguna parte los tres, cuando ella esté más fuerte.

—Qué lindo —comentó Ann.

Sin embargo no era lindo. Era una complicación más. ¿Qué hacía, visitando a su prima, llevándola en brazos a la planta baja, haciendo planes para llevarla de vacaciones? Sintió ganas de gritar que detestaba a Pamela. Pamela le derribaba los castillos de arena con su pala, le hundía la cabeza en el mar.

—Lamento —dijo— sentir que hay algo que no marcha en algún punto. No soy bastante inteligente como para saber qué es, pero lo siento. —Inspirada, se golpeó el frente de su camisón blanco con un puño.

William estaba sentado de cualquier manera en el sofá, extenuado. Bostezaba y bostezaba, como un gato, ni más ni menos, con la punta de la lengua rosada en el borde de los dientes y los ojos que se abrían y se cerraban.

—No hay nada que no marche —dijo—. No es más que la vida que mete la cuchara.

Era uno de sus dichos, aprendido de Gus. Tenía un pie desnudo de Ann, el derecho, contra los almohadones y con los dedos trataba de enderezarle aquella uña rebelde del dedo chico.

—Nunca —le dijo— he sentido esto por nadie. Tendrás que creerme. Es verdad que tengo compartimientos en mi vida, no lo niego, pero nunca he querido así antes. —La miraba a la cara, suave y con esa boca provocativa y esos ojos crédulos que lo miraban con ansia.

Le decía la verdad y la voz se le había vuelto áspera de emoción, a menos que la causa fuera la tensión de los innumerables bostezos. Y aunque ella no sabía qué quería decir al referirse a los compartimientos, estaba segura de su sinceridad.

—Está bien —le dijo—. Te creo.

Se quedaron en el sofá mientras la luz comenzaba a aumentar fuera de la ventana, el brazo de él extendido y flojo sobre el cuerpo de ella. Todo era inmensamente triste, pero a la vez bello. No había nada, en realidad, que uno pudiese hacer con el amor una vez que se terminaba de hablar de él. Una vez mencionado, colgaba como humo en el aire y se desplazaba hacia aquí y hacia allá. ¿A qué clase de compartimientos se refería, a los herméticos, a los que hay en los trenes? ¿Estaba ella encerrada en el propio, o bien estaba él con ella dentro del mismo? Estaba allí su escritorio, su mejor traje, su máquina de afeitar en el cuarto de baño. Aun cuando se hubiese acostado con su mujer, ¿qué importaba? Edna no era bonita, ni siquiera joven. Tenía cuarenta y dos años y el pelo gris y la vida estaba empezando a meter la cuchara y marcarla. No era posible pretender serlo todo para una persona y en todo momento. Cuando llegó a esta conclusión Ann se sintió más importante y relacionada con el prójimo. No sabía hasta entonces que era tan capaz de filosofar. Había algo en William que hacía que surgiese lo mejor en ella.

—No pensemos demasiado en esto —dijo con toda astucia—. Durmámonos y despertémonos juntos.

Durante varios días William no fue a visitar a Edna ni a los niños. En una oportunidad salió en bicicleta a visitar a Gus. Desde la ventana Ann lo vio de pie en la acera, metiéndose un paquete envuelto en papel marrón dentro del impermeable. Había dicho que le llevaría unas camisas a Gus, que estaba sin trabajo en aquel

momento. Era de gran sentido común colocarse el paquete junto al corazón. De otro modo no podría guiar bien el manubrio.

—No tardes —le dijo ella y él le envió un beso. Volvió en menos de una hora.

Dieron de alta a Pamela en el hospital y Ann la cuidó. Después de haber sobrevivido al engaño de William, se sentía más adulta y más capaz de prodigar amor. Le cepillaba el pelo, le preparaba tostadas y huevos pasados por agua, le compró una bata nueva, de color púrpura vino, en John Barnes. Hacía chistes ligeros para apartar la mente de Pamela de su reciente prueba, chistes sobre su casa, el esnobismo combinado de sus respectivas madres. Hasta se burlaba de su padre y del asunto de la glorieta de años antes.

—Pobre hombre —dijo Pamela—. No creo que lo hagan nunca. Ninguno de nuestros padres, quiero decir.

—Es probable que con tanto hacer la venia y mantenerse erguido —comentó Ann—, se haya provocado una lesión permanente. —Y dando alaridos de risa, se echaba contra el respaldo del sofá y daba puntapiés en el aire.

—Has cambiado —observó Pamela, contemplándola desde el diván, apoyada en almohadones y con el pie de la cama levantado con los diccionarios de William.

Por la noche jugaban al *rummy* frente al sofá, un penique por cien puntos. Ann, que estaba acostumbrada a jugar con su madre, se asombraba al ver la falta de espíritu competitivo de William. A veces perdía a propósito. De vez en cuando se levantaba de un salto del suelo y garabateaba algo en un pedazo de papel sobre su escritorio. Sus anchas espaldas ocultaban la luz. Le mostraba sus cartas a Ann y le preguntaba qué quería que tirara.

—Basta —le decía ella—. Juega como es debido.

Había cambiado el cuarto, dispuesto los muebles de otra manera, colgado retratos de Samuel Palmer y de Dennis Law. Había guardado en un armario la marmita eléctrica que antes estaba sobre el alféizar de la ventana, el reloj eléctrico, regalo de su madre cuando cumplió los dieciocho años.

—Odio los aparatos —había dicho él—. Odio todos esos cables. —Desplazó la lámpara a una esquina del cuarto. Se sentaban los tres en la semioscuridad, mirando de cerca los naipes. A Pamela se le caían las zapatillas todo el tiempo. Cuando se inclinaba desde el sofá para ponérselas, el collar turco se deslizaba entre sus pechos y las monedas tintineaban cada vez que se movía.

De noche Ann se sentía avergonzada por la violencia del amor que le hacía William. Estaba segura de que Pamela debía de oírlos. Con una fuerza brutal le doblaba los brazos detrás de la espalda y le mantenía inmóvil la cabeza, los dientes clavados en uno de los lóbulos de sus orejas. Era apasionante, pero estaba segura de que hacían muchísimo ruido. Ann imaginó al hombre del departamento de al lado, resignado a los himnos y a las risas y apretando una oreja contra la pared con nuevas esperanzas de que terminaran matándose.

—Pamplinas —le decía William—. O se compró ya tapones para los oídos, o bien

se mudó.

Por la mañana abría las ventanas de par en par para ventilar las sábanas, ayudaba a Pamela a trasladarse del sofá y la dejaba bien instalada en la cama doble para que estuviera más cómoda.

—¿Quieres que trate de que venga George? —le preguntaba.

Ya no sentía hostilidad contra George. Veía bien que no había hecho más que meter a Pamela dentro de un compartimiento. No tenía la culpa de que alguien hubiese tirado del cordón de alarma y arrojado a todos a la plataforma.

—No —le dijo Pamela—. Déjalo. Lo llamaré yo muy pronto.

Ann, empeñada en ocupar el lugar de Edna, hacía compras todas las mañanas en Finchley Road. No aceptaba dinero de William, sino que insistía en utilizar sus ahorros del banco. Al tercer día, cuando regresó después de haber comprado un pollo, encontró a William vestido sólo con la camisa y sentado en la cama junto a Pamela. Estaba leyéndole su comedia.

—A mí nunca me la leíste —señaló Ann, enferma de celos.

William se levantó de un salto, se puso los pantalones y fue a verla en la cocina.

—Siéntate —le dijo—. Deja de hacer eso y mira mi comedia.

Le había puesto el guion delante de los ojos, pero ella se negó a abrirlo.

—No deberías hacer eso —dijo Ann—. No está bien.

—¿Qué no está bien?

—Acostarse en nuestra cama, con ella. Sin estar vestido.

—Jesús —dijo William—. No seas tan estrecha. Soy como un hermano para ella.

Como Ann era hija única, no estaba en posición de juzgar. Con aire hosco volvió las hojas de papel de oficio. Había, por lo menos, tres páginas en las que dos viejos hablaban de una mesa de billar. Siempre repetían las mismas frases.

—¿Son importantes? —preguntó—. Los viejos.

—Sí y no —repuso William—. Cualquiera que dice algo es importante para la estructura. Salvo que algunos son más importantes que otros.

—Comprendo —dijo Ann y leyó:

1.º Viejo: No me gusta que haya polvo en la mesa.

2.º Viejo: ¡No te gusta!

3.º Viejo: Es lo que dijo.

1.º Viejo: Sé bien lo que dije.

3.º Viejo: No es tu mesa la que tiene polvo.

2.º Viejo: ¡No te gusta!

3.º Viejo: Es lo que dijo.

1.º Viejo: Sé bien lo que dije.

3.º Viejo: No es tu mesa la que tiene polvo.

2.º Viejo: Ni tampoco la mía.

1.º Viejo: Bien, es polvo. No hay duda.

2.º Viejo: Durante veinte años limpió esa mesa. Déjalo con su mesa.

1.º Viejo: Que saque entonces su maldito polvo.

—Estupendo —dijo Ann, bajando el guion—. Has captado a la perfección cómo hablan los viejos.

—No lo terminaste.

—Quiero leerlo cuando esté a solas. Quiero tomarme tiempo para leerlo.

Ann lo dejó sobre el escritorio y preparó café para los tres. En su interior lo hallaba una porquería. Toda esa charla sobre polvo. Quería pensar que era estupendo y lo habría pensado, si William no hubiese estado leyéndoselo a Pamela en la cama. Mientras bebían el café él dijo que iría a buscar folletos de una agencia de viajes. Opinaba que todos deberían viajar a España. Pamela se frotó la cabeza con una mano, como si le doliera. William y Gus hicieron un viaje a Barcelona tres años antes y el sol le haría bien a Pamela.

—Pero, es invierno —dijo Ann—. Es invierno ahora en España.

—Es un invierno muy suave —dijo él—. No como aquí.

Cuando se fue, Ann se sentó en el alféizar y dijo a Pamela que pensaba que sería mejor que volviera a su casa, o bien a pasar unos días con George en Clapham. Al hablar contemplaba el sendero de granza y un ramo de alelís marchitos junto a los tachos de desperdicios.

—No quiero ser mala —dijo—. Pero es incómodo. La forma en que te incluye en todo, te trae bandejas a la cama, quiere que vayas de vacaciones con nosotros. Tenemos otros problemas... por ejemplo, el de sus mujeres.

Era sorprendente, pero Pamela estaba enterada. William se lo contó cuando fue a visitarla al hospital.

—No es un hombre como todos —dijo Pamela, recostándose sobre la almohada—. No puedes esperar la normalidad en él. Después de todo, es un artista.

—Ya lo sé —dijo Ann, irritada de que aquello se le hubiese ocurrido a Pamela primero—. No quiero que vayas de vacaciones con nosotros, eso es todo. Ves bien el porqué, ¿no?

—Perfectamente —dijo Pamela—. No tenía intención de ir, de cualquier manera. —Comenzó entonces a pelar una naranja, tirando de la cáscara con los dientes.

—¿Me hallas muy mala? —preguntó Ann—. Sólo quiero ser sincera.

La enferma no dijo nada. El jugo caía de sus labios firmes. Más tarde bajó al vestíbulo a hacer un llamado. Volvió arrastrando los pies por las escaleras y con la bata arrastrándose también detrás.

—Dice que puedo ir mañana —dijo.

Ann quiso acompañarla en el taxi y verificar que llegase sana y salva a la puerta. Después de todo Pamela había perdido muchísima sangre y estaba aún débil, o por lo

menos fingía estar débil. Se desplazaba con desgano por el departamento, juntando sus cosas y el collar tintineaba en su cuello pálido. Prefirió, no obstante, ir sola.

—A George no le gustaría —dijo—. Pensaría que has ido a gritarle.

William se había despedido algo más temprano, antes de ir a almorzar con el productor de la obra. No preguntó por qué Pamela había decidido irse tan de pronto. Los folletos que había traído de la agencia de viajes estaban sobre el televisor, chillones de sol poniente y de arquitectura morisca. Dio la mano a Pamela con gran formalidad. Vestía un saco azul que Ann no había visto nunca y pantalones grises. La corbata de color violeta, parecía de terciopelo planchado. El guardarropa del dormitorio rosado reventaba de ropas elegantes de William, de camisas planchadas. Dijo a Pamela que esperaba que hallara todo bien en Clapham.

—Gracias —dijo Pamela con gran compostura—. Has sido muy bueno. —Ann notó que no miraba a William a los ojos.

A las cuatro Ann llamó por teléfono a casa de George. Encontró el número en una libreta olvidada por Pamela en la repisa del cuarto de baño. El hombre que atendió el llamado dijo ser Edward. Hacía una semana que George estaba en Cornwall.

—Soy la prima de Pamela —dijo Ann.

Al principio no tenía la menor idea de quién era Pamela. Después de cierta insistencia por parte de Ann concedió que podría ser una de las chicas que pertenecían a George.

—¿Con pelo rubio? —preguntó.

—No, es morena.

—Cara como la de una muñeca victoriana —dijo él—. ¿Es ésa?

En verdad no la había visto en los últimos tiempos. Tampoco había ido nadie a la casa esa tarde. Se habría enterado, de todos modos, porque George había retirado el cerrojo de la puerta antes de partir.

Ann tenía un atraso en su período. Sabía la razón, pero no quería admitirlo. En las últimas semanas no estaba segura de saber cuidar de sí misma, y mucho menos, de un niño. En las pesadillas que sufría, William se iba en barcos o en aviones y lo veía de pie junto a barandillas o escaleras, saludando con la mano y con una mujer difícil de identificar a su lado.

—Puede ser —dijo a William— que esté débil. Falta de sueño, preocupación por Pamela, cosas como esas.

En alguna parte había leído que en los campos de concentración a muchas mujeres se les había retirado el período por estar tan desnutridas.

—Cuentos —le dijo William—. Estás embarazada.

En apariencia estaba encantado, pero a pesar de ello en ningún momento mencionó matrimonio. Le habría encantado ponerse en contacto con Pamela para hablar de síntomas y de otras cosas, pero no se atrevía a admitirle a William que

Pamela nunca llegó a Clapham. Tampoco quería llamar por teléfono a Brighton para averiguar si estaba en casa. ¿Qué diría si la tía Bea llegaba a decirle que entendía que Pamela estaba viviendo con ella?

William insistió en llevarla a un consultorio médico que conocía. Sólo cuando estuvieron en la sala de espera le dijo que el doctor atendía a Edna, a Sheila y a los chicos. El doctor indicó a William que esperase afuera mientras él interrogaba a Ann. William no quería esperar afuera. Habría preferido, según dijo, quedarse junto a ella y, lleno de orgullo, tenerle una mano.

Algo transpirada, Ann se tendió debajo de la sábana de algodón, el rostro arrebatado y la expresión lejana. El doctor tenía gemelos y alfiler de corbata de oro. Tenía puestos guantes de goma, como si estuviera por lavar los platos y olía a talco. Le dijo que era demasiado pronto para saber. El examen fue superficial, porque no convenía hurgar demasiado, ya que él suponía que Ann quería tener el bebé y en aquel momento convenía no tocar mucho nada.

—Sí, sí —dijo Ann—. Lo quiero.

Le habría gustado preguntarle cuánto tiempo hacía que conocía a William, a Edna y a Sheila. O bien si pensaba que William se casaría con ella. No hubo ocasión para ello. Sintió alivio cuando le dijeron que no era seguro que estuviese embarazada.

William quería ir a comprar un cochecito en John Barnes. Ann le recordó que no había dónde ponerlo y que deberían esperar, por lo menos, hasta que se confirmara su estado. En el vestíbulo de la planta baja estaba ya instalado un enorme armario con asas de bronce, propiedad de William. Roddy le había pedido dos veces que lo retirara, pero William le dijo que lo retiraría cuando *Mrs. Kershaw* pusiera inconvenientes, no antes. Cuando salió, Ann fue en puntas de pie y miró el interior. Había trajes completos y sacos, un abrigo azul marino, una bata nueva de seda. Zapatos relucientes, marrones y negros y botas de gamuza en hilera y todos mantenidos en hormas de madera. Debajo había un ancho cajón con llave. Ann se preguntó si era aquel el armario en el cual había estado encerrado con Gus. En sus profundidades había quedado prisionero un aroma de cigarros y de canela. Con dedos inquisitivos revisó un bolsillo del abrigo azul y los retiró de inmediato y corrió escaleras arriba, disgustada por su propia curiosidad.

William tejía fantasías alrededor del hijo que iban a tener. Tenía que ser una niña. La llamarían Catherine. Cuando Ann se pusiera grande, le daría masajes con aceite de oliva para evitar que la piel del abdomen se le distendiera. «Fábrica de bebés» la llamaba, volviéndola en la cama para aquí y para allí y causándole dolor, a veces.

Recibió una segunda carta de Gerald. Los amigos con la cabina en las montañas sabían de un departamento en las inmediaciones de la universidad. Sólo tenía dos cuartos, pero les serviría para empezar.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó a William—. ¿Por qué no menciona mi carta?

—No se atreve a encarar la realidad —repuso él—. Hay gente que es así. — Mientras guardaba la carta en un cajón del escritorio le dijo que no pensara más en

ella.

Ann sabía ya cuándo William tenía ganas de ver a Edna. Se ponía inquieto y era incapaz de concentrarse en la televisión.

—¿Tienes que salir? —le decía, deseosa de ayudarlo—. Puedes salir, si quieres. No me importa. —Y él la abrazaba, le frotaba el estómago, todavía plano y le decía que era una gran chica, su chica. Ann se sentía muy sola sin él. Como había dejado su empleo en la BBC, no veía a nadie excepto a él. Trató de mantenerse en contacto con Olive, pero no podía salir a encontrarse con ella por temor de perder tiempo de estar con William, y no quería invitarla al departamento porque era redondita y tenía un pecho abundante y porque agradaba a los hombres desde el principio.

Mrs. Kershaw subió dos veces, pero sólo para ver a William, una vez por una válvula en su bicicleta y otra para hablar de algo personal. No dijo qué era.

—¿Cómo va la cerámica? —le preguntó Ann.

—Como el diablo —repuso ella.

Una semana más tarde Pamela llamó por teléfono para decirle que había alquilado un cuarto sobre Regents Park. No se había sentido muy cómoda en Clapham. George se había mostrado muy evasivo.

—Pamela —le dijo Ann—. Tengo un atraso. ¿Qué tendría que sentir?

—¿Qué quieres decir?

—Bien, ¿qué síntoma debería tener?

—¿Tienes los pechos duros? —preguntó Pamela al cabo de una pausa.

—En realidad, no —dijo Ann. Pamela sabía muy bien que no tenía pecho que mereciera el nombre de tal.

—¿Sientes náuseas?

—No.

—¿Sientes el abdomen inflamado?

Era inútil. Ann no tenía nada inflamado. Tampoco tenía apetito.

—Quizá no sea nada —dijo Pamela—. Quizá sea tu imaginación.

Como quien cumple un deber, Ann la invitó a comer. Pamela rechazó la invitación. Con bastante resistencia le dio su número telefónico y prometió hablarle y venir a visitarla cuando se sintiera más sociable. Estaba haciendo un inventario de sí misma y de la vida que había llevado.

—He sido una tonta —dijo.

—Yo no diría eso —dijo Ann con seriedad—. Siempre hay gente que vive en forma diferente de otra, que vive una vida más arriesgada. Alguien tiene que conducir.

Se produjo un breve silencio.

Al cabo de unos instantes Pamela dijo:

—Son tonterías. Todo el mundo está haciendo lo mismo. Tú no conduces a nadie.

Tú sigues.

No era lo que Ann quería oír. Si iba a tener un hijo ilegítimo, quería ser única. No era posible que ella estuviera siguiendo una tendencia general.

Pamela le contó que estaba por emplearse como asistente dental. Una amiga de una amiga conocía a alguien que necesitaba una.

—Es muy útil —dijo Ann—. Si estoy embarazada iré a verte. —Sabía la importancia de cuidarse la dentadura cuando se está por tener un hijo—. Mamá perdió todos los dientes cuando me tuvo a mí —le dijo a Pamela.

—Todos los dientes. ¿Por qué?

—Septicemia de la sangre. Le extrajeron todo, dos semanas antes de nacer yo.

—Con razón no te quiere.

La comedia de William debía representarse en gira por las provincias en enero: Liverpool, Newcastle, Glasgow. Acompañaría al reparto parte del tiempo. Como tenía presente que él le había dicho que nunca se separarían, Ann pensaba en el viaje con cierta expectativa. Nunca había viajado al norte.

—¿Les gustaré a tus padres? —preguntó. Tenía una imagen mental de *Mr. McClusky* en su uniforme de general, fuera de las casas de inquilinato, con la trompeta en los labios—. ¿Comprenderán lo de Edna?

—Nunca conocieron a Edna —admitió William—. Nunca me llegó el momento de decirles que me separé de Sheila. Pero te llevaré a ver un partido de fútbol. Te llevaré a Hampden Park, después de Navidad, preciosa.

Era algo que hacía tiempo trataba de borrar de su mente. Sabía que tendría que ir a casa de sus padres en Brighton. Siempre había ido a pasar Navidad con ellos. *Mrs. Walton* nunca permitiría que no fuera. Hasta podría llegar al departamento y llevársela por la fuerza. Después de titubear, tuvo que decirle a William que no podía dejar de ir.

—Tú sabes que no quiero ir —le dijo—. No quiero ir si vamos a tener un hijo, pero no sé qué excusa darles. —Anhelaba decirle que si sólo él estuviera dispuesto a mencionar, ya que no a considerar, su divorcio, las cosas serían más fáciles, menos complicadas. No tuvo valor.

—Mi madre es sensacional —le dijo—. Te aseguro que es estupenda, en realidad. Lo que le pasa es que ha vivido una vida llena de frustraciones... No quiero ofenderla.

Hasta que lo expresó en palabras no sabía cuántas desilusiones había tenido *Mrs. Walton*. Con su alegría, su pasión por los juegos de naipes, era ella quien debió haber conocido a alguien como William, años atrás, cuando era joven. Ella nunca habría salido corriendo a casa para la Navidad.

—Podrías decirle que has conocido a alguien con quien prefieres estar —le dijo William, sin mirarla.

—No, no —repuso Ann de inmediato—. No puedo. No puedo hacer eso.

—Puede que sea mejor así —dijo William lentamente—. Están mis chiquitos. Tendría que pasar algún tiempo con ellos. Y el hijo de Edna vendrá con su mujer.

Estaba mucho tiempo fuera de casa, ocupándose de los cambios en la obra, estudiando los trajes, aprobando los decorados. El teléfono no dejaba de sonar. Por lo general quienes llamaban eran mujeres. A veces le preguntaban si era Edna; una vez, si era Sheila. William afirmaba que todo el mundo teatral de Inglaterra estaba lleno de mujeres estúpidas, que Ann no debía prestarles atención, ya que él sabía muy bien quién era ella y esto era lo único que importaba. Estaba tratando de obtener un pequeño papel para el desocupado Gus en una de las escenas del salón de billar, entre los viejos preocupados por el polvo en las mesas, pero había dificultades relacionadas con «Equity», el gremio de la gente de teatro. Habían tomado como administrador de la gira a un amigo de William de la época de Glasgow. Alguien a quien conoció en años anteriores se ocuparía de la iluminación. Según parecía, tenía infinidad de amigos. Cuando llamaban por teléfono, preguntaban por el «dulce» William.

—Trata de comprender —le decía—. Sé que no es fácil para ti, pero yo he trabajado duramente para esto, en verdad trabajé mucho. No es gran cosa, lo reconozco —dijo tocando unas cuantas hojas apiladas sobre el escritorio en las que figuraba el nombre de la obra—, pero representa muchísimo trabajo. Lo hice solo, en horas de la noche, sin saber si alguien se tomaría el trabajo de leerlo.

Ann sintió ganas de decirle que no había estado solo, sino con Edna, quien le preparaba la cena. O con Sheila, o con la mujer que le tejió la echarpe con rayas azules.

William le regaló el abrigo de piel, no de carnero afeitado, sino de potrillo, marrón y blanco. Podría haber sido conejo. Las partes blancas eran amarillentas y no favorecían su propio tinte. Lo usaba cada vez que iba en taxi al banco con él. Él llevaba su abrigo azul marino y cuando bajaba del taxi estaba cubierto de pelos de color azafrán, como si ella hubiese perdido las plumas sobre él. Y lo miraba atravesar las puertas mientras se quitaba minuciosamente la pelusa de sus costosas solapas. Luego se golpeaba los hombros con energía y más pelos flotaban hacia arriba y se le pegaban a ella en los labios.

Un día le llevó un par de chinelas chinas. Le recordaban las de Edna, salvo que éstas eran de raso rojo. Le gustaban, pero las usaba lo menos posible.

Como anticipo del regalo de Navidad le regaló una variedad de geranio en una maceta. Tenía un metro y medio de altura. William le dijo que simbolizaba el amor de ambos y Ann lo contemplaba en su lugar sobre el alféizar con aquellas hojas que se inclinaban en busca de luz, temerosa de que se marchitara y muriera. Lo regaba todos los días. Detrás, en la pared, estaba Dennis Law, enmarcado en oro, de pie y con los brazos cruzados sobre su camiseta de fútbol, fragmentado por follaje y por tallos de color verde claro.

Buscó la palabra «concepción» en uno de los diccionarios médicos de William

sobre el estante. Era un volumen viejo y había un dibujo de algo que recordaba un racimo de uvas. Decía que uno de los primeros síntomas del estado de embarazo era una marcada languidez.

—No tengo eso, ¿no? —preguntó.

—Eres una ociosa —repuso William—. Tú y Gus son las dos personas más ociosas que conozco.

Aquello la ofendió, aunque trató de disimularlo. Nunca se había considerado haragana.

De vez en cuando, decía el libro, había considerable pérdida de una sustancia espumosa, como algodón. Nada tan sensacional le había ocurrido a ella. A pesar de ello todas las mañanas, alrededor de las seis, había empezado a hacer arcadas en el cuarto de baño.

—No me quieres más —decía en medio de las náuseas e inclinada sobre el inodoro de porcelana. William le enjugaba los labios con una mano y la llevaba a la cama y le decía que era su margarita de otoño.

Una mañana encontraron una carta en el vestíbulo, dirigida a ella. No reconoció la escritura. William dormía aún. Había estado ausente durante la noche, hablando con su productor en Windsor. Tuvo la intención de volver a casa pero el automóvil del productor se descompuso en el trayecto a la estación y perdieron el último tren. No volvió a la casa, sino que se quedó toda la noche en la sala de espera del ferrocarril y tomó el tren de las siete a Londres. Cerca de la casa del productor había un hermoso cementerio, pero no había ido a verlo, porque sabía que ella lo esperaba. En la cafetería de la estación comía gente muy importante, aun a aquella hora de la mañana, poetas, abogados, un biógrafo de ojos azules a quien conocía. En todas partes a donde iba William, conocía a alguien.

Abrió la carta en la sala. La carta decía:

Mi querida Ann:

Eres más joven que yo. El tiempo se extiende delante de ti. No me quites mi marido. Lo necesito. No tengo una vida que me espere en los Estados Unidos. Te lo suplico, devuélvemelo. Siento como si estuviera encerrada en una cárcel. Las noches son tan largas, la condena tan cruel. No sé por qué se me castiga. Sueño con la libertad, pero alguien tiene que estar aguardándome cuando salga.

Perdóname.

Edna.

Ann la leyó otra vez. Se le llenaron los ojos de lágrimas y algunas cayeron sobre el papel. Se borroneó la tinta. Fue al dormitorio y sacudió a William de un hombro. Tenía una piel color de miel y sus ojos se abrieron de sobresalto.

—¡Jesús! —dijo—. Déjame tranquilo.

Ann tiró de las ropas de cama y le dijo que se levantara.

—Qué pasa —dijo él y tropezando desnudo por el cuarto entró en la sala y se dejó caer en el sofá, donde quedó sentado con la carta sobre las rodillas. Tenía una vena azulada en una pierna y un penacho de vello rojizo debajo de la curva del abdomen.

Pasó largo rato explicando que Edna no estaba justificada para escribir en esos términos. Era un chantaje afectivo de la peor especie. Ann debía olvidar esa carta. Edna se había casado con él, él la había querido y aun él la cuidaba. Si él había elegido enamorarse de otra mujer, ella no podía pretender retenerlo por la fuerza. Al decir esto extendió un brazo hacia afuera en un gesto de liberación, con el puño crispado. Tenía un aspecto militar y adusto. No le gustó a Ann su uso de la palabra «elegido», como si la hubiese elegido con premeditación entre el grupo de mujeres presentes en la sala parroquial, en lugar de haber entrado al azar, enloquecido por su pasión, en la vida de ella.

—Pero parece sentirse tan desgraciada —exclamó, mirando la triste carta sobre las rodillas de William.

—No te dejes engañar —le dijo él con vehemencia—. Mira qué calculado es ese borrón sobre esa oración en particular. —En este punto le leyó en voz alta—. «Alguien tiene que estar aguardándome». Con un gesto de desprecio arrojó al suelo la carta y comentó que con seguridad había puesto el papel debajo de la canilla para que pareciera manchado de lágrimas. Ann quiso corregirlo, pero el tono de él era tan vengativo como si por primera vez vacilase su amor por Edna. Ann no quería entorpecer la marcha de este proceso.

—Puede ser —dijo, secándose los ojos con el dorso de la mano—. De todos modos, me siento en realidad... mezquina.

En su interior sentía ganas de responder a Edna y decirle que esperaba un hijo, pero que se iría de inmediato. No podía hacerlo, por temer que Edna le mostrara la carta a William y porque a causa de su embarazo, no tenía a dónde ir. Jugó con la idea de comprar un pasaje a los Estados Unidos, meterse en la cama con Gerald sin perder un minuto y tener un hijo prematuro. El problema era que sería rubio y con la nariz chata y que la energía necesaria para semejante empresa estaba más allá de las posibilidades de ella. Tal vez fuese una ociosa de alma, como le había dicho William. William le prometió no ser demasiado duro con Edna, aunque le señalaría lo tonta que había sido al enviar una carta tan emotiva suplicando protección.

—Después de todo —dijo—, no soy su chupete para que me tenga en la boca. No soy su refugio.

Ann suponía que tal reacción por parte de William era magnífica. A pesar de ello, no explicaba por qué no le dijo a Edna que ella esperaba un hijo. En vista de que comía allí tres veces por semana, cabía imaginar que bien podría habérselo dicho.

William volvió a la cama con pasos pesados, fatigado después de su noche en Windsor y durmió hasta la tarde.

A medida que avanzaban los preparativos para la gira por las provincias, William se volvía cada vez más taciturno. Revolvía la comida sin probarla. Dormía breves siestas, como un gato, en el sofá. Dejó de comprar ropa nueva. Volvió a usar las

tricotas rotas que tenía cuando Ann lo conoció, las zapatillas sin cordones. A Ann le gustaba más sin sus trajes elegantes, sus zapatos de cuero auténtico, su abrigo exótico de ejecutivo. Aparte del abrigo de potrillo y del vestido azul, Ann tenía muy poca ropa. Como no salía mucho, salvo para hacer las compras, no tenía mucha importancia.

Una vez William la llevó a tomar el desayuno en un café junto al quiosco de cigarrillos de Finchley Road. Pidieron huevos con panceta y tomates. No obstante ser apenas las nueve de la mañana, William echó gran cantidad de salsa en su plato. Ann sintió náuseas. William comía sosteniendo el tenedor y el cuchillo como si fueran lápices. Se sintió asqueada. Apenas podía soportar mirarlo. En casa no lo había advertido. Era tan vulgar comer así.

—William —le dijo.

William levantó la vista. Estaba inclinado muy cerca de la comida y los labios le brillaban por la grasa.

—No quería mencionarlo... —dijo ella—, por favor, perdóname, pero... ¿no podrías...? —En este punto se sonrojó.

—¡Jesús! —dijo él, alarmado—. ¿Qué pasa?

Cuando Ann se lo dijo, cuando le sugirió que metiera los mangos de los cubiertos en el hueco de las palmas, William abrió mucho los ojos.

—Tan importante es ¿eh? —preguntó.

—Sí —repuso ella en un susurro.

William juntó los codos a sus flancos y llevó los dedos hacia el medio del cuchillo.

—Así está muy bien...

Estaba muy quieto, muy callado. De vez en cuando ella lo sorprendía mirándola con una expresión inexplicablemente triste en los ojos claros. Seguramente estaba incómodo, tenía la sensación de haberle fallado.

Antes de haberse puesto tan deprimido había tenido intención de llevarla a los ensayos, a comer con los miembros del reparto. El problema era que en aquel momento estaba demasiado preocupado por la obra.

—No es suficientemente buena —dijo, mientras se paseaba de un extremo a otro del *living-room* con las manos detrás de la espalda—. Cuando la leyeron por primera vez, tenía bastante fuerza... tenía algo... ¿sabes qué quiero decir? Ahora ya no estoy tan seguro.

Le había vuelto a crecer el pelo y se le veía rizado sobre la nuca y con más rizos arriba de las orejas menudas.

—Lo que pasa es que lo has oído demasiadas veces —le dijo Ann. No había leído toda la obra, aunque fingía haberlo hecho, sólo la escena en el salón de billares.

—No puedo ubicar qué está mal —dijo él—, pero es falso. La chica que hace el papel de Moira no sirve. Habla con una ciruela en la boca. Jamás pudo haber nacido en una casa de inquilinato.

Qué alegría que no estuviese contento con Moira. Ann la había imaginado perfecta, talentosa. Pensaba sin cesar en él durante los ensayos, charlando con el reparto, con los hombres y las mujeres, elogiándoles el pelo, tirándoles de una manga y preguntándoles si era *tweed* irlandés. Veía con toda claridad a Pamela en el sofá, convaleciente, con William que le toqueteaba el collar turco y se lo torcía hacia la luz mientras la mano rozaba la piel suave de la garganta de ella.

—Parte de la obra está muy bien —dijo William—, pero en cambio hay partes que no sirven.

—¿Qué partes? —preguntó Ann, tratando de colaborar.

William levantó el guion del escritorio y volvió varias páginas antes de encontrar el diálogo que lo había desilusionado. No tuvo necesidad de leerlo. Lo sabía de memoria.

«Estás inquieto, Gus».

«Sí, estoy inquieto».

«¿Por qué estás inquieto?».

«No sé decírtelo. Sencillamente, estoy inquieto».

Se preguntó Ann por qué todos los personajes repetían tanto las cosas. ¿Y por qué este hombre se llamaba Gus? ¿Por qué no Jock, o Hamish?

«Te alejas de mí».

«No me alejo de ti, mujer».

«Sí, te alejas. Lo siento aquí».

—Está muy bien —comentó Ann.

—Espera —le dijo él, impaciente—. Espera.

Estaba de pie con los hombros encorvados y una expresión agresiva en los labios.

«Siento que te vas y que estoy encerrada. Emparedada, tal vez. Cuando salga, me pregunto si habrá alguien esperándome».

Era muy real, a juicio de Ann. Le recordaba algo, no sabía qué, pero sonó como un toque ya oído por ella. Sintió lástima por Moira.

—No veo por qué lo ves tan mal —le dijo con toda veracidad—. Yo lo encuentro maravilloso. De verdad.

William, en cambio, no estaba muy convencido. Guardó pues el guion debajo de unos diarios y se puso a mirar por la ventana. Ann habría querido ayudarlo, pero no tenía los medios. Era tan bueno con ella, tan amante. Le hacía tomar las vitaminas, la instaba a que bebiese vasos de jugo de naranja. Su embarazo databa de sólo siete semanas, pero él ya le había propuesto que aprendiera a tejer.

—No sé —dijo Ann con timidez—. No sé.

En vista de ello William le compró agujas de tejer y lana rosada y empezó a tejer una prenda muy chica y caída, camiseta, vestido, de un tamaño como para una muñeca.

Dos noches más tarde la llamó por teléfono desde una cabina pública. Estaba agitado.

—Estoy en el túnel de Watford.

—¿Qué estás haciendo allí?

—No estoy seguro. Estoy. Tuve que escapar.

—No me dejes —exclamó Ann, sin importarle que Roddy la oyera en el departamento de la planta baja. Las lágrimas de autocompasión le hacían arder los ojos.

—No te dejes a ti. Estoy escapando de mi comedia. ¿No lo comprendes?

Ann no pudo contestar nada.

—Ann... Ann... No me abandones.

—Perdona. ¿Tienes tu echarpe?

No importaba quién se la había tejido. Lo esencial era que estuviese protegido contra el viento de diciembre.

—La tengo —repuso él—. Es una cosa que tengo.

Estaba tratando de decirle algo. No debía defraudarlo.

—Chiquito —le dijo—. No te preocupes... aquí estoy yo.

—¡Jesús! —dijo él y cortó la comunicación.

Casi de inmediato Ann llamó por teléfono a Pamela. Los dedos con que marcó el número en el dial estaban insensibles de frío. Detrás del porche el cerco de ligustrina se estremecía bajo el viento. William iba marchando, con los labios blancos, hacia Watford.

La voz de Pamela sonaba como si la hubieran despertado de un ensueño. En apariencia no podía hablar con claridad. Sin embargo no podía haber estado acostada. La radio estaba funcionando y había música de fondo.

—¿Quién habla?

—Soy yo... Ann.

Oyó la respiración de Pamela y la melodía lúgubre de un violín.

—No puedo más. La verdad es que no lo comprendo. Se ha ido a caminar.

Silencio.

—¿Pamela... estás allí, Pamela?

Al cabo de un instante Pamela dijo, como si estuviera muy lejos.

—Sí.

—¿Adónde crees que puede haber ido? ¿Adónde se fue?

—Puede que esté mirando cementerios —repuso Pamela—. Le gustan los cementerios, ¿no?

Ann había olvidado lo de los cementerios.

—Pero está oscuro —dijo.

Hubo otro largo silencio. *Tum-te-tum-tum-tum*, se oía el piano en casa de Pamela.
—Di algo —le suplicó Ann—. Por favor, di algo.
—No puedo —replicó Pamela. Y colgó el receptor.

Ann fue a su casa en Brighton, muy contra sus deseos, dos días antes de Navidad. William le prometió regar el geranio en su ausencia. Compró regalos para los padres de Ann, un libro sobre campañas militares, encuadernado en cuero, una estola de piel para su madre. No estaba segura de cómo reaccionaría *Mrs. Walton*. Quizás insistiera en devolverla.

—Es preciosa —dijo, consternada por la generosidad de William—. Es ni más ni menos lo que le encanta.

No permitió que William esperara en la plataforma hasta la partida del tren, sino que lo besó por la ventanilla y le recordó que no olvidara llevar las sábanas al lavadero. William vestía un nuevo saco de *tweed* con sombrero haciendo juego y el ala tenía un ángulo provocativo. Tenía un aspecto atlético, deportivo, con su corbata de lana, sus guantes de cuero abotonados en las muñecas. En comparación ella tenía un aspecto descuidado, dejado. Se le veía la falda por debajo del abrigo nuevo. Las botas que le compró William, de cuero negro forradas en carmesí se abrían alrededor de sus piernas delgadas. Se sentía eclipsada, como algún extraño insecto híbrido, con sus brazos y piernas como palillos, su cuerpo peludo que perdía mechones, junto a la ventanilla, como flotando sobre el andén gris. Con gran alivio lo vio mientras se alejaba, se volvía debajo del reloj y agitaba una mano en un último adiós, lleno de cariño. Sobre la mesa de la cocina Ann le había dejado una sorpresa, un regalo envuelto en papel verde brillante, atado con cinta. Era una afeitadora eléctrica. También había dejado una carta en la que le decía que sabía que las cosas habían sido difíciles en los últimos tiempos, con sus propias pesadillas, la obra de teatro, su espíritu posesivo... pero lo quería mucho mucho.

Su padre fue a recibirla a la estación. Con labios fríos le besó la mejilla fría. Después puso las valijas en la baulera del pequeño automóvil y la llevó a casa a reunirse con Mamita.

La casa formaba parte de una serie de unidades iguales y escalonadas, a tres cuadras de la costanera. Era de ladrillo con la puerta del frente pintada de color amarillo. En los meses de verano *Mrs. Walton* instalaba un alegre toldo de lona para proteger la pintura del sol y del aire cargado de sal. Junto a la ventana en octógono había un árbol de Navidad ornado con luces y adornos de colores.

—Mi querida —exclamó *Mrs. Walton*, abriendo la puerta de par en par y riendo con exageración. Con su vestido de coctel de seda artificial verde y sus aros era la dueña de casa típica. Sobre la nariz tenía una mancha anaranjada de polvos, mal puestos por culpa de su mala vista.

La barandilla de la escalera relucía y las alfombritas rodeaban las chimeneas con sus leños artificiales. Todas las puertas estaban abiertas, la de la sala, la del comedor, la de la cocina, con visiones fugaces de mesas y sillas, almohadones de cretona, recipientes llenos de fruta. Todo pulido y resplandeciente, el aparador de caoba, la

estatua de bronce de los dos ángeles trabados en lucha, las manzanas y las mandarinas apiladas en canastos de metal plateado. Sobre la alfombra que cubría todo el piso con sus matices violáceos las guirnaldas de papel se estremecían con el calor. Qué trabajo se había tomado su madre para que aquello pareciera un hogar. Le admiraron el abrigo, las botas.

—Vaya —dijo su madre—. Cómo has estado tirando el dinero.

De mala gana Ann se quitó el abrigo, cuyos pelos volaron por el vestíbulo. De pronto contuvo la respiración y se llevó las manos al estómago.

—Has adelgazado —observó su madre—. Has estado trabajando demasiado.

La hora de la cena fue una fiesta, con jerez para celebrar su llegada a casa y jamón cortado en rebanadas contra el hueso. George Patterson había estado en el hospital con algo al corazón. A Aimée Hughes le habían sacado un pecho. La hija de la hermana de *Mrs. Munro* había tenido un chico sin brazos. *Mrs. Glendenning* se había ido apaciblemente mientras dormía, la única forma de irse. *Mrs. Munro* misma estaba siendo tratada por hipertensión.

—¿Por qué? —dijo Ann, atónita.

—Nervios. Dirige los torneos de *whist*. Cuida todo su jardín sin ayuda.

—Pero, el chico —dijo Ann, pero *Mrs. Walton* le hizo una mueca mirando a su marido, como si el tema fuese demasiado delicado.

Tenía entradas para la pantomima en la iglesia. Hacía frío en el Salón Floral y el capitán Walton se dejó puesta la echarpe y el sobretodo con cuello de terciopelo. Todos hablaban con *Mrs. Walton*, la mujer del vicario, Aimée Hughes, con su delantal cruzado sobre el pecho mutilado, *Mrs. Munro*. Todos la querían y la conocían. Se desplazaba con aire alegre entre las filas de sillas en dirección a la mesa de caballete llena de tazas y sándwiches. Cuando pasó el vicario, le posó una mano sobre el brazo. Seguidamente reprendió a los chicos del coro, empeñados en deslizarse como sobre patines por las tablas gastadas del piso de madera.

—Conoces a mi hija, ¿no? —dijo, levantando la voz para hacerse oír por encima del ruido de las tazas al ser apoyadas en sus platillos y de las sillas arrastradas a otros lugares—. Trabaja en Londres, ¿sabes? Para la BBC.

Ann sonreía, se inclinaba y estrechaba manos. La risa de su madre, aguda y al borde de la histeria, saltaba y se estremecía por los ámbitos del salón. El capitán Walton, olvidado por todos, golpeaba el piso con los pies para calentárselos. Los ojos parpadearon varias veces y los labios se le pusieron azulados. Se abrieron los cortinados y la escuela de *ballet* local, vestida de verde y de blanco, bailó con precisión. La primera dama, vestida de Robinson Crusoe, se ubicó junto a un árbol de cartón y cantó «Un día llegará mi barco». El organista de la iglesia, Arnold Mason, tocó «El hombre Viernes». Mientras tocaba, sus ojos giraban en forma cómica y saltaba como un perro en el escenario. Cada vez que abría la boca para hablar, *Mrs. Walton* contenía el aliento de expectativa y le hundía un codo a Ann en las costillas. Siempre era ella quien iniciaba las carcajadas y los aplausos.

Durante el intervalo todo el mundo estuvo de acuerdo en que Arnold Mason era comiquísimo. Le habría agradado mucho a Ann mostrarse cordial, alternar más. Cuando sus padres se radicaron en Brighton había estado pupila. No tenía raíces ni continuidad. No conocía a ninguna de las parejas jóvenes tomadas del brazo en las filas del fondo, unidas por las actividades de la iglesia y por los torneos de tenis. Sonrió hasta que empezaron a dolerle las mandíbulas. Y ahora que estaba allí, con su madre que era el alma de la fiesta, se preguntó por qué había venido, por qué dejó a William en Londres para que pasara solo la Navidad. Tal vez había viajado por ver a su padre. En la oscuridad pasó un brazo por debajo del de él. Su padre se agitó en la silla. Al cabo de unos minutos tuvo un acceso de tos y retiró el brazo para sacar un pañuelo. Cuando se recobró se cruzó de brazos.

Más tarde *Mrs. Walton* obligó a Ann a sentarse en la cocina y le dijo:

—Bien, cuéntame de él... de esta persona que te llena tanto.

Fue una frase apropiada. Inclineda sobre su abdomen, Ann hizo lo posible por no mostrar hostilidad. Su madre tenía el don de cortar la comunicación de raíz. Como las heladas, quemaba el brote antes que tuviera tiempo de abrir.

—Es sólo un escritor.

—¿Conociste a su padre ya?

—Todavía no, pero el mes que viene me llevará a conocerlo.

Su madre no mencionó el rango de *Mr. McClusky*. Quizá temía que no fuese, en definitiva, general y era mejor vivir con la ilusión. No era tonta.

—¿Cuánto dinero tiene? —preguntó.

—Es muy rico. Me compró ese abrigo... y las botas. Te compró un lindo regalo de Navidad.

—¿A mí? ¿A mí? —Asombrada, *Mrs. Walton* se llevó una mano al pecho y aferró su prendedor de zafiros.

—Y algo para papá. Es muy generoso.

—Muéstrame mi regalo. Déjame verlo. —Las pestañas rígidas, embadurnadas de cosmético negro, parpadearon con rapidez sobre los ojos llenos de codicia.

—Tendrás que esperar.

—Quiero verlo ya.

—No se puede, mamá.

Apagaron las estufas eléctricas que imitaban leños y también las luces del árbol de Navidad. El calor se desvaneció poco a poco en la casa. La niebla llegó en una masa desde la costa y penetró por puertas y ventanas.

—Tengo frío —dijo Ann al subir las escaleras.

—Qué disparate —repuso su madre—. No hace nada de frío.

Dicho esto levantó con energía la ventana del dormitorio, movió la alfombra junto al diván y abrió la cama tendida en él.

—¿No puedo cerrar la ventana? —dijo Ann.

—No, déjala abierta. Hay poco aire aquí.

En el dormitorio del fondo el capitán Walton tosió.

—Calla —le dijo su madre—. No despiertes a tu padre. Métete en cama pronto y apaga la luz. Y no dejes tu ropa esparcida por el suelo.

Ann miró su cuarto, las prolijas cortinas de tul, el cuadro en la pared, con dos gatitos sobre un almohadón. Sobre la mesa tocador había un canasto de costura que había usado cuando estaba pupila en la escuela. Era todo, aparte de la cama y una silla. Ni libros, ni muñecas, ni palo de *hockey* o raqueta de tenis. Toda su infancia bien guardada y ordenada.

Oyó a su madre abrir la puerta del armario de nogal, el ruido metálico cuando guardó su prendedor entre sus demás alhajas, el crujido de la tela plástica cuando guardó dentro de una bolsa el vestido para protegerlo contra la polilla, el breve ruido del conmutador cuando desconectó la frazada eléctrica, un ruido leve, grosero, de viento que escapaba.

Mrs. Walton abrió el paquete de William antes que ningún otro regalo. Acarició la piel y al mismo tiempo buscó la etiqueta. Ann la observaba.

—Es muy bonita —dijo, por fin, y la apartó. No pensaba devolverla, pero era obvio que no era tan costosa como había imaginado Ann.

En el fondo de su valija Ann había descubierto una cajita con su nombre en la tapa. Contenía una sarta de cuentas de ámbar y una tarjeta: «A mi querida, con todo el amor de William». Ann dejó el collar y la nota donde su madre no dejara de verlos. Cuando miró una hora más tarde, el collar estaba sobre la repisa de la chimenea. Junto a él estaban los restos de la tarjeta, rota en varios pedazos.

Vinieron la tía Bea y el tío Walter al almuerzo de Navidad. Todos se sentaron en el comedor con «*crackers*» junto al plato y la carne sobre el aparador. Había muy poco lugar. El cable para el cuchillo de trinchar eléctrico se extendía como algo para que alguien tropezara frente a la chimenea y las sillas estaban retiradas contra el fuego eléctrico. *Mrs.* Walton no cesaba de inclinarse hacia un costado para acariciar las patas pulidas y ver si no se habían chamuscado. El capitán Walton trinchó la carne, de pie, y a menudo se interrumpía para toser. Cada vez que tosía *Mrs.* Walton se levantaba de un salto y pulía la superficie empañada del aparador con su servilleta. Ann se había puesto colorete. Temprano en la mañana, se había despertado al amanecer en un cuarto lleno de neblina, hizo arcadas contra su pañuelo. Tenía gusto a sal en los labios.

—¿Pamela está, entonces, en Londres? —dijo *Mrs.* Walton, sin mostrar mucha curiosidad.

—Trabajando —repuso la tía Bea con tono defensivo—. Es recepcionista en un consultorio dental ahora. En Regents Park.

—Pero no puede ser... el día de Navidad...

—Tiene muchos amigos —dijo la tía Bea, mirando por el rabillo del ojo a Ann,

como para significar que no era el mismo caso el de ella.

—No quiero relleno —dijo el tío Walter— si les da lo mismo.

—¿Y cómo está tu novio? —preguntó la tía Bea—. El profesor.

—Está bien —repuso Ann—. Ha hecho amistad con un matrimonio que tiene una cabaña en las montañas. Cazan osos.

—Es ilegal —comentó Walter—. No es la época.

—Pues los cazan —insistió Ann—. O bien puede que me equivoque de animal.

—¿Has conocido a Richard Murdoch? —le preguntó él—. Durante tu trabajo, quiero decir.

—No —repuso Ann. Cada Navidad hacía la misma pregunta. Durante la guerra Walter estuvo en la RAF y en una oportunidad vio a Richard Murdoch en un extremo del salón durante un té danzante.

Mrs. Walton barrió las migajas de la alfombra y vació los ceniceros, a pesar de que no habían terminado aún de comer. Debajo de la mesa y de rodillas, se arrastraba con su pala y su cepillo.

La tía Bea admiró el bol sobre el alféizar, regalo de Ann a su madre.

—Hay una señora en el departamento de la planta baja de la casa de Ann —explicó Mrs. Walton— que es ceramista. Es muy artista.

—Es asombrosa la cantidad de artistas que hay —observó la tía Bea—. En Londres. Hasta hace poco Pamela vivió con una señora en Hampstead que hace baile moderno.

—¿En Hampstead? —repitió Ann.

—¿Qué diablos es el baile moderno? —preguntó Walter, algo grosero después de haber bebido.

—Es una mujer simpatiquísima. Muy culta. Yo hablé por teléfono con ella una o dos veces.

—No sabía —dijo Ann—. Suponía que Pamela estaba en Regents Park.

Walter se puso de pie de pronto y cantó el coro de *Much Binding in the Marsh*, tropezó con el soporte para revistas de hierro forjado y lo empujó hacia atrás en el hueco. La tía Bea lo hizo sentarse de un empujón en uno de los sillones y pronto se quedó dormido con la boca abierta. Sobre las rodillas, le temblaban sus manos.

Mrs. Walton encendió un cigarrillo y entrecerrando los ojos, miró a través del humo. Le cayó ceniza sobre el pecho. Miró entonces el escote de su vestido y con gran afecto se lo acarició con la punta de los dedos con uñas escuras.

«Si sólo fuese una hija adoptiva», pensó Ann. «Si pudieran decirme, ahora, en este momento, como quien hace un regalo extra, que no soy carne de su carne, sino diferente. Qué tranquila me sentiría». Era tan parecida a ellos. Tenía en cantidades iguales la reticencia de su padre, los instintos de vampiro de su madre. Ya su rostro, con rasgos como los de su padre, tenía grabado el carácter de su madre. No tenía más que arquear una ceja, encogerse de hombros. «Voy a tener un hijo», pensó y por poco no se ahogó con una monedita de plata dentro del budín de Navidad. Un bastardo.

Escucharon el discurso de la Reina. Su padre no hizo el saludo militar, pero estaba muy erguido en su asiento, mirando al frente, contemplando con aire estoico las cortinas de tul y el cielo gris detrás de ellas.

Más tarde dieron un paseo en automóvil por la costa, hasta un punto panorámico... en verano. En aquel momento el viento rompía a través del pasto aplastado y sacudía el automóvil detenido. Fueron caminando hacia la Punta. La tía Bea y *Mrs. Walton* volvieron casi de inmediato. Con gran trabajo, con las puntas de sus echarpes de cabeza golpeándoles los rostros indignados volvieron al automóvil, donde las esperaba Walter roncando con la cabeza contra una ventanilla. Sobre el nivel de la playa había una frágil estructura de peldaños de madera que llevaban al mar. Bajo el atronador ataque del viento se movía, chirriaba, se quejaba. El mar rompía contra las rocas, saltaba por los aires, retrocedía, dejando una franja de arena de color ámbar con encajes de espuma. El capitán Walton emprendió el descenso por los escalones. Iba aferrado a la barandilla de madera de resaca con las dos manos y su echarpe volaba detrás de él.

—¡No bajas! —le gritó Ann.

Él gritó algo como respuesta, pero ella no oyó nada. Era típico de su padre hablar con claridad cuando las condiciones atmosféricas la volvían a ella sorda. Ann fue detrás de él. Pensaba que tal vez a su padre le gustaría William. Los dos sabían tanto acerca de Napoleón, del desierto, de la vulnerabilidad de la tropa bajo el fuego. El capitán había desenvuelto el libro sobre campañas militares, acariciado el cuero, levantado los ojos sin comprender. En ningún momento preguntó quién se lo regaló ni leyó la inscripción en la contratapa.

Ann se agachó bajo la fina lluvia que se levantaba del mar, luchando por respirar. Por fin bajaron con torpeza desde el último escalón, saltaron a la playa y volvieron la espalda al mar que se aproximaba a ellos. Tenían la ropa húmeda. Casi de inmediato Ann sintió dolor de oídos. Agitó los pies sobre la arena varias veces y se aferró la cabeza. El acantilado se elevaba en capas paralelas y encuadraba el mar hacia el norte. Cuando bajaba la marea y el día era sereno, la gente solía tenderse allí en traje de baño a tomar sol. Los niños corrían como gatos sobre la arena húmeda, brincando con delicadeza con pies frágiles y delicados sobre las saliencias recalentadas de la playa.

—Afírmate bien —le gritó el capitán Walton y ambos se apoyaron contra el acantilado blanco hasta que el mar avanzó y los golpeó en la espalda. Él levantó los brazos sobre la cabeza en un gesto de rendición. Ann estuvo a punto de caer, succionada hacia atrás por el agua. Se sintió arrastrada en un arco hacia afuera, con su bebé dentro, y el corazón como una bomba que aspira la sangre. El mar se alejó. Estaban aún vivos, empañados y temblorosos. Su padre la condujo por los escalones en puntas de pie sobre las olas que retrocedían, con una mano insistente sobre el codo de ella. Subieron arrastrándose. Qué peligroso había sido. Ann se preguntó qué se había apoderado de él para impulsarlo a bajar a la playa. Podrían haberse ahogado.

Mrs. Walton estaba muda de irritación. Estaban ensuciando todo el automóvil y el agua goteaba sobre el tapizado. La piel de Ann estaba arruinada. Arruinada.

—¡Qué descuidada eres! —exclamó, sin dejar de tocar los hombros apelmazados, el cuello empapado. Había un olor químico, como de lavandina, en el automóvil, a pesar de estar ya en marcha. Qué trastornos habían causado, el gasto de la caldera para calentar baños, el secado de la ropa.

En el jardín melancólico Ann colgó el impermeable del capitán Walton en la cuerda y allí comenzó a mecerse, rígido por la sal, arriba del césped anegado.

Al día siguiente, después del almuerzo, *Mrs.* Walton se puso agresiva. Era un esfuerzo para ella tener a una hija adulta en la casa.

—¿Le escribiste a esa persona de los Estados Unidos? —preguntó—. Sobre esta otra... este escritor. —Daba la impresión de que se enojaría si recibía una respuesta negativa.

—Sí —dijo Ann—. Le he dicho que no puedo ir.

—Qué muchacha tonta —le reprendió su madre—. Podrías haber esperado hasta ver cómo venían las cosas.

—No pude —dijo Ann—. William no me lo permitió. Me dijo que le escribiera.

—Mi marido —comenzó a decir *Mrs.* Walton—, durante la guerra...

—Mi padre —señaló Ann.

—... intentó obligarme a que escribiera a mi amigo el artillero de cola. No lo hice.

—Pero al fin... —dijo Ann.

—Era muy distinto. Era la guerra. Le conté a mi padre todo...

—Mi abuelo —dijo Ann. No era tanto que estuviera tratando de definir relaciones como que quería que su madre fuera menos posesiva. Necesitaba que la incluyeran.

—... él dijo que no era asunto suyo.

Ann se preguntó si todo era siempre así. ¿Era algo sin fin elegir siempre la misma clase de gente para amar? Su abuelo, según parecía, había evitado, al igual que su padre, verse envuelto en nada. ¿Una vez barrida la gran familia victoriana, la amplia gama de tías, tíos y primos, se limitaba la elección? ¿Se marcha trabajosamente dentro de un círculo en espera de esa persona única que nos hace recordar a nuestro padre? ¿Pensaba William, en lo más profundo de su ser, que ella no era asunto suyo?

—¿Te entregaste a él? —le preguntó *Mrs.* Walton.

—Una sola vez —repuso Ann. Sonaba mejor limitar el número de veces.

—Me das asco —dijo su madre y apagó la estufa eléctrica.

—No la apagues —le pidió Ann—. Tengo frío.

—Qué disparate.

—Tengo frío. Nunca te detienes a pensar en otros. ¡Eres tan egoísta! —Ann estaba gritando.

—Pórtate como es debido —le dijo su madre con firmeza—. Porque estés viviendo una vida sin disciplina y en consecuencia de ello te sientas desgraciada, no

debes volverte contra mí. Te lo he dicho ya. Tú misma eres tu peor enemiga. —Los rizos en tirabuzón se levantaban sobre el rostro complacido. Las manos regordetas adornadas por anillo con brillante y reloj de pulsera de platino golpeaban rítmicamente la rodilla cruzada.

—Estoy helándome —lloriqueó Ann. Las dos lucharon con la llave del calefactor eléctrico, encendiendo, apagando, como dos niños. Ganó su madre.

—¿Por qué me rompiste la tarjeta? —se quejó Ann—. No tenías derecho.

—¿Qué tarjeta?

—Mi tarjeta. —Las lágrimas surcaban sus mejillas.

—Mi querida hija —le dijo su madre—. Necesitas algo para los nervios. Estás imaginando cosas. Hay algo que no anda bien en ti. —Al decir esto *Mrs. Walton* miró con ojos genuinamente preocupados el rostro triste, manchado por el llanto.

—William dice que has tratado de devorarme.

Hubo un silencio. Su madre tenía la mirada fija en el suelo.

—Si te conoce tan bien —dijo—, ¿por qué no ha mencionado casamiento?

—Es casado.

En el comedor, donde estaba dormitando en un sillón, el capitán Walton tosió.

—¿Por qué tose tanto? —preguntó Ann.

—Para llamar la atención —dijo *Mrs. Walton*—. Para llamar la atención —repitió, estirando las piernas sobre la alfombra. El calor del fuego se las había manchado y las pantorrillas mostraban un diseño purpúreo.

—William me quiere —dijo Ann—. Me quiere de verdad.

—Necesitas más que amor, hija. Cuando naciste, perdí todos los dientes.

—Lo sé —dijo Ann, llena de remordimiento—, pero William me quiere.

—El amor... —dijo *Mrs. Walton* con desdén.

—Le pedirá el divorcio a su mujer.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Tonterías.

—No te comprendo —le dijo Ann—. ¿No quieres que sea feliz?

—Vete al diablo.

No podía llamar por teléfono a William para decirle que llegaría un día antes, pues temía que la oyeran y la obligaran a quedarse. Cuando su madre se alejó cuatro casas más lejos a visitar a Aimée Hughes, Ann anunció a su padre que se marchaba.

—¿Sí? —comentó él—. ¿Pasó algo inesperado?

—Más o menos.

Se dirigió a la estación a la carrera y allí debió esperar el tren tres horas. Todo el tiempo miraba hacia el extremo del andén para ver si aparecía su padre, enviado por *Mrs. Walton*. No apareció. Cuando estuvo ya sentada en el tren, sólo recordó la

tibieza de la casa cuando llegó, los regalitos de la media colgada a los pies de su cama, la naranja envuelta en papel de seda, la *mousse* de chocolate.

Tomó un taxi a Nethersole Road. La casa estaba a oscuras, salvo por la luz en el vestíbulo de entrada. La bicicleta de *Mrs. Kershaw* estaba apoyada contra el armario. Tenía las ruedas embarradas y un farol nuevo en el manubrio. Metió la llave en la cerradura, dio un paso sobre el alfombrado verde y luego otros por las baldosas blancas y negras. La puerta del dormitorio estaba abierta y había un cuerpo, dos cuerpos, tendidos en la cama. Se detuvo con la valija todavía en la mano y se alejó hacia el rincón más alejado del *living-room* a encender la luz. Se oyó un leve ruido en el vestíbulo, como si alguien hubiese salido y un rumor en el dormitorio. El geranio sobre el alféizar estaba casi marchito, con los tallos caídos. Entre las hojas pálidas y arrugadas la miraba Dennis Law. Sonó el timbre. Era William.

—¡Tú! —dijo—. ¿Por qué no me dijiste? —preguntó luego, abrazándola y apretándole la cabeza contra un hombro.

—Hay alguien en el dormitorio —susurró Ann—. Un hombre y una mujer. Creí que eras tú.

William se mostró sorprendido. Después de hacerla sentar en el sofá entró en el dormitorio, donde Ann le oyó decir:

—Ah, es usted, *Mrs. Kershaw*. ¿Sucede algo?

Y *Mrs. Kershaw* repuso:

—Hay una gotera. En el techo. Roddy me pidió que viera los daños.

Seguidamente entró en la sala con la bata de siempre, atada en la cintura con una cuerda y el pelo corto en desorden. Una de sus sandalias tenía un pegote de arcilla. La conversación giró alrededor de Navidad, regalos. Ann contemplaba el dibujo de la alfombra. Tres franjas, un espacio... a su madre le encantaba el bol de cerámica... otras dos franjas, un espacio... su madre se había quedado muda con la estola de piel... tres cuadrados grandes, cada uno con un borde repetido en bandas alternadas de marrón rojizo y azul. Qué dibujo complicado. Su padre había leído el libro sobre campañas militares desde el principio hasta el fin. Su falda, caída en pliegues sobre las cañas de sus botas negras proyectaba una gran sombra morada. En la sombra veía dos siluetas, o... ¿era una sola? William y Pamela. Bien, ¿por qué Pamela? William acababa de llegar y *Mrs. Kershaw* había estado examinando el cielo raso en busca de humedad. A oscuras.

—No me gusta ya este lugar —dijo en voz alta.

William le desprendió el abrigo, le quitó las botas. Habían dejado de ser negras y flexibles. El mar las había desteñido. Seguramente no eran de cuero genuino. William siguió hablando de la Navidad, de los paseos hechos con sus chicos en Hampstead Heath, de haber remontado un barrilete, empujado un perro con rueditas. En medio de todo esto, *Mrs. Kershaw* bajó a su departamento. Un instante estaba allí y al siguiente

había desaparecido de su silla, como si nunca hubiese estado presente. Ann miraba a William acariciar la superficie de su abrigo arruinado.

—Se me cayó al mar —dijo ella.

—No importa. Lo haremos arreglar.

—Creí que era Pamela.

William le tocó la mejilla.

—¿Qué pasa, chica? —preguntó—. Estás nerviosa. Nunca te dio por imaginar cosas. ¿Qué te duele?

Ann frunció el ceño.

—¿Es el chico?

Ann agitó la cabeza y le dirigió una sonrisa fugaz para indicar que el chico era algo maravilloso y anhelado de todo corazón. Volvió a ponerse hosca, con la boca caída. Al cabo de un momento dijo:

—No soy tonta, ¿sabes?

—No —convino él—. No eres tonta.

Abrió la boca para repetir que lo había visto en la cama. Tenía el pulgar casi dentro de la boca.

—Mi madre fue mala conmigo. Y mi padre, también. Saben que me pasa algo —dijo mirándolo con ojos acusadores.

—¿Les dijiste acerca del bebé?

—¿Qué quieres decir? —le indignaba la estupidez de William—. ¿Cómo iba a decírselo? Mi madre está furiosa conmigo. Le dije que tú eras casado y ya eso fue bastante. Apagó todas las estufas de la casa. Estuve congelada.

William observó:

—Pero, ahora hace calor.

—Me preguntó por qué no hablabas de casamiento.

—Ah —comentó él.

Dejó de acariciarle la cara y se sentó en cuclillas, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, con las manos rozando la alfombra. No dijo nada más. En toda la casa no se oía un ruido, ni aviones en el cielo, ni perros ladrando en los canchales de césped. La falta de conversación, de palabras, era como un gran precipicio que hubiese surgido en el suelo. No había nada, salvo tinieblas.

—¿Diste buenos paseos con los chicos? —preguntó ella. Cualquier cosa, con tal de alejarse de ese precipicio.

—Ann —le dijo él—. Lamento que tu madre esté enojada porque soy casado. Si te hizo sufrir por culpa mía, lo siento. Te he defraudado. —William se mostró profundamente grave, maduro y Ann se sintió conmovida. No pensaba perdonarlo de inmediato, pero la verdad era que se sentía más contenta.

—En cambio —dijo William con el labio inferior saliente y el ceño fruncido—, si estás dolorida por ti misma, no puedo ayudarte. —De pronto cerró la boca como si fuera una trampa.

Ann lo miró desconcertada.

—No tiene nada que ver con tu madre que tengas una relación con un hombre casado —prosiguió William—. Que se sienta preocupada, bien. Pero no tiene nada que ver con ella. Eres una mujer grande. Tener un bebé tampoco tiene nada que ver con tu madre. Por lo menos, con la clase de madre que tienes.

Ann se sintió helada en su interior ante la implicación de que había pintado a su madre como un monstruo. Era como si ella estuviera en el cuarto contiguo, escuchando cada palabra que hablaban.

—Tiene que ver —insistió—... la vergüenza...

—La vergüenza la sentirá ella —dijo él con tono tranquilo, moderado—. No tú. Era como en una de sus comedias.

En el cable de la luz eléctrica había un nudo que Ann no había advertido antes. Las hojas amarillentas del geranio marchito estaban esparcidas sobre el alféizar de la ventana. William había sacado las lamparillas del artefacto porque decía que la luz era demasiado cruda.

—No quiero decir vergüenza —murmuró.

—Sí, sí —dijo él—. Quieres decir vergüenza. —De un instante a otro comenzaría a hablar del polvo—. Y no te culpo. Has llevado una existencia bastante poco realista. ¡Ves las cosas diferentes del resto de nosotros!

—Sé bien qué vi allá —exclamó Ann, sacudiendo la cabeza en dirección al dormitorio—. Lo sé. Y que no hayas mencionado que tenías otra mujer y que toda esa gente te llame por teléfono todo el tiempo y tú hables en voz baja.

William se puso de pie de un salto y apretó los puños.

—Ann, Ann —dijo con aire pesaroso—. Créeme, está todo en tu cabeza. No soy así. Has vuelto a inventarme.

Ann seguía sentada, mirándolo. Tenía una expresión en la que vagaba una sonrisa incierta y melancólica.

—No soy tu hombre de los Estados Unidos. No soy tu madre. Soy yo —y al decir esto William se golpeó con un puño el frente de su suéter desteñido mientras la miraba con resentimiento.

—Estoy embarazada —dijo ella. Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas y la boca se le curvó en un gemido de desesperación.

—Yo no te forcé —le señaló él—. Yo no entré aquí contra tu voluntad. Conociste a mi mujer, me dejaste entrar por esa puerta.

Tenía un brazo extendido para señalar la puerta hacia el vestíbulo, la puerta del departamento, pero todo lo que Ann veía era el dormitorio rosado que él le había arruinado para siempre.

—No me gusta esto —repitió con obstinación.

Lloró mucho tiempo. William se paseaba. La tuvo entre sus brazos. La arrastró hasta el suelo y le hizo el amor. Las lágrimas nunca dejaron de fluir. La levantó e intentó llevarla al dormitorio, pero ella se resistió y cayó al suelo, volviendo al sofá,

como si hubiera fieras salvajes allí, en el dormitorio rosado, en una época tan bonito. Se sentía mejor mientras gemía y hacía aquella escena. A veces se veía obligada a pensar en algo horrible como, por ejemplo, que a su madre la destrozaba un ómnibus, para que siguieran brotándole las lágrimas. Estaba tan cansada, se acurrucó en el sofá y él se agazapó en el suelo con una mano de ella entre las suyas, diciéndole que todo lo había imaginado, que las cosas malas no eran reales, que todo era hermoso.

—Ya lo sé —gimió Ann, casi dormida. Dormitó. Vio a Pamela de pie en el extremo de la planchada de un barco, agitando una mano—. Pamela está viviendo en Hampstead —dijo con voz muy fuerte, abriendo los ojos y tirando del pelo de William—. Con una mujer que hace danzas modernas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, la voz confusa de sueño.

—Esa vez que vino —dijo ella—, cuando era su cumpleaños. Brincando por el cuarto con esas tontas zapatillas de *ballet*.

Se quedó dormida y cuando se despertó durante la noche, William estaba en la cocina, con la cabeza contra un paquete verde atado con cinta y una mejilla pegada a la superficie esmaltada de la mesa.

—Quiero irme de aquí —dijo Ann—. Odio este lugar.

En aquel momento William mostró firmeza. La acostó sobre el diván y le acarició la frente, mientras le cantaba «El Verde Roble» en voz baja, una y otra vez.

William creyó que ella hablaba en serio. Se puso a buscar otro departamento.

Durante el día, cuando él no estaba, Ann se acostaba en la cama doble y descansaba. Cuando oía sus pasos en la escalera se levantaba de un salto y se ocupaba en la cocina. La afeitadora eléctrica, siempre envuelta en su papel verde, se quedaba allí, en el centro de la mesa, como una aceitera o un florero. Ann le reprochó la muerte del geranio.

—Lo dejaste morir —le dijo amargamente—. Prometiste regarlo.

—Jesús —exclamó él, exasperado—. No era más que una planta.

Encontró un departamento en Regents Park, aunque no podrían mudarse a él hasta dentro de dos meses.

—Te gustará —le dijo—. Está en la planta baja y hay un jardincito donde podrás poner al bebé en el cochecito.

Ann no sabía qué decir. Como habría dicho su madre, había volado con su propio petardo. Debió encarar a *Mrs. Kershaw*, de modo que bajó la escalera y golpeó la puerta.

—Me voy —le dijo—. Me voy... pronto.

—Sí... —repuso *Mrs. Kershaw* usando un giro escocés—. Lo sé. Me lo dijo William. De todos modos hay trabajo que realizar en el techo. —Mientras hablaba jugueteaba con la cuerda que fruncía su blusa gitana—. Tendré que cambiar el cielo raso.

Ann miró los recipientes de cerámica, el árbol muerto contra la pared. Alguien había escrito la palabra paz en la parte interior de la puerta. Miró a *Mrs. Kershaw* a los ojos y *Mrs. Kershaw* desvió los suyos.

—Quizá, querida Ann —dijo— sea mejor así. Roddy está un poco enojado con William. Pienso que William te lo habrá dicho.

—No —repuso ella—. ¿Es por la bicicleta?

—Roddy y William tuvieron un encuentro. William pensaba ir al *Northern Star* la noche de Navidad con Eric.

—No lo conozco —dijo Ann.

—Es el amigo de Roddy. Es muy joven, muy emotivo. William nunca le preguntó a Roddy si tenía inconveniente.

Ann sonreía. Era maravilloso imaginar a William la noche de Navidad, saliendo con alguien llamado Eric. Podría haber salido con Edna, o Sheila, o Moira... había tantas mujeres en el mundo... pero había salido con Eric.

—Bajó con un saco de *tweed*.

—Es nuevo —le dijo Ann—. Tiene sombrero de la misma tela.

—No vimos el sombrero —dijo *Mrs. Kershaw*—. Sólo el saco. Verás, Roddy perdió un paquete hace un tiempo. Un amigo en Irlanda le mandó *tweed*. Roddy eligió personalmente la tela de unas muestras. Se lo tejieron especialmente. Por casualidad William encontró la tela en la mesa del vestíbulo. Se lo llevó a un sastre que conoce.

—¿Encontró? —repitió Ann.

—Ese fue ni más ni menos el tono de voz de Roddy —dijo *Mrs. Kershaw*—. Derribó a William.

—¿Lo golpeó? —dijo Ann. Estaba aterrorizada.

—¿No lo notaste? ¿No notaste el ojo?

Ann no lo había notado. El caso era que la cara de William nunca era la misma. Cambiaba a diario, como su ropa.

—¿De verdad estaba mirando el cielo raso? —preguntó. Si William y Roddy se habían ido a las manos, si William había robado a Roddy su corte de *tweed*, en tal caso era posible que *Mrs. Kershaw* llegara a decirle la verdad.

—No volveré a alquilar el departamento por un tiempo —le dijo *Mrs. Kershaw*—. Por lo menos, hasta que haya hecho arreglar el cielo raso.

Ann volvió a dormir en el dormitorio. El vientre se le hinchaba poco a poco. Compró una botella de aceite de oliva y la puso en lugar visible, en el estante arriba de la cocina. William lo usaba para freír los huevos para su desayuno. Nunca mencionó las posibles marcas en la piel del abdomen. Habían postergado la gira por las provincias otras seis semanas. Estrenarían la obra en el Teatro Palace de Newcastle. Le dijo a Ann que debía ir a Liverpool cuando el reparto estuviera bien asentado.

—Pero ¿por qué no puedo ir a Newcastle? —preguntó ella.

—Estarías en el medio de esta mudanza. Alguien tendrá que estar aquí cuando llegue la gente para conectar el gas —le dijo él con gran sentido común.

Habló por teléfono un norteamericano, quien dijo llamarse Chuck von Schreiber. William había salido.

—Soy su mujer —le dijo Ann. Nunca lo había dicho antes.

—Oye, mi amor —le dijo Chuck—. Dile a Willie que necesito saber de él. Dile que puede ponerse en contacto conmigo en Brown's Hotel.

Cuando le dio el mensaje a William, éste se mostró entusiasmado al principio, pero después de haber hablado con el norteamericano dio la impresión de estar deprimido.

—Es un bandido cualquiera —dijo—. Nadie especial. Cree que le gustaría llevar mi obra a los Estados Unidos.

Ann recordó los sueños en que veía a William partir de aeropuertos y muelles.

—Supongo que se la llevará —dijo—. Bandido o no. Si no es él, será otro.

Se preguntó si osaría escribirle a Gerald, una carta escrita exclusivamente por ella, diciéndole que estaba comprometida y que se casaría. Habían sido buenos amigos, ido al teatro juntos, una vez, a un concierto en Albert Hall. Si sus sueños se equivocaban y era ella quien saludaba entre las sombras, iría a ver a Gerald en los Estados Unidos y comerían juntos los tres. Sin embargo no le escribió, porque William había roto las dos cartas y no pudo encontrar los pedazos en el cajón de su escritorio.

Hacia fines de febrero se prepararon para mudarse al nuevo departamento. William estaba más tranquilo porque visualizaba ya el escenario y su obra montada en él, con decorados y auditorio y telón que subía y bajaba. Había dispuesto que un camión chico recogiera la ropa y los libros, los cuadros y la alfombra rosada de Mrs. Walton. El único moblaje que les pertenecía era el diván, el escritorio y el ropero en el vestíbulo. William le dijo que no se preocupara, que ya encontrarían mesas y cosas antes de viajar él a Newcastle. Ann debía dejar todo en sus manos.

Hacía buen tiempo. En los sicomoros había ya brotes y el arbusto de retama junto al cerco estaba cubierto de flores amarillas. William dejó su sobretodo y se puso un saco nuevo procedente del armario del vestíbulo, un saco a cuadros marrones y blancos, con solapas angostas y forro de seda labrada.

Estaba por ir al salón donde ensayaban en Euston. Dijo que no volvería tarde, pues quería ayudar a Ann a hacer los preparativos de último momento. El camión debía llegar a las nueve de la mañana del día siguiente.

Cuando se fue, Ann lavó la vajilla que le pertenecía y la puso en una caja de cartón que llevó al rellano de la escalera. Encima colocó las sábanas limpias. Ató sus libros formando bultos asegurados con cuerda y los dispuso junto a la caja de cartón. Dentro de una valija, con algunas de sus ropas, guardó el odiado reloj eléctrico, la marmita y la afeitadora, siempre envuelta en su papel de Navidad.

Bajó a Dennis Law y a Samuel Palmer de la pared. En la parte posterior del marco del jugador de fútbol estaba escrito: «A mi William, de Edna». Cuando miró detrás de Samuel Palmer no halló nada escrito. No se atrevía a vaciarle el escritorio. Ansiaba revisarle el cajoncito secreto, pero carecía del valor necesario. Aquello le hacía recordar demasiado a su madre.

A mediodía fue a Finchley Road e hizo compras. Obedeció a un impulso del momento y entró en una peluquería a preguntar si podrían lavarle la cabeza y peinarla. Creía que estarían demasiado ocupados, pero le cubrieron los hombros con una toalla y la ubicaron junto a un lavatorio. No se había lavado bien el cuello, lo cual le preocupaba. Debajo del secador se puso de color escarlata y le ardían las orejas. Una hora más tarde salió con ondas duras en el pelo y una leve erupción en el pecho. Con la cabeza inclinada y su bolsa de compras cargada corrió colina arriba, desesperada por temor de encontrar a William. Una vez en casa puso la cabeza bajo el agua fría y con el pelo chorreando mojó la alfombra. Mientras se alisaba el pelo hablaba sola. Hace más de un año que nos casamos... sí... nos conocimos en la sala parroquial... no, no había estado allí antes. Sí, me encanta. Ann dirigió una gran sonrisa a todo el ámbito del cuarto. Ah, significa tantas cosas, ser la mujer de un famoso escritor... viajes... amigos interesantes... sí, diría que mi vida se ha enriquecido. Se quedó con la cabeza inclinada hacia un lado, con el peine enredado en las mechas de pelo, inmóvil. Él me hace sentirme viva... he crecido en muchos sentidos.

Nunca veía a Olive ni a *Mrs. Kershaw* ni a sus amistades de Bush House. No tenía cartas de su novio para leer. Se iba del departamento en el cual había vivido seis años. Pamela no iba ya a quedarse con ella.

—Es como si —dijo en voz alta, hablando ahora para sí— en realidad no estuviera aquí. En mi interior me ha pasado algo raro. Me han ocupado, me han confiscado.

Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín debajo. *Mrs. Kershaw* estaba inclinada sobre el césped, cavando la tierra con energía y utilizando una azada. Ann sabía que no debía ir a acostarse. Podría volver William y decir que era haragana. Nunca había dicho nada semejante, por muchas veces que la encontrara dormida en el sofá, pero no olvidaba ella tampoco los términos en que había descrito a ella y a Gus como los dos seres más holgazanes que conocía. Tampoco había desechado de su mente el cargo que le hizo él de que ella había inventado alguien que no era él. En verdad se sentía irreal. Se quedó despierta hasta las nueve y se durmió mirando televisión.

A las once se despertó y apagó el televisor. Miró la comida en el horno. La fuente de horno se había resecado y las papas cayeron al suelo como piedras ennegrecidas.

Esperó largo tiempo. Allí estaban todas las ropas de él que había que ordenar, sus libros. Se sentó en el alféizar de la ventana del dormitorio esperando ver el taxi al bajar por la colina de Hampstead.

A las cuatro bajó en puntas de pie a la planta baja y llamó por teléfono a Edna. Marcó el dial con mucho cuidado, por creer que quizá el aparato sonaría así en forma menos ofensiva en el otro lado. Después de largo rato, respondió Edna.

—¿Sí?

—Perdone. Habla Ann. ¿Está William allí?

—No, no está.

—No sé qué le ha pasado.

—No creo que esperes que yo te consuele.

Ann empezó a lloriquear. Intentó dominarse.

—Perdone... Pensé que...

—Son los ensayos finales —le dijo Edna—. No tiene horarios de empleados públicos —dicho esto cortó la comunicación.

A las ocho llegó William, pálido y extenuado. Llevaba puestos, cosa inexplicable, pantalones de corderoy y un suéter escocés con dibujos. Ann estaba en el rellano apilando los cuadros y la valija. William la besó en los labios.

—¡Jesús! —dijo—. Qué noche.

—¿Anduvo mal el ensayo? —le preguntó Ann, haciendo lo posible por mostrarse interesada y razonable.

—Calla. El ensayo marchó muy bien. Almorcé con ese bandido de von Schreiber...

—¿Con Chuck? —le dijo Ann con severidad.

—Sí, con Chuck. Comimos caracoles en un lugar que él conocía en Wardour Street. Me dio dolor de muelas. Nunca tuve tanto dolor de muelas. Fui a ver al dentista.

—¿Qué dentista?

—Un tipo que me recomendó alguien. Me dio gas. Cuando volví en mí, estaba golpeándome la cara, dándome de bofetones. Y me vomité encima de los pantalones, del saco, de las medias, por el suelo...

—Qué horror —comentó Ann. Le habría gustado mirarle el interior de la boca para verificar. Se preguntó si acaso no le sería posible besarlo de pronto y meterle la lengua para ver si tenía nuevas obturaciones. No, no podía soportar tocarlo en aquel momento.

—Tuve que comprarme ropa —prosiguió él—. El dentista tiró a la basura todo lo que tenía puesto. Volví al ensayo y me bañé en la estación de Euston. Andy me hizo dormir en un rincón del escenario. Me desperté hace sólo una hora. —Al decir esto bostezó.

Apilaron todo en el camión y se sentaron adelante, con el conductor. *Mrs. Kershaw* no salió a despedirlos. El ropero seguía en el vestíbulo. William rodeó con un brazo a Ann y ella no se animaba a apartarse por temor de que se cayera por la puerta.

El nuevo departamento estaba en Crescent Street, no lejos de Regents Park y

consistía en un cuarto grande y un dormitorio pequeño. Había un patio en el fondo, separado del resto del espacio abierto, pavimentado con pizarra y con una hilera de macetones llenos de arbustos. La cocina estaba en el *living-room* y el baño sobre una escalera. Todo estaba pintado de blanco.

William colgó sus sacos y sus trajes dentro del armario empotrado y apenas quedó espacio para el vestido celeste y el abrigo de Ann. Ella no pudo dejar de advertir que faltaba el sobretodo, el saco de *tweed* y la bata de seda. Desde las ventanas al frente alcanzaba a ver las casas de la acera opuesta, los chicos jugando en la calle, los faroles que se fundían en una curva de acero por encima de la curva del pavimento.

Había una sorpresa, según le dijo él, en el dormitorio.

Ann hallaba que le sobraban las sorpresas para el resto de su vida, de manera que fue a mirar con cierta resistencia. Apoyado contra una pared había un cochecito color crema con adornos cromados y con la capota envuelta en papel celofán. Tenía un cesto de compras debajo.

—Eso es bien útil —comentó.

Y William puso un paquete de té y sus zapatillas en el canasto y le hizo pasear el cochecito por el cuarto.

Ann no tenía sensaciones. Estaba vacía, ausente. En blanco.

No había tenido tiempo de comprar muebles. No había sillas ni mesa. Tomaron té y comieron tostadas, sentados sobre las valijas junto al escritorio de William. El cochecito estaba allí, con sus guardabarros relucientes y sus ruedas blancas, en el centro del cuarto blanco. Ann respiraba pausadamente, sentada en la valija aplastada bajo su peso, masticando su tostada con manteca.

Al día siguiente William se fue a Newcastle.

La obra, a pesar de haber contado con escaso público, recibió buenas críticas en la prensa local. William envió a Ann copias de los diarios. Ann no las leyó hasta el fin. Chuck von Schreiber había viajado desde Londres para ver el estreno y en definitiva no parecía ser tan bandido.

William decidió volver a escribir una de las escenas en el inquilinato y suprimió una escena hacia el fin en la cual el chico estaba en el cementerio contemplando la tumba de su madre. Ann vio entonces que la madre debía de haber muerto en mitad de la obra. Y ella no había reparado en que era una tragedia.

William dijo que no había tiempo para volver a Londres antes de viajar a Liverpool. Ann debía tener paciencia, tomar sus vitaminas y esperar hasta que él la llamara desde Liverpool, tan pronto como estuviera instalado. Entretanto debía lustrar los muebles, lavar las alfombras y preparar el nido para el chiquito. William la quería. Era su pastorcito que tocaba la dulzaina. Ann ni se tomó el trabajo de buscar esta palabra en el diccionario.

Clínico, desnudo, salvo por el escritorio y los platos y tazas en el escurridor junto a la pileta, el cuarto blanco la rodeaba. Después de haber cubierto el cochecito con una frazada, solía salir del dormitorio y pasar varias horas por día en el patio, envuelta en su abrigo de piel, contemplando la hilera de arbustos. En una ocasión una mujer del departamento de arriba la llamó. Ann fingió no oír... Había sido bien amigable con *Mrs. Kershaw* y... pensar adónde la había llevado.

Cuando William le mandó el dinero para el pasaje a Liverpool y un horario de trenes, se sorprendió. No había creído que él pensara en serio llamarla. Le escribió, pues, y le dijo que era mejor para ella quedarse donde estaba. William le mandó una serie de telegramas en las que le manifestaba su reproche y su amor, *TE NECESITO, ¿QUÉ PASA?* Al cabo de unos días Ann volvió a escribirle con mayor detalle. No podía ir por sentirse como se sentía. Había demasiadas cosas sin explicar. No le gustaban los misterios. Reconocía ser rara y suspicaz, pero todo lo que había sucedido sonaba tan absurdo, la indisposición en el consultorio del dentista, haber perdido toda la ropa, etc., etc. Nunca había conocido a nadie a quien le pasaran cosas como estas. Sin duda el dentista había abusado al arrojar a la basura el saco y los pantalones nuevos. Bien podría William haberlos mandado a la tintorería. ¿Y qué se había puesto entre el momento en que salió del consultorio del dentista y el de comprar los pantalones de corderoy?

William le mandó otro telegrama con un conciso *TE NECESITO*. Ann no repuso. Se quedó en casa, pensando en sí misma como en un ser semejante a un caracol, semejante a las hojas de los arbustos del patio, enroscada dentro de un caparazón, inmóvil.

Fue su madre quien produjo el cambio. *Mrs. Walton* había llamado por teléfono a

Nethersole Road, donde *Mrs. Kershaw* le dijo que Ann se había mudado sin dejar número de teléfono. Llamó luego a la BBC, donde le dijeron que *Miss Walton* había renunciado antes de Navidad. *Mrs. Walton* le escribió recriminándole su falta de decencia. Le habían dado una educación excelente y un ambiente familiar estable. Habían hecho sacrificios por ella, renunciando a vacaciones, a un automóvil más grande. No tenía derecho a abandonar su empleo sin haberla consultado primero. Todos los años pasados luchando por arreglarse con menos, privándose de cosas. Dios sabía que no fue fácil. Había cosas que podría mencionar, de ser tan egoísta como Ann. Y lo que más la hería era el engaño. Ann le debía algo..., sí, le debía. Quería saber en qué andaba Ann.

La carta era una arenga tan llena de orgullo y de espíritu posesivo que Ann se quedó anonadada. No se mencionaba afecto, ni el estado de salud de su padre, ni el estado del jardín, ni la Sociedad de Catadores. No se mencionaba nada, salvo el derecho divino de *Mrs. Walton* de ser el centro del universo. La carta terminaba así: «Muchacha tonta. No pienses que iré corriendo cuando tu hombre soñado te abandone».

Ann dejó caer la carta al suelo. En el dormitorio, miró el cochecito. Arrancó la envoltura de papel celofán y se quedó sorprendida al ver en la capota un pequeño rectángulo con un cuadrado de plástico transparente a través del cual podría ver en el futuro, cuando lloviese, a su bebé dormido. Hizo el desayuno, meció el cochecito con una mano mientras comía su tostada. Miró el horario que le había mandado William. Si salía en aquel momento y se compraba ropa, podría estar con él a la hora de la cena. Le mandó un telegrama a las nueve y media: TOMO EL TREN DE LAS DOS. BAJO EN CREWE. TE QUIERO. TU CHICA TONTA.

Se compró un traje gris en forma de túnica. No tenía aspecto de embarazada, ni aun vista de perfil. Le quedaría bien con su abrigo gris, que todavía le entraba. Se compró medias de color morado y zapatos de charol del mismo color. Sintió ganas de contarle a la vendedora acerca de William, de lo hermoso, lo inteligente que era. Y sintió terror al pensar que casi pudo haberlo perdido.

Se lavó el pelo y se lo secó sentada en el patio. Cuando vio a la mujer asomada a la ventana de arriba, agitando un trapo amarillo, la saludó. Sólo cuando movía la cabeza de un lado a otro en la brisa debía contener la respiración. El bebé comenzaba a ocuparle el espacio debajo de las costillas.

Todo lo que se refiriera a aquel viaje era algo que estaba decidida a atesorar en su mente para que le durara el resto de su vida. No debía olvidar nada, ningún detalle del paisaje ni grupo de edificios vistos desde la ventanilla del tren que la llevaba volando hacia William. Le contaría a su hijo cuando éste fuera un hombre o una mujer. Antes de nacer tú, le diría, tuvimos un desacuerdo, tu padre y yo, y nos separamos. Después él me dijo que fuera a donde él estaba y yo fui a la estación de Euston con un vestido

gris nuevo y tomé el tren hacia el norte.

Estaba tan absorta visualizando la escena junto a su hijo crecido, que no reparó en el paso por el borde del Támesis, ni en la pendiente de Primrose Hill, donde William paseaba con sus hijos. Su propia madre y su padre nunca hablaban de aquellos días primeros de su amor, los días de los bombardeos de la guerra, cuando el capitán Walton disfrutaba de la vida. Nunca los había visto besarse, tomarse de las manos, acostarse juntos en la cama. Sólo en fotografías... la del casamiento, los dos solos, el capitán Walton con la gorra debajo del brazo y su madre sonriente con su vestido de hombros anchos, el pelo enrollado arriba de las orejas, un sombrerito inclinado con un velito como una voluta de humo... detrás del cual los ojos miraban con ansia, brillaban de alegría. Y otra imagen de sus padres durante la luna de miel, sentados en reposeras en Torquay, aferrándose mutuamente, los rostros vueltos hacia la cámara, sonriendo con expresión inescrutable para mostrar al bebé cuando llegara.

Advirtió que un hombre de edad, sentado frente a ella, dormía profundamente con las piernas decorosamente cruzadas. Tenía una marca de frutilla en la cara. No tenía por qué preocuparse... ya no sucedían esos tipos de marcas. De suceder, se las borraba de inmediato, tan pronto como había nacido el niño.

El tren aminoró la velocidad. Detrás de un cerco de oxiacanto un hombre cabalgaba un robusto caballo por un sendero. Gordo y retozón, el animal agitaba la cola, bajaba la cabeza al oír el rodar del tren. Nunca había vivido Ann tierra adentro, lejos del mar. Viajaba por un vasto terreno desnudo, un basural de prados multicolores llenos de establos derruidos de latón herrumbrado, de gallineros, de vacas abultadas echadas bajo un cielo pálido. Qué sucias eran, aquellas vacas, salpicadas de barro seco, rumiando con aire hosco. Qué desorden reinaba allí, en el campo fracturado y desgarrado, surcado de canales descuidados, con neumáticos flotando en el agua espesa y verde, casas rodantes, tractores viejos, arbustos blanqueados por la cal de una cantera abierta en el suelo, ovejas amarillas pastando, elevándose sobre una franja de campo mojado, muy altas en el espacio sobre los cables de telégrafo al descender el tren colina abajo.

Le diría a William que no había tenido intención de exigirle nada. Por muchas que fueran las veces que no alcanzaba a comprender sus actividades, sus tortuosas peripecias cotidianas, no sería posesiva. William no le debía nada.

Recordó haber estado, cuando era niña, en casa durante las vacaciones y que un amigo de la familia llamó por teléfono para llevarla a ella y a su madre a pasear en su automóvil. Se detuvieron en un salón de té en Lewes y comieron masitas de crema con mermelada que salía por los costados. El hombre, atildado y moreno, le quitó a su madre la piel de zorro que llevaba sobre los hombros. Las uñas pintadas de ella, como garras, se curvaban sobre el asa de la tetera. El mentón redondeado formó un segundo pliegue cuando dejó escapar esa risa aguda e insinuante. Besó a Ann varias veces, llamándola queridita de su madre y le comentó al hombre atildado que era la muchachita más lista del mundo. Cuando volvieron a casa su madre se quitó el

sombrero osado, la sonrisa, el vestido floreado. Se quedó allí, preparando con gesto severo la cena, y la boca de labios finos fue borrándose a medida que desaparecía el lápiz de color escarlata. ¿Era por eso que se enojaba tanto cuando Ann mencionaba a este hombre, o este otro... a Gerald o a William? ¿Temía, acaso, que la muchachita más lista del mundo tuviera que pelar papas toda su vida para alguien que no era el hombre?

El tren volaba por los rieles, atravesando condados. Los campos volaban: negro, marrón, púrpura suave. «William, William, William» iban diciendo las ruedas sobre los rieles arriba del ripio y de las piedras. En aquel momento otro tren rojo oscuro, sacudiéndose, surgido de la nada, meciéndose junto al vagón de Ann, con gente tomando café, sosteniendo las tazas con las dos manos para controlar el movimiento, pasó, quedó atrás, desapareciendo con sus sacudidas en la distancia. Más campos, surcados por el arado, relucientes con charcos de agua de lluvia. Una iglesia incrustada en enebro y laurel. Caballos al galope, hombres cortando leña.

El tren se detuvo en Wolverhampton. El viejo despertó y quitó la envoltura a un cigarro. La marca en su mejilla era de color púrpura oscuro. William tenía un lunar en la espalda, debajo de un omóplato. Cuando sonreía mostraba los bordes de la dentadura. El esmalte era fino. Según decía tenía que ver con falta de calcio durante la infancia. Lo mismo pasaba con los pies. Descuidados. Dedos vueltos hacia adentro, con garras, por culpa del calzado ordinario heredado de Charlie Clinto, Andrew Baines y el chico que vivía dos pisos más arriba en la casa de vecindad y cuyo nombre no recordaba.

Sintió pena de no haber traído con ella los diarios que William le había mandado. Podría haber leído las críticas. Sin duda él sabría comprender, no obstante, cuando Ann le contara que había sentido un frío glacial en su interior, que había estado resentida. Todo esto revelaba amor, aun cuando fuera un amor equivocado.

El tren se alejó de la estación para internarse en un páramo de galpones de depósito y de redes secundarias de rieles. Sabes, William, iba ella explicándole todo en su cabeza, tuve tantas sospechas de ti que no pude creer que hubieses ido al dentista y estado enfermo allí. Ya sé que suena como una tontería.

Sin embargo, ni aun en aquel momento le sonaba aquello como una tontería. Seguía atormentándole la mente aquel asunto de la ropa arrojada a la basura y del trayecto en cueros hasta la sala de ensayos.

Frente a la ventanilla se deslizaban jardines, terrenos alquilados para el cultivo, cercos hechos con puertas, casuchas de chapa acanalada, cobertizos para trasplantar almácigos, invernáculos con vidrios rotos, dos mujeres arrojando repollos dentro de un cochecito de bebé destrozado.

Nunca le había agradecido el cochecito. Además lo había herido, estaba segura de ello, cuando con tan poca caridad mandó a Pamela a vivir a otra parte. Las vacaciones planeadas por William... qué feliz estaba cuando les mostró los prospectos, hablando de Barcelona durante el invierno benigno. Y ella le puso obstáculos. Con todo, en lo

más profundo de su ser le alegraba que todo hubiese quedado en la nada.

El viejo del rincón dormitaba otra vez. Le colgaba el cigarro de los labios. Era extraño cómo en los dos extremos de la vida la gente dormía durante el día. Su padre dormitaba por la mañana y por la tarde. De pronto los ojos del capitán, en mitad de la lectura del diario o de un libro de temas militares, se cerraban y la cabeza se le ladeaba y el mentón se le aflojaba, como si fuera víctima del gas. Cuando se retiraba de noche se quejaba de haberse despertado antes del alba. Los dentistas daban gas para las extracciones... a veces... William no dijo que había perdido un diente... Pamela atendía la recepción de un consultorio dental...

Asomó el sol. El espeso cielo blanco se quebró en nubes surcadas de azul. Ann apenas podía mantener los ojos abiertos. Cuando despertó, le dolía la nariz. La había tenido apretada contra la ventanilla. Se frotó la cara. Toda su niñez su madre le había masajeadado la nariz hacia abajo antes de cepillarle el pelo. «Créeme», le decía, «una nariz recta es una fortuna para una mujer». Había dado resultado, aunque tal vez en exceso. Nadie se preocupó, en cambio, por la fortuna de William. Seguramente el bebé tendría la nariz como un botón.

El viejo en el rincón estaba despierto, volviendo a encender lo que quedaba de su cigarro. Ann le preguntó si faltaba mucho para llegar a Liverpool. El viejo la miró con aire de reproche, como si lo hubiera importunado. Quizás era sordo. Al mirar por la ventanilla vio álamos a lo largo del horizonte y campos desteñidos cubiertos de pasto. Pasaron como un relámpago y los reemplazaron edificios y muros ennegrecidos. Una caja de señales. El comienzo de una estación... ¿sería Liverpool? Se puso de pie de un salto, llena de impaciencia por leer el nombre en el tablero pintado de blanco. Crewe. Qué desilusión no haber terminado aún el viaje. Se dirigió al retrete a lavarse las manos y peinarse. Habría querido usar también el inodoro, pero estaba prohibido hacerlo con el tren detenido. Recordó de pronto al tío Walter con su canto sobre el mozo de cordel que quería ir a Birmingham. Tarareando la canción volvió por el pasillo. El tren estaba lleno de pasajeros y le llevó varios minutos llegar a su asiento. El viejo le había bajado la valija para asegurarle el lugar cuando volviera.

—Gracias —dijo Ann. El viejo fingió no oír. Sonó un silbato. El guarda agitó un trapo verde en el andén y el tren se puso en marcha. Ann estudió con interés a la gente que ocupaba el compartimiento: una mujer con dos chicos, un viajante de comercio con su estuche de muestras sobre las rodillas, un hombre de la marina mercante con un lustroso traje marrón de rayas finas. Tenía algo azul, como una flor o un escudo tatuado en el dorso de una mano. Ann se enorgullecía de ser observadora. Por el pasillo circulaba la gente sin cesar en busca de un lugar donde sentarse. Una mujer con pantalones bajó la cabeza para mirar dentro del compartimiento y ver si el asiento vacío estaba reservado. La siguió un hombre, con un sobretodo marino de color azul y con anteojos negros. Era William. Pasó de largo. Ann no intentó llamarlo. Se sentía una tonta.

—William —llamó en seguida, mirando por donde él se alejaba.

William se volvió y se le acercó. La abrazó y la besó. Le metió una rodilla entre las piernas y la lengua en la boca. Ann se apartó. Temía que hiciera lo mismo que en el hospital. El viejo estaba mirándola.

—Por qué estás aquí —le preguntó.

—No podía esperar más.

William se quitó los anteojos, dejando ver ojos inyectados en sangre como lo había tenido aquel día, hacía tanto tiempo, cuando fue a nadar en Swiss Cottage.

—Cómo te quiero —dijo Ann, moviéndose contra el cuerpo de él, aferrada al abrigo sobretodo azul.

—Aaah —repuso él a gritos para hacerse oír con el estruendo del tren en marcha. Se inclinó entonces hacia un costado y se apoyó con una mano en la red guardaequipajes para mantener el equilibrio. Tiró del cordón de alarma. El viejo lo vio... y Ann y nadie más. No habría notado nada de no haber visto los dedos de William tirando de la cadenita metálica. Al cabo de un minuto el tren empezó a perder velocidad.

—¡Ay, William! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Tenía los ojos fijos en los campos que perdían velocidad, en los troncos de roble y haya y castaño en un aserradero, pudriéndose en el aire húmedo. Se oyó un gemido largo, arrastrado, al detenerse el tren. La gente leía el diario. Los chicos lloriqueaban y se arrastraban por el suelo lleno de polvo en busca de sus lápices de colores. El viejo miraba fijo a William con su resto de cigarro bien apretado entre los labios, como si fuera un chupete. Apareció el guarda con su uniforme de sarga azul, su formulario listo.

—Bien —dijo, como un agente de policía en una pantomima—. ¿Quién lo hizo y por qué?

Ann dejó escapar una risita. William sacó dos billetes de cinco libras de su billetera y los dobló como pañuelos.

—Quiero bajar —dijo.

Dio su nombre y dirección, pero Ann no logró oírlos, porque le ardían las mejillas y le latía el corazón. Si sólo el viejo dejara de mirar así.

El guarda anunció a William que allí no terminaba la cosa. Desdobló luego los billetes y los levantó para mirarlos bajo la luz. William le dijo que no le importaba. Si eso era todo, bajaría allí mismo. Empujó a Ann delante de él y le recogió la valija. Ann debió salvar los pies extendidos y los chicos que se arrastraban. Abrió la portezuela del vagón. Debajo la vía estaba cubierta de pedregullo, como la playa de Brighton. William saltó primero y le tendió los brazos, pero Ann vaciló. Detrás de ella estaba el guarda, indignado. Cuando saltó, William la ayudó a subir el borde cubierto de pasto y la arrastró luego por un pequeño terraplén por el cual llegaron a un prado. Volvió a abrazarla. Arrojó la valija lejos y lanzó una carcajada. Siguieron caminando con dificultad sobre el pasto en dirección a un grupo de olmos, grises

como el humo, con una carretera en el fondo. Los zapatos de charol de Ann se le llenaron poco a poco de barro. Miró el tren, detenido aún y vio caras borrosas en las ventanillas de los vagones.

—¿Dónde estamos? —preguntó, trastabillando por el suelo pantanoso, las medias salpicadas de tierra.

—En Cheshire —le dijo él y la levantó casi para besarle la mejilla azotada por el viento.

En la carretera hizo detener a un automóvil y pidió que los llevaran. El conductor y su mujer se dirigían a Crewe a visitar a su yerno, que era alguien bastante importante en la industria de la madera.

—Claro es que comenzó hace muy poco, digamos —admitió la orgullosa suegra—. Pero hay mucho tiempo.

William les contó que la firma donde habían alquilado un automóvil los había defraudado. Eran recién casados y tenían un cuarto reservado en el hotel «Crewe Arms». El hombre murmuró algo. La mujer se agitó en su asiento y dejó escapar un suspiro.

El hotel estaba a más de cuatro kilómetros de distancia, frente a la estación. Se levantaba como una prisión de ladrillos y piedra, ennegrecida por el hollín de los trenes de vapor.

—Muchas gracias —dijo Ann cuando la depositaron en la acera con valija y novio.

Bajaron una serie de escalones con barandillas de hierro forjado, saludaron con la mano a la pareja dentro del automóvil, pasaron por la puerta giratoria y al dejarla atrás se encontraron sobre una alfombra púrpura con guirnaldas de flores.

William le dijo que no soportaba la idea de que fuera a Liverpool. Estaba en Crewe para impedirsele. No había podido hallarla cuando se detuvo el tren.

—Estaba en el baño —le explicó Ann.

No quería que Ann viera la obra. Era absurda, trivial y ella, Ann, era lo único que importaba. Su flor, su margarita de otoño. Quería que se quedaran allí, en ese lugar perdido, juntos, para volver a capturar el amor, ese amor que no tenía precio, ni merecía noches de estreno ni hombres tontos ni mujeres que se llamaban mutuamente «querida».

—Mi querida eres tú —dijo—. Sangre de mi sangre. —Al decir esto se le llenaron los ojos de lágrimas y Ann lo reconfortó, repitiendo sin cesar que él era su amor, su pastorcito con dulzaina.

En el comedor estaba como un pavo real, seguro de William, mientras comía su ensalada de sardinas y su lomo de cerdo. La alfombra era tan espesa que hablaban muy bajo.

—Quieren la obra para los Estados Unidos.

—Qué bien. Me alegro.

—No tiene importancia. Sólo tú importas.

—Te quiero...

—Puede que no la quieran al final...

—La querrán, la querrán.

—Falta mucho aún.

—Cuando te vayas a los Estados Unidos —dijo ella.

—Cuando *nos vayamos* a los Estados Unidos —la corrigió él.

—Tendremos que llevar al bebé.

—Así es. Tendremos que llevar al chiquito.

William dejó su cuchillo y tenedor para extender las manos sobre la mesa y tomarle la cara. Era casi insoportable quererle tanto.

Junto a la puerta había una cajera de cierta edad. Tenía un lapicito dorado que le colgaba de los anteojos por una cadena. William le agradeció la comida y la mujer le dirigió una sonrisa almibarada y agitó la cabeza. Y el lapicito se meció hacia adelante y hacia atrás desde la oreja marchita.

Fue como en el comienzo, antes que se arruinara todo. No la sostuvo como una carretilla en el borde de la cama, ni le arqueó la espalda, ni gritó palabrotas. Se mostró tierno, suave, respetuoso de la vida. Trató de explicarle lo que había sentido en esas últimas semanas tan terribles. La tensión de la obra... los hechos fuera de su control. En casa la crítica constante, la incomprensión paciente... el ordenamiento de su vida algo mejor de lo que a él le agradaba... la preferencia por cosas distintas de las que le agradaban a él... el volver al pasado una y otra vez. Tratar de no meterle el lápiz en los ojos al gato y de acariciarle las orejas en lugar de ello. Ann no comprendía nada. Sonaba como si estuviera criticándola, pero ¿no estaba acaso hablando de Edna? No se atrevió a preguntar nada sobre aquello del gato.

Le dijo que de todos los seres del mundo ella era la amada de su corazón, su fabricante de bebés, la mujer que le creía y cuya capacidad de engañar era casi tan grande como la suya propia.

Ann lo entendía sólo a medias. Tuvo que luchar por despejar las palabras de las capas en que estaban hundidas. Pensó que no tendrían que existir otros seres entre quienes elegir... ella no los tenía. William había eclipsado el sol. Y él había tenido bebés antes, con Sheila. Debió ahogar las preguntas, las exigencias.

—Te quiero, te quiero —repetía una y otra vez.

Por la mañana disfrutó de los huevos con tocino, las rebanadas de tostadas cortadas finas, el viscoso montículo de mermelada en el platillo. Cuando él se echó salsa de tomate en el plato, tuvo que cerrar los ojos.

—Qué lindo es esto, ¿no? —dijo.

—Es verdad —convino William. Ann debía volver a Londres en el tren de la mañana. No, no, tenía que volver. Él viajaría por el de medianoche. Estaría en casa al día siguiente, para el desayuno. En pocos días más tenía que volver a viajar a Glasgow... al ver la expresión deprimida de Ann, frunció el ceño. No sería por mucho tiempo... y después... nunca, nunca, nunca volverían a separarse.

—Haré que te canses de mí —se jactó—. Ya verás.

—No me cansaré.

—Jesús —dijo él, perplejo—. Por poco no rompimos todo, ¿no?

—Calla —lo reprendió ella—. La gente está mirándonos.

Pero él tenía razón. Habían roto algo.

William la puso en el tren a Londres. La besó en la puerta del vagón. Le dijo las cosas más bellas. Yo quiero... yo necesito... yo amo...

Y el tren partió en una inversión del ayer. Los mismos desvíos, los mismos árboles, ovejas, vacas sucias de barro. Hacia atrás, lejos de él, sin fotografías, sin quedar registrada, revuelta en la memoria.

Cuando llegó al departamento estaba agotada. Durmió hasta entrada la noche. Después se bañó, se lavó el pelo, trató de dar al cuarto el aspecto de un hogar, para William. No tenía clavos para clavar en las paredes y tuvo que apoyar los retratos en el estante arriba de la cocina. Puso el cochecito junto a las puertas que daban al patio y buscó en su valija la prenda a medio terminar que había comenzado para el bebé. La puso sobre la cubierta impermeable del cochecito. Si hubiera podido amueblar el cuarto para William. Por último, arrojó la carta de su madre al inodoro.

Cuando sonó el timbre a medianoche, estaba comiendo un sándwich de queso. Corrió a la puerta, segura de que era William, que había tomado un tren más temprano. Era Edna. No hubo tiempo de esconder el cochecito. Allí estaba, como un juguete costoso. Edna no parecía triste ni agitada. Sonreía como si aquella fuese una visita de cortesía.

—Me sentí obligada a venir —dijo.

Llevaba una cantidad de echarpes finas, hechas de gasa, atadas a la garganta. Cuando se quitó el abrigo de carnero rasado, mostró un vestido de raso sin mangas. Podría haber sido un camisón, o bien una de las túnicas ligeras usadas para la danza.

—¿Va todo bien? —le preguntó Ann y, dejando el sándwich junto a la pileta, llevó el abrigo de Edna al dormitorio.

—No —repuso Edna—. Prometió no mudarse. ¿Por qué tiene su escritorio aquí?

—Vivimos aquí.

No había nada donde Edna pudiera sentarse. Caminaba por el cuarto y las echarpes de gasa flotaban sobre sus hombros desnudos. Había vello rizado como alambre que le asomaba por debajo de la axila.

—¿Por qué te mudaste aquí, en primer lugar?

Ann le contó lo del techo y luego que la patrona quería cambiar el cielo raso.

—Por eso William encontró este departamento —dijo—. Con jardín.

—William me dijo que riñó con alguien llamado Roddy. *Mrs. Kershaw* le dijo que se fuera. Y a ti te dio vergüenza. Yo le dije, entonces, que lo justo era que te buscara otro departamento antes de volver conmigo.

—Pero no volverá con usted —señaló Ann—. No puede.

—Nunca fue una relación permanente —dijo Edna—. Tú lo sabías.

—Tendrá que ser permanente. Estoy por tener un hijo.

—Eres joven —observó Edna—. ¿Te gusta el cochecito? Lo compré en John Barnes.

Pasados unos segundos Ann se echó a llorar. Cuando pudo volver a hablar, dijo:

—No entiendo a ninguno de los dos. Acabo de estar en Liverpool con William. Estábamos tan felices...

—¿En Liverpool? —repitió Edna—. William dijo que no irías. Que todo había terminado.

—No ha terminado. Fui allí.

Le tocó a Edna ponerse desesperada. La idea de Ann con William en Liverpool le era evidentemente insoportable.

—Pero Pamela está allí —señaló—. Fue hace tres días. Después de esto, me dijo que vendría a estar conmigo. Yo se lo permití sólo con esa condición.

No creo nada de lo que me dice, pensó Ann. Pero lo creía.

Las dos comenzaron a pasearse por el cuarto; Ann, perdida y temerosa, arrastrando los pies. Edna, pisando apenas el linóleo con sus zapatillas de *ballet*. Varias veces se cruzaron, con sus ojos desesperados y sus rostros bañados en lágrimas.

—¿Se acuesta con usted? —le preguntó Ann, por fin.

—Soy mujer —repuso Edna.

Ann se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra una pared y se cubrió la cara con las manos.

—¿Por qué hace esas cosas? —dijo—. Yo estaba perfectamente feliz. Pensaba casarme con Gerald.

Edna no repuso. Estaba en cuclillas junto al cochecito y sus muslos vigorosos se levantaban debajo del vestido de raso, mientras ella inspeccionaba la calidad de los frenos, la calidad de la capota de lona. Le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Pero ¿por qué? —repitió Ann—. ¿Por qué tuvo que enviar por Pamela?

—No cree en los saltos al vacío —le dijo Edna—. Nunca suelta una rama hasta estar seguro de la siguiente. —Al hablar se enjugó los ojos con un puño.

—Tiene que estar enfermo —se lamentó Ann—. Todas esas cosas que me dijo. Todas esas palabras. Cuando recibí su carta, me dijo que no le prestara atención. Me sentí muy mal. Le juro que sí. Esa parte donde me decía que se sentía como en una prisión...

—La recuerdo —dijo Edna—. William creyó que eso te llegaría al corazón. —Estaba frotándose los brazos, haciendo equilibrio sobre los talones. Después añadió con severidad—: Yo no quería escribir. Era como hacerte un chantaje. Ese no es mi estilo... pero William me la dictó... dijo que era para bien de todos.

Las dos se miraban, una apoyada contra la pared, delgada y encorvada, Edna,

entrada en carnes con su camisión color durazno. Eran como roedores en el piso de una jaula, un par de enanas bajo el techo que las empequeñecía.

Edna habló de William.

Ann no quería escuchar, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si se permitía distraerse, se encontraba imaginando instantáneas que se sucedían una después de otra: Un campo cerca de Crewe, Pamela en el diván con las monedas de plata colgándole del cuello, *Mrs. Kershaw* inmóvil en el dormitorio rosado, Edna tendida en posición de esposa, las zapatillas de *ballet* arrojadas al pie de una silla.

Edna le dijo que William tenía un alto cociente intelectual. Su padre bebía. A veces le quitaban por la fuerza la trompeta y lo cubrían con un sobretodo en algún zaguán. Sheila había roto los manuscritos de William, además de haberle quemado el traje nuevo en el fondo de la casa. William partió entonces para Londres con Gus y le pagó los gastos de una escuela nocturna. William y Edna pasaron una temporada en una casita cerca de Merthyr Tydfil con los chicos. Sheila se fue a España con un camarero que conoció en Shepherds Bush. William hachaba troncos, traía baldes de agua del río. Encontró una golondrina con un ala rota, la cuidó, cazó insectos en el aire para ella, la mató a raíz de haberla sobrealimentado. Sheila venía seguido a visitar a Edna. Pocas semanas antes había llegado después de haber visto a William en un taxi con una mujer. Él le había dicho que estaría en Manchester esa semana y por lo tanto no podía visitar a los chicos. Sheila corrió junto al taxi hasta que éste dobló para bajar por la colina y un Bentley lo chocó por la parte posterior. Se oyó el ruido muy bien. Sheila esperaba que se hubiese fracturado el cuello. No pudo cerciorarse bien porque tenía que ir a buscar a los chicos a la escuela. Claro que Sheila era vengativa. No comprendía a William. Era un bellissimo hombre. No obstante todos sus compartimientos, era un dios.

Afuera salió el sol. Apareció un rollo de nubes hinchadas, rojas sobre los tejados. Edna empezó a desdibujarse, a ponerse gris y desteñida. Ann estaba acurrucada en el suelo.

El príncipe llegó a las siete de la mañana. Si le sorprendió ver a las dos juntas, no lo demostró. Por un instante se detuvo en el umbral del cuarto vacío. A quién saludar primero. Besó a Edna, le tocó el frente del camisión a la altura del pecho y se inclinó sobre Ann, acurrucada en el suelo. Ann temió vomitar.

—William —le dijo Edna—. Tienes que responder a algunas preguntas.

Ann se quedó aguardando las respuestas.

William se tendió sobre los cuadrados blancos del linóleo, apoyó la nuca sobre las manos entrelazadas y cerró los ojos.

—¿Piensas quedarte aquí, a vivir con Ann?

—Sí.

—¿No tienes intención de volver a casa?

—No.

Ann tuvo ganas de preguntarle qué hacía Pamela en Liverpool. Lo sabía muy

bien. En lugar de preguntárselo, susurró dentro del brazo doblado de William:

—¿Me quieres?

—Sí.

—¿Quieres divorciarte, entonces? —le preguntó Edna.

—No.

Ann sabía que debía volver al instante a Nethersole Road y no volver a ver a William. Ni permitirle poner el pie en su umbral. Cambiaría las cerraduras, pondría barrotes en las ventanas. Después que Edna se fue, dio alaridos y le gritó a William. Pensaba que si gritaba lo suficiente no oiría lo que él decía. No podría confundirla y darle la sensación de que todo era algo que había imaginado. Le sacó las fotografías del estante y se puso a patalear sobre ellas.

—No hagas eso —le dijo William—. Les romperás los vidrios. —Después le dijo que le explicaría todo, a condición de que ella desechara de la mente todo ese espíritu de soberbia y de propiedad. El amor era lo único que contaba. ¿Y acaso él no estaba allí?

—Cállate —le gritó ella.

Claro, insistió él, estaba allí porque necesitaba estar allí.

—Sólo Dios sabe —gritó ella furiosa—. Pamela debe de estar pensando que fuiste a ver al dentista. O que estás contemplando tumbas.

—No hables así —le dijo William, como si estuviera diciendo cosas obscenas—. Estoy aquí porque quiero. ¿No lo entiendes? —En verdad parecía intrigado.

—No, no puedo —repuso Ann con vehemencia—. No creo que sepas dónde estás. Somos tantas, que estás confundido.

Estaba pensando en Pamela. La idea de que Pamela hubiese estado con él en Liverpool le inspiraba ganas de matarlo.

William le señaló con astucia:

—Me dejaste para ir a casa de tu mamá. Me dejaste solo.

Ann se le abalanzó. Le golpeó el pecho con los puños.

—Vete —le dijo—. Déjame tranquila.

William soportó los golpes con aire estoico, mirándola todo el tiempo con ojos tiernos. No se movió.

—Muy bien. Quédate tú —dijo Ann y salió corriendo de la casa sin cerrar la puerta. Estaba lloviendo y no se había puesto los zapatos.

Llamó por teléfono a *Mrs. Kershaw* desde una cabina en la calle próxima.

—Quiero volver —le dijo—. Tengo que volver.

—Está el problema del techo —observó *Mrs. Kershaw*.

Ann le dijo con severidad:

—El techo no tiene nada.

—Está dañado —insistió *Mrs. Kershaw*.

—No respondo de lo que pueda ocurrir si no me deja volver a mi departamento. Es importantísimo.

—Te avisaré.

—Necesito saber ahora.

—Bien, no puedo decirte nada ahora. Dentro de pocos días pienso irme al norte y en este momento estoy un poco ocupada. Claro es que tendré que hablar con Roddy.

Cuando Ann volvió William se había ido, llevándose el retrato de Dennis Law.

—Mejor, menos basura —gritó Ann con aire de triunfo y se paseó por el cuarto con medias mojadas que hacían un ruido característico sobre el piso y con una sonrisa valerosa en los labios.

No esperó hasta que *Mrs. Kershaw* conversara con Roddy. Aquella misma tarde fue a visitarla. Le contó lo sucedido, el tren, Pamela, Edna, los viajes nocturnos en bicicleta, nunca en la dirección donde vivían sus chicos. *Mrs. Kershaw* se mostró escandalizada. No dijo mucho, pero las rosas se marchitaron en sus mejillas y hasta los labios se le pusieron pálidos. En un sentido, a juicio de Ann, *Mrs. Kershaw* tenía en parte la culpa. Si no se hubiera mostrado tan generosa con la bicicleta, William nunca habría tenido suficiente energía como para establecer tantos contactos.

Fue un alivio tan grande para Ann volver a Nethersole Road que se sintió feliz, por un tiempo breve, cuestión de días. No estaba ya el escritorio ni aquellas hermosas camisas en el armario, ni los haces de medias, ni los pañuelos doblados. Hasta las noches que pasaba tendida en la cama doble no resultaron el tormento que ella había temido. Era una cama. La había tenido antes de conocerlo, había acogido a Douglas, de la BBC y a Gerald. No era exclusividad de William. Así se lo repetía Ann.

Mrs. Kershaw no viajó al norte. Dijo que los chicos habían hecho objeciones a quedarse con Roddy. Ann ofreció ayudar, pero *Mrs. Kershaw* repitió que había cambiado de parecer. Ya no tenía ganas de ir. Daba la impresión de estar mortificada y menos animada. Marchaba por la granza con pies que parecían planos a ocuparse de los tachos de desperdicios. Guardó la bicicleta en el jardín del fondo, como si la hubiera puesto a pastar.

Se mostraba bondadosa con Ann. Algunas noches subía a acompañarla. Comenzó a modelar un jarrito para el bebé con glaseado azul. Hallaba que era mejor que Ann discutiera sus problemas en lugar de guardárselos dentro como en una botella cerrada. ¿Por qué suponía Ann que William la mencionó a su mujer desde el principio? ¿Qué le dijo en el hotel de Crewe? ¿Cuándo sospechó por primera vez que estaba viendo a Pamela? *Mrs. Kershaw* hurgaba. *Mrs. Kershaw* interrogaba.

—Al principio, ¿parecía sincero?

—Muy sincero —dijo Ann—. Muy muy sincero. Por lo menos, esa primera semana.

—Pero, entonces —le recordó *Mrs. Kershaw*—, según dijiste, nunca salía.

—Es verdad —admitió Ann—. Salvo para... ¿recuerda? Para visitar a los chicos.

—Pero no iba a visitarlos, ¿no?

—Sí que iba —dijo Ann, a la defensiva—. No todas las noches, es cierto, pero iba a veces. —Sentía encono contra *Mrs. Kershaw*—. Esa bicicleta que le prestó... —añadió con una sonrisa melancólica, en un esfuerzo por fingir que era un chiste.

—Sí —dijo *Mrs. Kershaw* con voz opaca—. Esa maldita bicicleta.

Destruían la calma de Ann, aquellos interrogatorios nocturnos. Recomenzaron las pesadillas, los saludos con la mano de los muelles de embarque. Oía a Edna preguntarle si quería el divorcio. Le latía fuerte el corazón. Esperaba. Pasaban de largo los automóviles. William decía que no. Ann, llena de temor, apoyaba las manos en su abdomen. No sería nunca esposa, pero no cabía duda de que sería madre. ¿Qué sería de ella? ¿Cómo se arreglaría? Se le ocurrió que podría volver a solicitar su antiguo empleo en la BBC. Les diría que se fue para casarse.

Cuando recibió su estado de cuenta del banco, se quedó atónita al ver que le habían acreditado trescientas libras. No podía ser nadie más que William. ¿Significaba esto que la quería?

Llamó por teléfono a Edna. No, hacía días que Edna no lo veía, aunque en verdad

él estaba en el norte, en Glasgow. Había ido solo. Pamela estaba de vacaciones en Barcelona. La obra se estrenaría en el West End en agosto.

—Me depositó dinero en el banco —le dijo Ann.

—Sí. Es muy bueno en materia de dinero.

Después de reflexionar un poco, Ann escribió a Gerald:

Si te hice mal, te alegrará saber que estoy pagándolo. El hombre de quien te hablé me ha abandonado y estoy por tener un hijo. Siento que hace muchísimo que me despedí de ti. Lo pasábamos bien juntos, ¿recuerdas?

Como no sabía su dirección en la universidad, mandó la carta a sus antiguos empleadores, la firma de arquitectos en Kensington, pidiéndoles que la reexpidieran.

Día tras día esperaba la respuesta, pero no llegaba nada.

El ropero seguía interceptando la luz en el vestíbulo... aquella cámara de canto de caoba con sus manijas de bronce. Alguien, posiblemente Roddy, había escrito con tiza sobre el frente: «Saquen esta monstruosidad de aquí». Cada vez que Ann pasaba junto a él cuando salía para hacer compras, acariciaba levemente la madera vetada.

Una mañana, al bajar las escaleras alfombradas de verde, cubierta con su bata, vio el cochecito de color crema estacionado en el vestíbulo. Sobre la capota impermeable había una flor solitaria, una rosa de invernáculo. Bajó corriendo los últimos escalones. Buscó dentro de la capota alguna nota, un mensaje. No había nada. Golpeó la puerta de *Mrs. Kershaw*. La abrió Roddy, con un diario sobre el frente de su cuerpo desnudo.

—¿Está *Mrs. Kershaw*? —preguntó Ann, sin fijarse mucho en el pecho liso y en las piernas velludas.

—No —repuso él con grosería y le cerró la puerta en la cara.

Ann llevó la rosa arriba y lloró un poco sobre ella. Apartó los pétalos, buscando alguna señal.

Mrs. Kershaw subió a mediodía. Había encontrado un sobre que obstruía la tapa del buzón individual.

—Es de él —dijo Ann—. Lo sabía.

—Tendrás que hacer algo con ese maldito cochecito —le dijo *Mrs. Kershaw*—. Roddy está furioso.

La nota decía: «Por favor, por amor de Dios, déjame volver contigo. Quiero estar contigo y con mi chiquito».

—No caigas —le dijo *Mrs. Kershaw* con vehemencia—. No hará más que hacerte sufrir.

Estaba paseándose por el *living-room* con sus sandalias y su blusa de algodón. Llevaba el pelo rizado como el de una gitana y grandes argollas de bronce en las orejas.

—Por supuesto que no —dijo Ann. Por qué no se iría *Mrs. Kershaw*, para que ella pudiera leer una y otra vez las pocas líneas enviadas por él.

A las dos de la mañana William golpeó a su puerta. Ann había hecho cambiar la cerradura para que no pudiera utilizar su llave. Estaba allí como un niño avergonzado, arrepentido, con la cabeza baja.

—No te molestaré —le dijo fingiendo humildad—. A menos que quieras.

Ann estaba tan feliz que olvidó los consejos de *Mrs. Kershaw*, su sentido común. Se acurrucó en brazos de William. Volvió a recibirlo sin una palabra de reproche. Volvieron los haces de medias al armario, la colección de camisas.

Era otra persona. Cuando sonaba el teléfono, la tomaba de la mano y la hacía bajar al vestíbulo. La obligaba a oír las conversaciones, las citas, las invitaciones a almorzar o a cenar. Le mostraba las cartas que recibía. Nunca llegaba tarde a casa. Ninguno de los dos mencionaba a Edna ni a Pamela. Ann le dijo que le había escrito a Gerald.

—Bien... —comentó él—. Mal puedo culparte. Es natural. —Sus ojos daban la sensación de haberse vuelto más azules y más llenos de franqueza y afecto.

—¿Qué quisiste decir? —le preguntó Ann—. ¿Con aquello del gato?

—¿Qué gato?

—El gato que mencionaste aquella noche horrible que estuvimos en Crewe.

—¿Es así como la recuerdas? —dijo él, herido—. ¿Tan terrible te resultó?

Ann se sintió avergonzada. Siempre estaba defraudándolo. Fue la noche siguiente, sin duda, que fue tan dolorosa.

William invitó a cenar a Chuck von Schreiber. Era un hombre alto y con bigotes y trajo a Ann una caja de bombones. Ann no simpatizó con él. Miraba a William como si compartieran secretos. Llevaba un anillo de plata en el meñique. A cada momento rodeaba los hombros de William con un brazo. Nunca perdía oportunidad de tocarlo, de rozarlo de alguna manera con su propio cuerpo, mano, rodilla, mientras le contaba alguna anécdota sobre salidas en Newcastle... en Liverpool...

—Vamos, Chuck —le decía William—. Basta, ¿quieres?

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó Ann con brusquedad, metiendo los platos en la piletta, preparando a la vez el café—. ¿Por qué no vuelve a su país, a los Estados Unidos?

—Es mi camarada —repuso William—. No es tan importante como tú para mí. A pesar de esto, cuenta. No lo interpretes mal. Cuenta, y mucho.

—Bien, puede irse a contar fuera de esta casa —dijo, furiosa—. Sácalo de aquí.

Hizo el café. Lo sirvió. Se mostró muy divertida al relatar sus experiencias en la BBC. William cantó. Chuck le hizo coro. Ann se puso un dedo debajo de la oreja, como había visto hacer en televisión y trató de armonizar con el canto de ellos.

—Jesús —dijo William—. No tienes oído, Ann.

Al oír esto Ann calló. Se puso hosca. Se fue al dormitorio y los dejó solos. No tenía tan mala voz. Cuando era jovencita había pertenecido al coro de la escuela.

Oyó risas en el *living-room*, movimientos. William entró en el dormitorio. Ann fingió dormir mientras él retiraba cosas del armario. Poco después lo oyó bajar las

escaleras con Chuck. Supuso que estaban despidiéndose. Miró por la ventana, pero el cerco impedía ver el automóvil. Esperó oír los pasos de William subiendo las escaleras. No volvió. Y Ann se arrepintió de haber sido tan mal educada, tan intolerante. Apoyada contra el armario sin camisas y medias de William, lloró. Lloró con intervalos durante varios días.

—Pero ¿qué le dijiste? —preguntó *Mrs. Kershaw*.

—Nada —dijo Ann—. Fui un poco antipática con Chuck.

—Bien, ¿qué dijo William, entonces?

—Nada. Salvo que yo no tenía oído.

Ann sacó el cochecito a la granza y lo dejó junto a los tachos de desperdicios, con la esperanza de que alguien se lo robara. Al día siguiente estaba otra vez en el vestíbulo.

Gerald contestó su carta.

Me cuesta mucho comprender. No he tenido noticias de ti. No replicaste a mis cartas. Imagina mi desesperación cuando llegó tu carta esta mañana. Le había hablado a todos de ti. Volveré a Inglaterra en junio para verte. Esto será costoso pero considero que vale la pena. Creo que debemos casarnos. No me importa lo del bebé. Me choca que haya sucedido semejante cosa tan pronto después de mi partida. Con todo creo que podemos sobreponernos a este obstáculo si actuamos con sentido común. Mandé 300 dólares a tu banco en Finchley Road. No te desanimes. Gerald.

—¿Qué diablos pensará el gerente del banco? —preguntó Ann a *Mrs. Kershaw*—. Todos esos hombres que me depositan dinero. —Lanzó una carcajada y con su abdomen saliente y su actitud vulgar se quedó de pie allí, el rostro redondeado de buena salud.

—Creí haberte oído decir que Gerald era cauteloso —dijo *Mrs. Kershaw*—. Es bien noble de su parte querer casarse contigo.

Cuando llamó por teléfono a Edna, le comunicó las últimas novedades, la partida de William, la propuesta de matrimonio de Gerald. Edna le dijo que hacía varios días que no veía a William, aunque le había mandado las camisas por correo para que se las lavara.

—Yo que usted, las quemaría —dijo Ann, osada.

Sin embargo más tarde, durante la noche, al amanecer, cuando podría haber jurado que oyó cantar a un ruiseñor en los árboles fuera de su ventana, lloró.

William volvió una vez en abril y dos en mayo. En cada oportunidad su arribo fue dramático y sin aviso. En abril, se metió en el departamento mientras Ann estaba haciendo compras y descerrajó el marco de la puerta, a raíz de lo cual Roddy le mandó una carta por intermedio de su abogado. Cuando Ann volvió estaba lavando los platos. Dijo que para el bien de él Ann debía recibirlo de nuevo. La segunda vez dijo que era por el bien del niño. La tercera, por el bien de Ann. La ropa de William entraba y salía del armario. Los retratos de Dermis Law y de Samuel Palmer no

volvieron a sus ganchos, sino que quedaban apoyados contra la varilla de madera a mitad de la altura de la pared, listos para una retirada súbita. Era el retiro brusco de cosas más prosaicas, como medias y pañuelos, lo que más desesperaba a Ann. La desaparición de estas prendas nunca dejaba de destrozarle el corazón.

En mayo, cuando volvió con flores en la mano y una bañera plegable para el bebé, se fue después de una discusión sobre Catherine.

—Quiero que Catherine tenga libertad —dijo—. Quiero que sea libre.

—¿Catherine? —preguntó Ann, intrigada.

—Mi hija —repuso él—. Quiero que sea feliz.

—Irá a la Universidad —dijo Ann—. Hará preguntas... querrá saber de las cosas... de la gente... de los pintores.

—Tonterías —exclamó él—. Lo importante es que tenga la cabeza erguida y los hombros echados hacia atrás.

Estaba diciendo, ni más ni menos, que Ann era encorvada. En la oscuridad ella sintió que le ardían los ojos.

—¡Bah! —dijo con desdén—. No me importa qué aspecto tenga. Será su cerebro el que contará.

—Estás loca. ¿Quién quiere a una mujer por su cerebro?

—Gerald la querría —replicó Ann—. No tiene prejuicios.

William se levantó de un salto de la cama, fue hacia el armario, retiró las perchas con sus trajes, metió sus medias en una valija de mano y salió corriendo escaleras abajo. Ann oyó el ruido de sus zapatillas de tenis sobre el sendero de granza. Las partidas de William coincidían, por lo general, con alguna carta o telegrama recibido más temprano el mismo día. En realidad no estaba sorprendida, sino simplemente abrumada.

Intentó llamar a Edna, pero ésta estaba ausente, o bien no quiso contestar el teléfono. De haber sabido cómo comunicarse con Sheila, lo habría hecho. Se consideraba, con las mujeres de William, como ciudadana de un mismo país especial. Todas estaban enteradas de las fronteras, de los tratados. Otra persona se habría sentido perdida ante lo absurdo de las costumbres, lo complejo del idioma.

A diario el cartero le traía paquetes a nombre de la señorita Catherine McClusky: prendas de vestir, una mantilla, hasta un osito. Las camisetas, los escarpines y los vestiditos rosados aguardaban en el lugar donde antes William había guardado sus pañuelos. Ann apenas podía soportar tocar el pequeño ajuar. No quería pensar en el nacimiento. Tenía la sensación de que no podría suceder jamás y si sucedía, le sucedería a otra. Cuando viniera Gerald, se prometió, sólo entonces pensaría en el bebé. El doctor decía que era una mujer sana, con el corazón, la orina, la presión, todo normal. Ann, en cambio pensaba: «El corazón, no. Sin duda no tengo un corazón normal».

A principios de junio se contempló en el espejo de cuerpo entero de Mrs. Kershaw. Su estado era bastante visible de perfil, pero vista de frente no estaba muy

voluminosa.

—No se te irá —le dijo Kershaw— por mucho que lo mires.

—¿Se nota mucho?

—Mucho.

—William me mandó un vestido —le dijo Ann—. Un vestido de maternidad para el casamiento. Es verde, con florecitas.

—Piensa en todo —dijo *Mrs. Kershaw* lacónicamente.

Dos días antes de la fecha en que lo esperaba, Gerald mandó un cable que intrigó mucho a Ann: TAL VEZ SEA PARA MEJOR. ESPERO QUE ÉL TE CUIDE. GERALD.

Lo leyó varias veces antes de llevárselo a *Mrs. Kershaw*. Las puertas ventanas estaban abiertas y los chicos estaban corriendo por el jardín.

—No lo entiendo —le dijo Ann—. ¿Y usted?

—¿Estás segura de que es de él? —le preguntó *Mrs. Kershaw*—. Puede que sea un engaño. Puede que lo haya mandado William.

Las dos miraron con atención la dirección del remitente y la fecha. Daba la impresión de ser genuino.

—¿Quiere decir que no vendrá? —dijo Ann.

—¿Tenía sentido del humor? —quiso saber *Mrs. Kershaw*.

—No.

Entró Jasper pidiendo pan con mermelada. No prestó ninguna atención a Ann. *Mrs. Kershaw* cortó una rebanada de pan integral. Como había estado trabajando en el jardín tenía las uñas de luto.

—Pero ¿por qué habría de haber cambiado de idea? —preguntó Ann.

—¿Por qué no comeremos pan como todos? —se quejó Jasper. Al decir esto arrojó su rebanada al suelo.

—Levanta eso —le ordenó *Mrs. Kershaw*.

—No quiero manteca, quiero sólo mermelada.

—Da la impresión de que alguien se la cambió —comentó *Mrs. Kershaw*.

Cortó en seguida más pan y dijo a Jasper que saliera al jardín. Jasper no quiso.

—¿Qué voy a hacer? —dijo Ann con tono patético. Seguía considerándose frágil y delgada. Redonda como un barril, pesada, se desplazaba por el cuarto, con los pies vueltos hacia afuera para equilibrar su peso. Jasper le hundió un dedo en el abdomen.

—No —le reprendió su madre—. Le harás mal al bebé.

—Cuentos —repuso Jasper—. Está en una bolsa de jalea. No siente nada.

Cuando comenzó a mecerse colgado de los picaportes de la puerta ventana, hizo crujir los goznes.

—Tal vez William vuelva —dijo Ann. Se preguntó si William se cuidaba a la sazón de los saltos en el vacío. ¿O había encontrado, quizá, otra rama a la cual aferrarse?

—Mi madre vendrá la semana próxima —dijo.

—¡No me digas que la invitaste al casamiento! —dijo *Mrs. Kershaw*,

escandalizada.

—No la invité para nada —dijo Ann—. No sabe lo de Gerald. ¿Cree que podría subir de vez en cuando a conversar con ella? ¿Hablarle... halagarla?

—¿Cómo? —preguntó *Mrs. Kershaw* con aire de duda. Estaba luchando con Jasper junto a la puerta ventana, empujándolo hacia el jardín.

—Dígale que está muy bonita. Le gustará.

—Bien... —dijo *Mrs. Kershaw* con tono evasivo—. Hablaré con ella.

Jasper le dio un pisotón. A su vez ella le dio un coscorrón en la cabeza. Jasper huyó hacia el césped, dando alaridos y arrojó su sándwich entre los rosales.

Llegó *Mrs. Walton*, alegre y primaveral, con un abrigo blanco y guantes también blancos. Llevaba un sombrero de paja azul marino, en forma de palangana, cubierto de rosas de tela. Mientras subió las escaleras rió todo el tiempo.

—Qué bonito sombrero —le dijo Ann en voz alta, desde el rellano, donde la esperaba. Como su madre era corta de vista, a aquella distancia no notaría el cambio en su figura. Aun cuando estuvo en el vestíbulo no advirtió, en apariencia, el aumento de tamaño de Ann. Después de dejar la valija en el dormitorio y quitarse el abrigo y el sombrero, pasó a la cocina. Se mostró muy serena, muy hábil. Comentó que Ann tenía buen aspecto.

—¿Eso es todo? —le preguntó Ann. Había adquirido cierta ironía en su actitud a medida que se le agrandaba el cuerpo, que se acercaba el parto.

Mrs. Walton se sentó junto a la mesa. Se sirvió una galletita recubierta con chocolate. Tenía los ojos húmedos y con expresión cautelosa. Sacó un pañuelo de papel de la cartera y enjugó la lágrima que le brotaba, luego las migajas de la boca. Se mostró valiente y práctica.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

Ann se preguntó quién la había preparado para el trance. Quizá *Mrs. Kershaw* le había escrito para avisarle, por si acaso pudiese sufrir un síncope al enterarse de pronto. Quizás se había pasado la pataleta en casa.

—¿Hacer? —repitió Ann.

—Hacer —repitió su madre.

—Seguir adelante —repuso Ann—. Es demasiado tarde para hacer otra cosa —añadió, sirviéndose una galletita.

Con una voz que comenzaba a subir de tono, su madre señaló:

—Habría que decírselo a su mujer.

—Se le ha dicho —dijo Ann—. Considera a William una bellísima persona.

—Matarlo sería poco —chilló su madre. Era como si se hubiese prometido a sí misma, o bien a otra persona, no gritar denuestos a Ann y sintiese, en aquel instante, alivio al hallar otros sobre quienes descargar sus sentimientos—. Tenemos que recurrir a un abogado. Hay que hacer arreglos de dinero. No podemos permitirle que

salga impune.

—Hay un arreglo de dinero —le dijo Ann—. Me deposita dinero en el banco. Gerald también, ya que hablamos de esto. Dice que vendrá a casarse conmigo.

—¿Casarse contigo? ¿Gerald?

—Te diré... ha habido una especie de demora. Aunque me mandó dinero.

—Sí que me sorprendes —dijo su madre—. No diré que le tenía simpatía. Demasiado moreno... un algo de judío, si quieres que te lo diga.

—Mentira. Es celta. Es de Devon.

Era curioso, pero su madre quería saber qué sentía por William, no qué había sucedido, ni cómo, ni dónde había sido educado él. Tampoco nada sobre el General, pero sí, en cambio, si les gustaban las mismas cosas, si compartían los mismos intereses.

—No quiero pensar en ello —le dijo Ann—. Me duele.

No podía hablar de amor con su madre. Sospechaba que de todos modos aquel estado de ánimo de ella no tardaría en cambiar y Ann se arrepentiría entonces de haberle hecho cualquier confidencia. Era extraño que se hubiese mostrado tan cortante respecto de Gerald. Gerald no se había casado dos veces ni dejado a Ann en estado interesante.

—¿Cuándo lo esperas? —le preguntó su madre.

—No sé —respondió Ann—. Pensaba venir la semana pasada.

Su madre mostró alarma.

—¿La semana pasada?

Ann comprendió que se refería al bebé.

—El mes que viene —dijo—. El cochecito está en el vestíbulo.

—¿Y el ajuar para el pobrecito?

—Hay cantidad de ropa en el armario —dijo Ann. No imaginaba al bebé como un pobrecito. Sería un niño saltarín y mentiroso, con la cabeza llena de rizos rubios. Su madre tendría trabajo para cambiarle el botón de nariz que tendría.

Mrs. Walton estaba lanzando exclamaciones en el dormitorio.

—Algunos de estos vestiditos son preciosos —le dijo a gritos—. ¿Dónde los compraste?

—Yo no los compré —repuso Ann gritando a su vez. Los compró él. O, seguramente, su mujer.

En su interior le sorprendía la manera de reaccionar de su madre. Hasta aquel momento, ni una palabra de reproche. Ni una vez la había llamado muchacha tonta. Por su parte, había dejado de tenerle miedo. Aun cuando empezara a llamarla puta, prostituta, vampiresa, no creía que la afectaría mucho. Después de todo, pensó, las dos somos madres, ahora, más o menos.

Mrs. Walton hacía todo lo posible por mantenerse tolerante. No pedía que le trajeran tazas de té. Dormía en la cama doble, pero daba a Ann una de las almohadas como suplemento de las que tenía el diván. Hasta le preparaba comidas sencillas.

Hacía las compras. Si se tenía en cuenta que había dejado en Brighton sus partidas de *bridge* y su Sociedad de Catadores de Vino, se mostraba muy paciente. Ann no quería salir. Sólo al jardín del fondo. Su madre no lo sabía, pero era porque Ann no quería que William llegara a verlas juntas. Si llegase a verlas en la calle, caminando tomadas del brazo, creería que Ann estaba bien cuidada y no volvería nunca.

Su madre le hacía dar la vuelta a la cancha de bádminton y admiraba las rosas de *Mrs. Kershaw*. Allí estaba Jasper jugando con un niño negro en el pasto.

—¿No tiene amiguitos normales? —preguntó *Mrs. Walton* dirigiendo una alegre sonrisa a los niños y agitando un guante blanco a manera de saludo.

Varias veces sostuvo largas conversaciones con *Mrs. Kershaw* mientras Ann estaba descansando en el dormitorio. A veces se quedaba muy irritable después de estas conversaciones. Movía la cabeza, enojada, y decía:

—Palabra que los tiempos han cambiado. Esa persona vino a vivir aquí con el consentimiento de ella, según ha admitido.

—*Mrs. Kershaw* ha sido una buena amiga —observó Ann.

Mrs. Walton no podía negarlo. No podía darse el lujo de criticar nada. Qué horror habría sido si por motivos de moral *Mrs. Kershaw* hubiese arrojado a Ann a la calle y ésta se hubiese visto obligada a volver a casa en Brighton. En su estado. Dijo a Ann:

—Nunca vi a su marido. ¿Es viuda?

—No. Tiene un amigo.

—Comprendo —dijo su madre casi sin abrir la boca.

—Estuvo casada —osó decir Ann—. Dos veces, en realidad.

—¿Sí? —dijo su madre, sorprendida—. No es nada lerda en correr, entonces, ¿no?

Cabía reconocer que *Mrs. Walton* contenía su mal carácter y reprimía las palabras amargas. Le costaba mucho todo esto, dadas las circunstancias. Todos aquellos años de cumplir con su deber y de conformarse, para nada. Sin ningún valor. Veinte años más tarde todos los valores aceptados, barridos como si nunca hubiesen existido. Allí estaba Ann, embarazada, soltera, con dinero en el banco, ni marginada de la sociedad ni tampoco vendiendo violetas, al borde de terminar en el arroyo. Sin arrepentirse. Podría decirse, sin tener conciencia de que hubiese nada de qué arrepentirse. Era sumamente injusto. *Mrs. Walton* cavilaba, se agitaba y se movía con gestos impacientes en el dormitorio rosado. Entró después en el *living-room* y se sentó en un costado del diván. Encendió la luz, parpadeó bajo la luz cruda y palmeó a su hija hasta despertarla.

—Ann, querida, me tienes preocupada.

—Estoy muy bien —dijo Ann, inquieta en el diván demasiado angosto.

—¿En qué nos equivocamos? —preguntó, perpleja, *Mrs. Walton*—. Siempre te enseñamos la diferencia entre el bien y el mal.

—Es verdad —dijo Ann. Estaba sentada, muy erguida y sentía al bebé desperezarse y dar patadas.

—Eras la mejor en la Biblia. Varias veces, la primera.

—Una —señaló Ann.

Mrs. Walton volvió a su cama y se acostó, pero no podía dormir. Se acomodó sobre las almohadas, oyó abrirse una puerta en la planta baja, el silbido de un búho, pasos que subían las escaleras. Al cabo de un rato oyó como si algo se arrastrara en el rellano, como si un gato se frotase contra la alfombra. Rasguño sobre la puerta. Uñas golpeando el vidrio. Mrs. Walton escuchaba, petrificada. De pronto comenzó una serie de gemidos suaves.

—Déjame entrar... déjame... —La voz era fatigada, transida de dolor.

Mrs. Walton se levantó y se detuvo detrás de la puerta con el corazón en la boca. Creyó ver la silueta de un hombre detrás del panel de vidrio. Algo, de todos modos. Caminando apoyada en rodillas y manos y con su camisón de *nylon*, atravesó el *living-room*.

—Ann... Ann... —repitió con voz insistente.

Ann abrió los ojos. No comprendía qué hacía su madre recorriendo el *living-room* como un perro. Oyó a William que llamaba:

—Ann... Ann...

—Es él —dijo—. Es William. —Quería levantarse de un salto y abrirle la puerta, pero no se atrevía, con su madre allí. Conocía bien a William. No lo intimidaría la presencia de su madre. Continuaban los gemidos.

—¿Qué le pasa a ese tonto? —susurró Mrs. Walton—. ¿Quién imagina que es? ¿Heathcliff? —Nunca había visto nada semejante. Ni aun durante la guerra, cuando las cosas eran bastante más naturales.

Se tendió junto a Ann en el diván, pero se caía sobre la alfombra. Ambas empezaron a reír como niñas. Mrs. Walton olía a polvo y a sudor. Los anillos que llevaba se enganchaban en las frazadas. Era como ocultarse del enemigo. Afuera, en la tierra de nadie, los heridos gemían, atrapados en el alambre de púas.

Por la mañana Ann se negó a mirar el rellano.

—No seas ridícula —le dijo su madre—. Ve a ver si todavía está.

—No estará —se lamentó Ann.

Mrs. Walton estaba irritable a causa de no haber dormido. Se vistió, pues, y con aire majestuoso fue a la cocina a preparar el desayuno.

—No puedo quedarme mucho más tiempo —anunció—. Tengo que reunirme con tu papá. Hay demasiado ruido en esta casa.

Ann no quería que su madre se fuera. En definitiva, era demasiado tarde ya. William no volvería nunca. Con seguridad había ido a consolarse con Sheila, o Edna, o Pamela. Había dejado aquella rama para siempre.

—Quédate —rogó a su madre—. No te vayas todavía.

—No sé cómo llegaste a envolverte con esa persona en primer lugar. Da la impresión de ser loco. Habría que internarlo. —Mrs. Walton puso tazas y platos y frasco de mermelada con gran ruido sobre la mesa—. ¿No tienes orgullo? —

preguntó. Era una tortura para ella pensar que un hombre débil y sin voluntad como aquél hubiese llevado a su hija a semejante situación.

—No —dijo Ann—. No tengo orgullo.

—¿Qué dice su mujer de su conducta?

—Dice que es una bellísima persona.

—Pobre infeliz —dijo *Mrs. Walton*—. También ella necesita un psiquiatra. Si un hombre me tratara así, saliendo con otras mujeres, haciendo un escándalo junto a la puerta en mitad de la noche, no lo toleraría. Haría que lo internasen. —Era como si hablara de un caballo, o de un perro rabioso. Sus mentones temblaban—. Hablas de la vida moderna y de que las cosas son diferentes hoy. No han aprendido nada. Toda esta tolerancia las ha llevado a ustedes, las muchachas, a la esclavitud. Yo no le daría ni un lugar en mi casa.

—Quiero una taza de té —dijo Ann. Estaba cansada y se sentía abultada e incómoda.

—No hay leche —dijo *Mrs. Walton*—. Ve a ver si hay una botella en el primer escalón.

—No puedo —objetó Ann.

Su madre se cruzó de brazos y golpeó el piso con un pie, furiosa.

—Ni pienso tomar mi té sin leche —exclamó.

Ann salió sigilosamente al vestíbulo. Nadie. Ni rastros. El armario seguía allí. El cochecito aguardaba. Buscó una carta sobre el felpudo. No había leche en el porche.

Al cruzar el vestíbulo para golpear la puerta de *Mrs. Kershaw* con la intención de pedirle un poco de leche, William salió de un salto del armario. Tenía un aspecto deplorable, la ropa en desorden y la cara blanca como el papel. En el rostro extenuado le brillaban los ojos. Aferró a Ann de un brazo. La sacudió con una fuerza brutal.

—¿Por qué no me dejaste entrar, entonces?

—No podía —dijo Ann temblorosa de sorpresa—. No podía.

—¿Volvió el imbécil de Gerald?

Ann titubeó. No quería mencionar a su madre.

—Le dije a ese imbécil que no se te acercara. Le dije que voy a casarme contigo. De pronto la soltó y corrió escaleras arriba.

—Espera —exclamó Ann—. Espera.

Lo alcanzó en el primer descanso y se le colgó del saco.

—Es mi madre. Es mi madre que vino a pasar unos días.

William se sentó pesadamente en un escalón y Ann, junto a él, le acarició el pelo.

—Creí que te había perdido —dijo él. Estaban fuertemente abrazados.

—Vamos —le dijo William—. Ven conmigo. Quiero sacarte de aquí. Aquí todo está arruinado.

—No puedo —susurró ella—. No puedo dejar a mi madre. —Habría deseado morderse la lengua antes que decir esto.

William le dijo:

—No haré más promesas. No diré ya «haré esto, o haré lo otro». Pasemos el día juntos, eso es todo.

Ann pensó que si decía a su madre que iría al hospital quizá podría quedarse en la calle toda la mañana. Hasta podría decirle que se había desmayado cuando le tomaron la presión y que la obligaron a descansar toda la tarde.

—Qué grande te has puesto —dijo William—. Estás repleta de bebé. —Al decir esto apoyó las dos manos abiertas en el abdomen de Ann.

—Podría encontrarme contigo dentro de una hora, más o menos. Podríamos encontrarnos en alguna parte.

—En la estación sobre Finchley Road —dijo él—. Iremos a Hampstead Heath. Haremos un pícnic.

Hacía calor en la colina. El pasto olía a verano. William extendió su sobretodo en el suelo para que Ann se tendiera en él. Había comprado pasteles de carne y papa y fruta, una botella de salsa de tomates. Quería saber si convenía que le comprase limonada.

—No —repuso Ann—. No quiero limonada.

William no le hizo promesas. Ann se sintió desilusionada. En cambio él le exigió una.

—¿Qué clase de promesa?

—Pase lo que pase —dijo William—. Por muchos disgustos que te dé, tengo que estar presente cuando nazca el bebé.

—¿Te lo permitirán en el hospital? —preguntó ella—. ¿Te permitirán estar allí?

—No lo tendrás en el hospital. Lo tendrás aquí, en casa, en ese cuarto rosado donde empezamos al chico. Cuando las cosas no estaban arruinadas. ¿Comprendes lo que digo?

—Sí, sí. Lo comprendo muy bien.

Ann bajó la vista hacia el pasto para que él no viera las lágrimas en sus ojos. Trató de volver atrás, hacia aquel tiempo en que todo fue feliz, cuando nada estaba arruinado. No pudo. Sabía que él era capaz de ello. Era más grande que ella en todo sentido. Ella era mezquina, cínica.

—No creo que me permitan tener el primer hijo en casa —dijo—. Puede haber complicaciones.

—Cuentos. Eres sana... estás rozagante. No pueden obligarte a ir al hospital.

Ann se preguntó si dispondrían de todo lo necesario... las drogas, la anestesia, el oxígeno. ¿Y la septicemia? ¿Y la fiebre puerperal?

—Te lo prometo —le dijo—. Lo tendré aquí. —Aunque la matara, haría lo que él le pedía.

No tenían mucho que decirse. Cualquier tema llevaría a tocar otros. ¿Qué has hecho? ¿Con quién? No valía la pena arriesgarse. Se quedaron tendidos al sol,

William, pálido, Ann, rozagante, absorta en sus propios pensamientos, masticando manzanas.

Durmió un poco. Cuando despertó, William estaba en cuclillas debajo de un árbol, cavando un agujero con una rama.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella.

—Enterrando un mechón de tu pelo.

—¿Mi pelo? —repitió ella, intrigada. No recordaba haberle dado nunca un mechón de pelo.

—Cuando seamos viejos —dijo él—, volveremos juntos y lo buscaremos.

Era tan romántico... tan bello.

La rama se partió en dos. William puso una caja de fósforos en el suelo. Buscó entre el pasto algo con que seguir excavando. Se incorporó y se alejó unos pasos, buscando algo entre los arbustos y las piedras.

Ann se tendió de bruces sobre su gran abdomen y miró la caja de fósforos. Vio que tenía una hormiga entre los dedos. Se la quitó agitando la mano y luego extendió ésta para tomar la cajita con la etiqueta en colores. William se volvió y le sonrió. Le devolvió la sonrisa. Los pájaros cantaban. Ann abrió la cajita y vio el mechón de pelo oscuro sobre el algodón blanco.

Se golpeó la cara contra el suelo. Arrojó el mechón de pelo contra un árbol. Deshizo la cajita en mil pedazos con los dientes. Se levantó torpemente, y giró sobre sí misma varias veces, lanzando un grito prolongado, agudo.

William creyó que la había picado una avispa. Corrió hacia ella y trató de aprisionarla entre los brazos. Ann se apartó con violencia y sin dejar de gritar, huyó corriendo por el césped hacia la laguna artificial. Pensó que si corría rápido podría hundirse allí o ahogarse en el acto. El sol brillaba sobre el agua, los patos que nadaban allí en formación, chillaron alarmados. Cuando Ann se vio con el agua hasta los tobillos, cambió de idea. Estaba demasiado mojado, demasiado frío. Dio media vuelta, salió a la orilla y corrió por el sendero bordeado de árboles hacia la carretera. William la alcanzó. Ann le pegó en la cara. Él la tomó de los cabellos y le empujó la cabeza hacia atrás.

—Jesús —exclamó—. ¿Qué te pasa?

Ann lo miró con odio. Le escupió en plena cara. Se apartó de él con tanta violencia que William se quedó con un mechón de pelo rubio envuelto entre los dedos. Como si lo hubieran quemado, sacudió la mano y las hebras amarillas volaron lentamente por el aire y se alejaron entre el pasto.

—Guarda eso en una de tus malditas cajitas —le gritó Ann y volviendo a correr, lo dejó de pie allí, bajo el sol.

Al cabo de dos semanas *Mrs. Walton* volvió a su casa. Antes de partir, contó a Ann las anécdotas más espeluznantes sobre su propia experiencia de un parto: el dolor, el tormento de la cama, el médico llamado tres días antes, la ruptura de la bolsa de aguas, el trabajo de parto, las consultas abajo entre el doctor y el capitán Walton.

—Pero ¿qué tipo de dolor? —insistía Ann, por desear estar preparada.

—Indescriptible —dijo su madre—. El doctor le dijo a mi marido: «Elija entre su mujer y su hija. No podemos salvar a las dos. Elija, hombre».

—Pero ¿por qué? —preguntó Ann—. ¿Qué pasaba?

—Una de esas cosas —repuso *Mrs. Walton*, levantando las manos en un gesto de ignorancia. Por fin lo único que se perdió fue los dientes de *Mrs. Walton*. Dieron de palmadas en las nalgas al bebé y Ann lloró. La madre se recuperó.

—Qué horror —dijo Ann. La verdad es que fue una experiencia horrible para ambas.

—No, a ti te irá mejor —la tranquilizó su madre, algo tardíamente.

Prometió tejerle algo y mandárselo por correo. Había hablado ya con *Mrs. Kershaw* y tan pronto como Ann se internara, *Mrs. Kershaw* había prometido avisarle. Se despidió de Ann con un abrazo.

—Si vuelve esa persona —le aconsejó—, llama a Roddy y dile que llame a la policía.

—Sí —dijo Ann, obediente—. Se lo diré —dijo y obligó a su boca a temblar y a sus ojos a brillar de lágrimas. Por su madre...

—Ánimo —le dijo ella, con sus propios ojos también llenos de lágrimas.

Ann deseaba casi que se quedara, pero las dos sabían que no podría durar. Tarde o temprano una u otra diría algo que lamentarían.

Escaleras abajo se alejó el sombrero de paja con rosas, pasando luego al sendero. Y un último saludo de guante blanco cuando su madre se metió en el taxi.

Pocos días más tarde escribió para decirle a Ann cuánto le disgustaba que la hubiese colocado en esa situación. Le había dicho a *Mrs. Munro*, y también a *Aimée Hughes*, que hacía varios meses que Ann estaba casada en secreto con un conocido escritor. Después de todo, Ann no podía permanecer lejos de Brighton indefinidamente. El capitán Walton no dejaría de hacer preguntas y habría que explicar de alguna manera el bebé. «Imagina mi horror», decía, «cuando *Mrs. Munro* me mostró el recorte que te mando. No sé cómo haré para aparecer en el Club de Bridge».

Era una fotografía de William y Edna sentados el uno al lado del otro. El artículo decía que la obra de William McClusky *La verdad es mentira* estaba por estrenarse en Wyndham's el 3 de agosto. Pensaban hacer una adaptación para el cine y McClusky estaría a cargo del guion. *Mr.* y *Mrs. McClusky* se embarcarían para los Estados Unidos en el *Queen Elizabeth* meses más tarde aquel mismo año. *Mrs.*

McClusky se manifestaba encantada. Siempre había querido viajar.

Cuando Ann mostró el recorte a *Mrs. Kershaw* ésta le dijo que Roddy se lo había mostrado ya.

—Tenía la esperanza de que no lo vieras —dijo.

—No importa —dijo Ann—. No me importa, en realidad.

Posiblemente estaba anestesiada por la proximidad del parto. O bien con una especie de sopor. Nada parecía afectarla ya. Mucho menos, el amor. Sólo una curiosidad insaciable por saber por qué, cómo, y con quién vivía su vida William. No quería que él viviera con ella. Necesitaba, en cambio, saber quién vivía con él. Varias veces llamó por teléfono a Edna, pero nadie contestó.

William le escribió una carta una semana antes de la fecha esperada. ¿Recordaba la promesa que le había hecho? Aquel día en la colina, cuando el pasto estaba tibio y dorado. Verde, se dijo ella, pedante. El pasto nunca es dorado. Sólo el trigo. Era típico de William recordar el sol.

Debo recordarte tu promesa, decía. Puede ser que mi amor por ti, destruido por mi afición por los compartimientos, vuelva a ser entero y hermoso otra vez, cuando haya nacido nuestro hijo. Si me dejas verte ahora, reconocerás, tal vez, en los cuidados que te prodigaré a ti y a nuestro hijo, que en verdad soy tu dulce William y no el monstruo que ves en mí. Déjame que vaya. Déjame que te refresque la cara y te tenga de una mano cuando lleguen los dolores.

Mi obra se estrena el jueves. Cuánto me gustaría que estuvieses presente. Más tarde habrá una película. Iremos a los Estados Unidos, tú, yo y el bebé y viviremos en una casa en California con naranjas en el jardín.

Lo único que omitía era la dirección.

—Déjalo —le dijo *Mrs. Kershaw*—. No tengas nada más que ver con él.

—¿Tendríamos naranjas de verdad en el jardín? —preguntó Ann.

—Naranjas muy chicas —repuso ella—. No lo escuches más.

Ann recordaba la promesa hecha a William aún antes de haberle escrito él la carta, aún después de aquel día de pesadilla en Hampstead Heath. Había avisado al hospital que quería tener su hijo en casa y le aconsejaron no hacerlo, pero se mantuvo inflexible. Cuando comenzaron los dolores debía llamar al Pabellón de Enfermeras. Le proporcionarían gas, oxígeno y un analgésico. Debía juntar mucho papel de diario y tener muy limpio el cuarto. Era necesario pasar a otro todo moblaje innecesario, aparte de la cama.

Llegó una cuna de madera de parte de William, o bien de Edna. Era sueca. *Mrs. Kershaw* le entregó los diarios. El dormitorio tenía un aspecto desnudo y sencillo.

—Resígnate —le dijo *Mrs. Kershaw*— a que te afeiten. Esa parte es humillante.

Volvió a llamar a Edna por teléfono. El bebé era esperado el 1 de agosto. Estaba enorme, deformada, con un abdomen que parecía querer desprendérsele, la piel tensa

como un tambor. Tenía acidez y para aliviarla comía bizcochos con carbón. Le salieron pecas en el puente de la nariz.

—Estuve afuera —le dijo Edna—. Pasando unos días con mi hijo.

—¿Quiere decirle a William que el bebé llegará pronto?

—¿Cuándo? —preguntó Edna, abnegada.

—Cualquier día. Quiere estar aquí para verlo.

—Se lo diré —le prometió Edna.

—Nunca fue mi intención molestarla —le dijo Ann—. Por lo menos, usted viajará con William a los Estados Unidos, por la película.

—Hija —repuso Edna—. Quién puede decirlo...

Sintió el primer dolor agudo cuando estaba levantándose una mañana. La dejó sin aliento.

—¡Aaay! —gritó—. ¡Mamita!

Cuando pasó, bajó a la planta baja y golpeó la puerta de *Mrs. Kershaw*. No tuvo respuesta. Volvió a subir a buscar el número telefónico de la enfermera. Consultó el folleto que le habían dado en el hospital. Mirando el reloj, esperó con el corazón palpitante que se apoderara de ella el dolor siguiente. Era extraordinario. Se miró los dientes en el espejo del cuarto de baño, tocándolos uno por uno. Estaban firmes y sin defectos. Bajó otra vez las escaleras, preguntándose si debería llamar a su madre. En el segundo descanso tuvo la sensación de que la cortaban en dos con un cuchillo. Comenzó a jadear, tal como le habían enseñado en el hospital. Lo importante era llegar al teléfono.

Cuando abrió los ojos, William entraba por la puerta de calle. La levantó en brazos y con mucho trabajo la llevó arriba. La puso en la cama. Llamó a la enfermera.

—Adivina —dijo a Ann—. Se llama Borman. Como Martin Bormann.

Ann no comprendió.

—Quiero gas, oxígeno —dijo—. Lo quiero ya mismo.

William le apoyó una mano en la nariz y la boca y le dijo que respirara hondo.

—Inspirar... expirar... inspirar... expirar. —Tenía en la palma olor a canela y a jabón de helechos.

—Dio resultado —exclamó Ann, al aflojarse el dolor y alejarse.

William cobró entusiasmo con este éxito. Le dio masajes en la espalda, en el pecho. Se puso de pie y comenzó a desabotonarse los pantalones. Sonó el timbre. Era la enfermera Borman, con su bendito equipo.

El sol entraba a raudales por la ventana, el polvo giraba en espirales sobre la alfombra rosada. La enfermera Borman leía una novela policial sentada a los pies de la cama. William le alisaba el pelo y se lo apartaba de la frente. Cada vez que empezaba el dolor Ann se apretaba el pico del tubo de goma contra la boca y aspiraba el gas con desesperada prisa. Cantaba «El roble verde».

—Te quiero —le repetía William.

—No me quieres —respondía Ann y le sonreía como una ebria, admirando la nariz de botón, la cara pálida inclinada sobre la cama doble. Cantaba más fuerte que nunca. Estalló una tormenta de truenos. Comenzó a llover.

—¿Cuándo saldrá? —preguntó William.

—Nunca —repuso la enfermera Borman—. Mientras no deje tranquilo ese tubo.

Sin embargo llegó un punto en el que no pudo seguir evitando que naciera el bebé, en que tuvo que empujar hacia abajo. La enfermera dejó su libro. William le retuvo una mano y le dijo que empujara. No podía evitarlo. Sentía como si un carruaje con un par de caballos estuviesen galopando a través de su cuerpo. Trató de contener los caballos al galope tirando de la rienda. Se le alejaron, más y más rápido. Se partió en dos.

—¡Aaaaaaay! —gritó. Y allí estaba el bebé, azulado sobre la sabanita de algodón, pesado contra uno de sus muslos. Era un varón.

Estaba cómoda, arreglada. Sábanas limpias. La enfermera Borman había pedido prestada la olla para hervir pollos de *Mrs. Kershaw* y bañar allí al bebé.

—Es vegetariana —murmuró Ann—. Guisa porotos en ella. De los que hacen pedos —añadió, riendo como una chicuela.

William estaba en el otro cuarto haciendo té. La enfermera puso al bebé junto a Ann en la cama, envuelto en su chal como un ancianito, apretado como un paquete. Se parecía a Gerald.

Ann durmió.

Más tarde vinieron *Mrs. Kershaw* y Roddy. Roddy tocó los dedos curvados del bebé y puso cara triste. *Mrs. Kershaw* lloró y besó a la madre.

—Qué precioso —repetía sin cesar—. Eres una chica lista.

Cuando Ann despertó por la tarde, Roddy y William estaban bebiendo *whisky* junto a la cama, sonriéndose mutuamente. *Mrs. Kershaw* preparó una *omelette* para Ann. El niño, moreno y perfecto, dormía en su cuna sueca.

Chuck von Schreiber llegó a las ocho. Con un ramo de flores, enviado por Edna. Llamó a Ann «la madrecita». No miró al bebé.

—¿Tienes ese libro en el automóvil? —le preguntó William.

—Sí... —repuso Chuck con acento escocés—. Baja y te lo daré.

Al cabo de unos instantes William miró al niño, le tocó la frágil cabecita y murmuró alguna excusa.

—Volveré muy pronto —dijo.

Salió con Chuck.

Ann dormitaba. Sentados a cada lado de la cama, Roddy y *Mrs. Kershaw* bebían *whisky* en tazas. Ann oyó apenas el rumor del motor, la aceleración colina arriba. Pasó el tiempo.

—¿Dónde está? —preguntó.

En realidad no quería saberlo. En aquel instante, no. Estaba tratando de recordar

el color exacto del mechón de brillante pelo oscuro que había arrojado lejos en la colina. Tenía que existir una respuesta en algún punto. Una identificación. Había que conocer la relación entre la gente. Todo el secreto de la vida estaba allí, si sólo ella lograba obtener la clave.

Mrs. Kershaw se acercó a la ventana y miró hacia la calle en el atardecer.

—Se fue, el maldito —dijo.

El bebé de pelo oscuro y nariz aguileña comenzó a llorar.



BERYL MARGARET BAINBRIDGE (Liverpool, 21 de noviembre de 1932 - 2 de julio de 2010) fue una novelista inglesa.

Es autora de dieciocho novelas, dos libros de viajes, dos ensayos, dos volúmenes de relatos y cinco obras para teatro y televisión. Fue nominada en cinco ocasiones al premio Booker, y en 2011 le otorgaron el premio póstumo por su labor literaria. En 2008 *The Times* la incluyó en la lista de «Los 50 escritores más importantes desde 1945». *The Guardian* la calificó como «un tesoro nacional».

Sus primeras novelas fueron muy bien recibidas y tuvieron gran éxito entre los lectores, pero ella no obtuvo grandes ingresos derivados de sus ventas. Su primera obra *Lo que dijo Harriet* fue escrita en 1967. No obstante, no vería la luz hasta 1972, pues muchos editores la rechazaron por considerarla inmoral. Uno de ellos llegó incluso a afirmar que las protagonistas eran «increíblemente repulsivas».